

P. C. Doherty

# EL ÁNGEL DE LA MUERTE



Detectives medievales



Lectulandia

En 1298 Eduardo I de Inglaterra invade Escocia y saquea la ciudad de Berwick. En el ataque es arrasada la Casa Roja, lugar donde los comerciantes flamencos realizaban sus transacciones comerciales con la autorización debida.

Un año más tarde, Eduardo convoca una gran asamblea del Reino en la catedral londinense de San Pablo, donde habrá de enfrentarse a las amonestaciones del deán Walter de Monfort a causa de la voluntad real de imponer tributos a la Iglesia. Pero durante la misa, y en presencia de toda la corte, de Monfort es víctima de una repentina y violenta muerte. Un suceso que obliga al monarca a requerir la inmediata intervención de su fiel escribano Hugo Corbett, quien deberá aclarar el misterio de tan extraño asesinato y descubrir a su autor.

Eduardo I intuye que tras este crimen se esconde una seria amenaza a su poder.

**Lectulandia**

Paul C. Doherty

# **El ángel de la muerte**

**Hugo Corbett - 04**

ePub r1.0

Titivillus 13.09.17

Título original: *The Angle of Death*  
Paul C. Doherty, 1989  
Traducción: María Antonia Menini

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para mi primo y colega detective  
Dominic Jones*

## Capítulo I

¡Oh, día de la ira, día del duelo! Un sentimiento muy común entre los hombres a medida que se acercaba el final del siglo. Todo el mundo hablaba y murmuraba, comentando que en el año 1299 ocurriría algo horrible que marcaría el cambio de siglo. La gente decía que las inclemencias del tiempo, las malas cosechas y el estallido de la guerra eran siniestras señales que anunciaban al mundo el nacimiento del Anticristo. En las ciudades y aldeas, Satanás y todo su ejército infernal habían sido vistos entonando sus diabólicos maitines en los húmedos y sombríos bosques. Los hombres creían que Satanás recorría los parajes a pie. Había llegado el momento, sobre todo en Escocia, donde el rey Eduardo I de Inglaterra se había puesto al frente de un impresionante ejército de hombres a caballo y a pie para sojuzgar a sus rebeldes súbditos.

Si el demonio recorría los caminos a pie y acechaba en la oscuridad, seguro que había levantado su trono en las oscuras y boscosas laderas de los montes que se elevaban sobre el campamento inglés a las puertas de Berwick. Allí, envuelto en su parda capa de lana y sentado sobre un arca en el interior de su pabellón de guerra de seda púrpura, Eduardo de Inglaterra lamentaba amargamente el mal que había cometido aquel día. Se llenó hasta el borde una gran copa de vino gascón tan rojo como la sangre y tomó un sorbo mientras escuchaba con aire distraído los rumores de su campamento, las voces de los centinelas, los lejanos relinchos de los caballos y el crujido de los escarpes sobre los helechos que cubrían el suelo. Tenía frío. Un fuerte viento soplaba desde las grises y desoladas regiones del mar del Norte, y, a pesar de sus esfuerzos por conservar el calor, Eduardo de Inglaterra se estremeció. Hubiera querido caer de hinojos y confesar su terrible pecado ante el Creador. El pecado de Caín, el pecado de la cólera y del asesinato. Y, sin embargo, su intención había sido buena. Se había pasado veinticuatro años de su reinado tratando de imponer el orden a las islas, aplastando a los irlandeses, poniendo en cintura a los galeses y, por último, conquistando a los escoceses. ¿Acaso no había intervenido para darles un rey, Juan Balliol, un noble de su tierra? Y, sin embargo, ¿qué había ocurrido? Eduardo sintió el impulso de machacar la copa que sostenía en sus manos. Balliol conspiraba con sus enemigos extranjeros, Felipe de Francia y el rey de Noruega se habían rebelado. Y entonces él, lanzando terribles maldiciones, se había puesto en camino hacia el norte con su poderoso ejército y, cruzando la frontera, había saqueado el priorato de Coldstream y todo lo que había encontrado a su paso hasta llegar finalmente a Berwick. Aborrecía con toda su alma aquella ciudad de la frontera oriental escocesa que tanto presumía de su sobrenombre de la Alejandría de Occidente, llena de orondos burgueses que solo se preocupaban por sus negocios.

Sus ciudadanos habían visto la flota de Eduardo en el mar y el impresionante ejército de tierra formado por ingleses, galeses e irlandeses: los grupos de arqueros, las cerradas filas de los soldados, el vistoso colorido y esplendor de la caballería. Y,

sin embargo, aquellos mismos burgueses de Berwick le habían negado la entrada, anunciando que su lealtad seguía siendo para Juan Balliol, el rey rebelde. Eduardo había ordenado inmediatamente el asedio y había gritado de rabia al enterarse de que su flota había sido rechazada y de que sus soldados estaban muriendo por centenares en los fosos que rodeaban las murallas de la ciudad rebelde. Al final, su propio sobrino había resultado herido de muerte al ser alcanzado en pleno rostro por un enorme dardo de ballesta que lo había dejado convertido en una horrible masa ensangrentada. Eso había sido la gota que había colmado el vaso. Montando en su gigantesco caballo de batalla *Bayardo*, el rey se había puesto personalmente al frente de la carga, cruzado el estrecho foso de Berwick para tomar la puerta por asalto. Su furor había desconcertado a los escoceses. Una vez tomadas las puertas, los ingleses habían iniciado la terrible batalla. Eduardo, enojado con los rebeldes ciudadanos, había ordenado a sus soldados el saqueo de la ciudad. Cientos de hombres, mujeres y niños habían sido pasados por la espada, los pozos estaban llenos a rebosar de cadáveres y los cuerpos yacían por las calles cual si fueran hojas arrancadas por el viento de un día otoñal. Las devastadas iglesias se convirtieron en cuadras para los caballos, se saquearon los valiosos ornamentos y las colgaduras de seda fueron desgarradas. No se había respetado ni siquiera a los niños, acuchillados, decapitados y empalados en lanzas. Las mujeres habían sido violadas antes de ser degolladas y, finalmente, toda la ciudad había sido incendiada. Y Eduardo había sido testigo de aquel horror. Su recorrido a lomos de su enorme caballo negro de batalla a través de las tortuosas y aterrorizadas callejuelas había sido un terrible descenso al infierno. Al final, al ver que uno de sus soldados le cortaba la garganta a una mujer que imploraba compasión, había desmontado murmurando:

—¡Oh, no! ¡No era eso lo que yo quería!

De rodillas había suplicado perdón a Dios, pero Dios se había apartado de Eduardo de Inglaterra.

El rey comprendió que ahora sería inútil ordenar el cese de la carnicería, pues los ingleses se habían quedado sin gente a la que matar.

Solo un lugar seguía resistiendo: la Casa Roja, propiedad de los mercaderes flamencos, la lonja de comercio que les había sido concedida en Berwick con la sola condición de que siempre la defendieran contra los ingleses. Los flamencos habían demostrado su lealtad, atrancando puertas y ventanas y manteniendo a raya al ejército inglés, luchando de sala en sala e incluso bajando a los sótanos para atrapar allí a los arqueros enviados por los capitanes de Eduardo en su persecución. La matanza había sido espantosa. Bien le cuadraba el nombre a la casa, pensó Eduardo, pues, en cuanto cesó el ataque, sus muros quedaron rodeados por charcos de sangre y, a través de las grietas abiertas en ellos, la sangre empezó a bajar a chorros desde los cuerpos que colgaban de las ventanas. Cansado y harto de tanta resistencia, Eduardo había decretado el término del ataque y ordenado el incendio de la ciudad, cerrando los oídos a los gritos de los hombres que se abrasaban entre las llamas. Montado en su

caballo, protegido por entero por su negra armadura y con el yelmo cercado por un anillo de oro, permaneció sentado, contemplando con semblante impasible el incendio de la Casa Roja, sin prestar atención a los gritos de los flamencos ni al hedor de sus cuerpos quemados.

Ahora todo había terminado y Berwick era un mar de cenizas. El rebelde Juan Balliol ya había enviado mensajes al campamento del rey, prometiendo lealtad, renunciando a sus derechos reales y abandonando para siempre el territorio de Escocia. Eduardo estaba satisfecho. Su dominio había sido aceptado y los rebeldes fueron machacados. Una vez más, la traición se había llevado su merecido, pero Eduardo sabía que algo malo surgiría de todo aquello. Tantas muertes, tanto odio y tantos asesinatos no tendrían más remedio que provocar un nuevo enconamiento de la dolorosa situación de Escocia y él ya estaba cansado. Los veinticuatro años de reinado y el dulce sabor de las victorias y de las glorias del triunfo ya se habían convertido en una amarga hiel. Había dado sepultura a sus hijitos en sus pequeños féretros en Westminster y San Pablo, había perdido también a su amante esposa la reina Leonor y a su fiel canciller Roberto Burnell; todos se habían hundido en las sombras. Solo Eduardo, el ungido de Dios, había quedado en este mundo, en el que estaba intentando por todos los medios acabar con el caos e imponer el orden.

Eduardo se mordió nerviosamente una uña. ¿Y qué estaba ocurriendo a su espalda? Sus relaciones habitualmente cordiales con los grandes barones de Inglaterra también se estaban agriando. Los barones se quejaban de los tributos de la guerra y de las arduas campañas. No compartían su visión de la situación y sus protestas eran cada vez más enérgicas. Eduardo tomó un buen sorbo de vino y se lo pasó por la boca, confiando en que le calmara el dolor de una muela.

—Todo se está desmoronando —murmuró.

Su reino, su salud. ¿Tendría que pasarse toda la vida en gélidas tiendas a las puertas de desoladas ciudades? ¿Sería esa su recompensa por toda la eternidad? ¿Permanecer sentado en alguna inhóspita región del infierno, sin poder alcanzar lo que tanto deseaba? El rey presintió la cercanía de Satanás y se humedeció los labios con la lengua. Bajaría al sur. Reconstruiría Berwick y restauraría el priorato de Coldstream. Mandaría decir misas en todas las iglesias, abadías y catedrales. Haría penitencia. Hablaría con Dios. A lo mejor, un monarca como él lo podría comprender. Eduardo de Inglaterra se arrebujó en su capa y prestó atención al aullido del viento. ¿Era el viento o tal vez el himno de las huestes de Satanás acampadas a su alrededor a la espera de su alma? El rey posó la copa de vino y, acercándose al lecho, se tendió en él, rezando para que el sueño le calmara el dolor del cuerpo y aliviara las hondas inquietudes de su alma.

Unas semanas más tarde, en un cuartito de paredes encaladas de Londres, Eduardo hubiera podido conocer a un hombre capaz de comprender por entero la amargura del

odio y la insaciable sed de venganza. El hombre permanecía sentado, envuelto en su capa y con la cogulla bien echada sobre el rostro, contemplando el sencillo altar; solo se veía el crucifijo suspendido por encima de él en medio del charco de luz que arrojaba una solitaria vela. Lo mismo que Eduardo, el hombre tenía frío, pero no solo a causa del invierno y de la ausencia de chimenea en la estancia, sino también de una gélida sensación que surgía de lo más hondo de su ser: un odio reconcentrado que dominaba todos sus momentos de vigilia y todos sus pensamientos y que nadie hubiera podido adivinar bajo la serenidad de su aspecto exterior. Aquel hombre odiaba al rey de Inglaterra y su odio había ido creciendo como una planta exótica amorosamente cuidada y alimentada durante todo el día desde que se recibiera la noticia de Berwick. El hombre quería venganza. Sabía por la Biblia que la venganza correspondía al Señor, pero semejante idea no era para él ningún consuelo. Al principio, quería vengarse por simple afán de justicia, pero ahora se deleitaba en el odio que le inspiraba el rey tal como se hubiera deleitado con un manjar exquisito o un vino delicioso.

El hombre se estremeció y clavó la mirada en el charco de luz. Eduardo había obtenido grandes logros en Escocia y puede que la población lo hubiera aceptado, pero lo de Berwick no tenía perdón. El hombre esbozó una triste sonrisa y evocó una vez más la amargura que se ocultaba detrás de su deseo de venganza.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo ha podido Dios permitirlo? ¿Cómo?

Pensó en su hermano menor, en su delicado rostro, su rubio cabello y sus grandes ojos tan azules como el aciano. Su hermano confiaba ciegamente en él y, con la ingenuidad de un niño, había creído que el hecho de ponerse al servicio de Eduardo de Inglaterra le reportaría beneficios sin cuento. Creyó que alcanzaría la prosperidad y que no existía ningún lugar más propicio para el comercio que la gran ciudad y el gran castillo de Berwick. Su hermano había confiado en sus palabras y se había ido al norte para acabar pereciendo junto con todos los demás en la terrible matanza que allí se había producido.

La noticia se había propagado muy despacio a través de los buhoneros, caldereros y mercachifles. Al principio, el hombre se había negado a aceptar lo que estos decían. No era posible que un rey hubiera cometido semejante atrocidad. Eduardo de Inglaterra, que gustaba de interpretar el papel de gran salvador de Occidente, jamás hubiera podido ordenar que una ciudad, con todos sus hombres, mujeres y niños, fuera pasada por la espada. Semejantes horrores eran cosa del pasado; eran contrarios a las leyes y los usos de la guerra y Eduardo de Inglaterra reverenciaba la ley tanto como el Santísimo Sacramento. Sin embargo, cuando la verdad se abrió paso, resultó que esta era mucho más horrible de lo que muchos imaginaban. Sí, Eduardo había ordenado que todos los ciudadanos de Berwick fueran aniquilados. Millares de ellos murieron; algunos decían que diez mil, otros doblaban la cifra. La ciudad había sido saqueada y los habitantes, asesinados sin distinción de edad, sexo o condición. Incluso los que se habían refugiado en las iglesias habían sido pasados por la espada

y los bárbaros soldados ingleses habían profanado sin la menor compasión aquellos sagrados lugares. ¿Y su hermano? El hombre cerró los ojos para ocultar sus lágrimas. Mateo debía de haber muerto mirando a su alrededor con expresión perpleja mientras la muerte empañaba la claridad de sus grandes ojos azules. ¿Y la esposa y los hijos de Mateo? ¿Cuántos eran? Tres o cuatro. Los recordó tal como eran dos años atrás, cuando Mateo había visitado Londres: parecían guisantes de una misma vaina, con unos redondos rostros de querubín y unas ensortijadas matas de cabello rubio. Los había visto jugar en el atrio de la catedral, correteando y proclamando con sus risas el goce de la vida. Ahora sus existencias se habían apagado como la débil llama de un pabilo, y todo por culpa de la cólera del rey de Inglaterra.

El hombre contempló el crucifijo y sus labios se curvaron en una especie de mueca semejante a la de un fiero perro a punto de atacar. Recordó un versículo de la Biblia. ¿Qué decía?

—He cerrado un pacto con los muertos —musitó—, con el Infierno. He llegado a un acuerdo.

¿Cómo podía contemplar aquel crucifijo? Si Dios había dejado de hablar con él, él dejaría de hablar con Dios. Se levantó, se acercó al altar y, tomando el crucifijo, lo retorció hasta que la cabeza de alabastro se inclinó hacia el suelo. Regresó a su sitio, volvió a sentarse y contempló el sacrilegio que acababa de cometer. No le importaba. Se levantó y, humedeciéndose los dedos con la lengua, apagó la vela. Ahora ya se había quedado a oscuras. Lo que se proponía hacer se planeaba mejor en medio de la oscuridad, pero, cuando ocurriera, todo el mundo lo vería. Conjuraría los poderes de las tinieblas, su fortaleza, su astucia y sus malas artes para hundir a Eduardo de Inglaterra hasta los abismos infernales.

## Capítulo II

—*S*anctus, sanctus, sanctus.

El himno de alabanza del sacerdote a un Dios triplemente santo fue recogido por un coro cuyo canto se elevó hasta llenar toda la enorme nave de la catedral de San Pablo. Bajo su dosel de piedra y madera labrada, Walter de Monfort, deán de San Pablo, y otros canónigos de la catedral dieron comienzo a la parte más importante de aquella misa solemne. Las vestiduras del celebrante deslumbraban la vista con sus incrustaciones de oro y piedras preciosas cuya luz y color resplandecían bajo los centenares de cirios de cera de abeja que rodeaban el enorme altar mayor. El mantel de damasco blanco con flecos de oro y borlas de color púrpura ya estaba cubierto de cera derramada. Las fragantes nubes de incienso caldeaban la atmósfera y disimulaban en parte el hedor del pueblo que se apiñaba en el interior de la catedral. A la derecha del presbiterio se sentaba Eduardo de Inglaterra ataviado con sus mejores galas y con la frente ceñida por un rosario de plata. Su rostro mostraba una expresión de profunda devoción mientras sus ojos de pesados párpados contemplaban cómo su oponente el deán celebraba la misa de la paz antes de pronunciar un largo sermón sobre la cuestión del pago de tributos por parte de la Iglesia. A ambos lados de Eduardo se sentaban los señores temporales y espirituales de Inglaterra. Inmediatamente a su derecha estaba Roberto Winchelsea, arzobispo de Canterbury, el principal artífice del espectáculo de aquella mañana, defensor del derecho de la Iglesia a enriquecerse y no pagar nada. Eduardo aborrecía a aquel conspirador nato que ocultaba sus ambiciones políticas bajo las enrevesadas normas del derecho canónico, las citas de las Sagradas Escrituras y, en los casos en que todo eso le fallaba, las peticiones a Roma. Eduardo hubiera podido buscar consuelo en los grandes barones de su reino, pero de esos tampoco se fiaba. Por ejemplo, el corpulento Bigod, conde de Norfolk y mariscal de sus ejércitos, a quien antaño había respetado. Ahora, sin embargo, mirándole de soslayo, vio su mofletudo rostro de cerdo y le pareció un hombre dispuesto a ir a la guerra y a luchar contra sus enemigos solo en el caso de que ello reportara grandes beneficios a sus arcas. A su lado se sentaba Bohun, conde de Hereford, un delgado sujeto con cara de comadreja y voz tan poderosa como un trueno cuyo cerebro, a juicio de Eduardo, no alcanzaba ni siquiera el tamaño de un abalorio. Iría adonde Norfolk le dijera.

Los únicos hombres de quienes Eduardo se fiaba se encontraban situados a su espalda y eran los inteligentes escribanos y abogados que lo ayudaban a gobernar el país. El principal de ellos, el escribano mayor de la Cancillería y custodio del Sello Real, Hugo Corbett, se removió con inquietud en el escabel de madera labrada que le habían asignado para asistir a aquella larga función religiosa. Corbett se sentía culpable. Apreciaba la misa, pero aborrecía aquellas solemnes ceremonias en las que Jesucristo y sus santos quedaban ocultos por la pompa y los rituales de la Iglesia. Corbett estiró las piernas y miró a su alrededor. A su lado, su criado Ranulfo se

limpió los mocos de la nariz con la manga y, casi por centésima vez desde que se iniciara la ceremonia, trató de carraspear para eliminar las flemas de la garganta. Corbett le miró severamente. Sabía que Ranulfo estaba indispuesto y tenía un poco de fiebre, pero también sospechaba que su criado se complacía en recordarle lo enfermo que estaba.

El escribano, mirando más allá de la corpulenta y vigorosa figura de su rey, levantó la vista hacia el centro del presbiterio. El altar era un charco de luz; los sacerdotes, los obispos y los abades, los servidores legos de la catedral y todos los restantes miembros del servicio de aquel espléndido templo estaban totalmente concentrados en la celebración de la misa solemne. Al final, terminó el himno de alabanza del coro y la estridente y chillona voz de Walter de Monfort dio comienzo a la larga oración de la consagración. Corbett reprimió su impaciencia. Sabía que aquella función religiosa no era más que una comedia y que, en cuanto terminara, empezaría la verdadera política. Eduardo de Inglaterra necesitaba dinero para luchar contra Felipe de Francia en el extranjero y para aplastar a los rebeldes de Escocia. Ya había impuesto tributos al pueblo y a los mercaderes y vendido privilegios y concesiones para llenar sus arcas de guerra, pero ahora le tocaba el turno a la Iglesia.

Para que le ayudara en semejante empeño, Eduardo había reunido a su Parlamento, o a casi todo, en aquella catedral. Asistirían a la celebración de la misa, harían reparación de sus pecados ante Dios, recibirían la Eucaristía y se darían mutuamente el ósculo de la paz. Después irían al grano. Corbett volvió a removerse en su incómodo escabel y se arrebujó en su capa. Hacía un frío glacial; el mes de enero de 1299, pensó, sería recordado por muchos por las terribles nevadas que habían asolado el país. Fuera, la nieve alcanzaba dos o tres palmos de altura y un gélido viento huracanado penetraba por las rendijas de la puerta de la catedral y silbaba por la nave haciendo parpadear la llama de las velas mientras los presentes se estremecían de frío. Corbett sintió remordimiento por entretenerse con semejantes consideraciones profanas mientras la misa avanzaba hacia el solemne momento de la consagración en que el celebrante tomaría el pan y el vino y pronunciaría la sagrada fórmula que los transformaría en el cuerpo y la sangre de Cristo. Corbett se golpeó rápidamente el pecho murmurando:

—*Miserere, miserere!*

A su lado, Ranulfo resolló una vez más, se volvió a limpiar los mocos en la manga del jubón y miró de reojo a su amo en la esperanza de que este no hubiera reparado en su nueva incorrección. Ranulfo apreciaba a Corbett, pero jamás lo hubiera confesado, pues aprovechaba todas las ocasiones que podía para provocar o alarmar a aquel severo y habitualmente circunspecto escribano.

Pero la mente de Corbett se había distraído pensando en el principal problema del rey: Eduardo estaba arruinado. Dos años atrás había devaluado la moneda y después había empezado a subir los tributos en las sucesivas reuniones del Parlamento mientras los recaudadores de los tributos sobre las tierras recorrían los condados y los

pueblos, exigiendo el cobro de los impuestos reales. La necesidad de dinero era acuciante: Eduardo estaba en guerra con Francia en un intento de evitar que el ducado inglés de Aquitania cayera en las voraces garras de Felipe IV. Por si fuera poco, el rey acababa de aplastar una grave revuelta en Gales del Sur y apenas un año antes había saqueado Berwick y obligado a Balliol y a los demás a caer de rodillas ante él. Sin embargo, la rebelión de Escocia no había sido aplastada por completo. Se acababan de recibir noticias acerca de un nuevo señor de la guerra escocés, un plebeyo llamado Guillermo el Wallace que había avivado las llamas del descontento, efectuando secretas incursiones nocturnas contra guarniciones y columnas aisladas y no había perdido ninguna oportunidad de acosar y atacar a los ocupantes ingleses.

Las guerras exigían mucha plata. Eduardo había pedido préstamos a los banqueros italianos Frescobaldi, pero ahora estos ya no estaban dispuestos a concederle más. Por eso se había visto obligado a recurrir a la Iglesia. La Iglesia era una rica vaca lechera y Eduardo ansiaba arrebatarle una parte de su riqueza. Había aprovechado el tributo recaudado por el anterior papa Nicolás IV, el cual soñaba con unir a toda la cristiandad en una nueva ofensiva contra el Turco. Eduardo había abrazado con entusiasmo la idea de la cruzada, pero se había quedado con el dinero del tributo. Después había centrado su atención en los prioratos extranjeros, es decir, las casas cuyas propietarias eran órdenes religiosas extranjeras, y se había apoderado de sus ingresos y bienes temporales. Corbett había desempeñado un significativo papel en la expropiación de aquellas riquezas eclesiásticas, examinando rollos de memorandos, documentos y cartas de todo tipo, para averiguar qué derechos le correspondían al rey en todas aquellas cuestiones. Una y otra vez, Corbett se había reunido con los barones del Tesoro y otros altos funcionarios para estudiar las largas listas de rentas, impuestos y tributos sobre las tierras pertenecientes al rey. Los resultados no habían sido suficientes para financiar las guerras de Eduardo en el extranjero, por lo que este había vuelto su codiciosa mirada sobre las riquezas del resto de la Iglesia inglesa. Pero había tropezado con dos firmes adversarios: Bonifacio VIII en Aviñón, firmemente empeñado en conseguir que las iglesias del Occidente cristiano reanudaran sus pagos regulares a las arcas de San Pedro, y Roberto Winchelsea, consagrado arzobispo cuatro años atrás, el cual tenía las ideas muy claras con respecto a sus propios derechos y a los derechos de la Iglesia inglesa.

Eduardo había exigido que los arzobispos de Canterbury y de York convocaran al clero de sus diócesis para recaudar el tributo. Sin embargo, poco después del saqueo de Berwick, Bonifacio VIII había complicado las cosas emitiendo la bula *Clericis Laicos* que Winchelsea había utilizado para demostrar que el rey solo podía imponer tributos a la Iglesia con el permiso de la Iglesia. Reprimiendo su terrible cólera, Eduardo lo había aceptado a regañadientes. La situación, pensó Corbett, contemplando la larga fila de dignatarios que tenía delante, se había agravado considerablemente por culpa de intrigantes personajes como Bigod y Bohun, que no solo se oponían a los tributos reales sino también a la exigencia de Eduardo de que lo

acompañaran al extranjero para combatir contra los franceses. Todos aquellos grupos de descontentos no tardarían en unirse en uno solo para oponer la misma resistencia con que el padre y el abuelo de Eduardo se habían enfrentado cada vez que habían intentado reunir dinero para financiar sus desastrosas guerras en el extranjero.

Corbett contempló a través del humo del incienso la alta y enjuta figura del principal celebrante, Walter de Monfort. El arzobispo Winchelsea había decidido que la defensa de la Iglesia, la cual debería llegar a un acuerdo por unanimidad antes de que se le pudieran imponer tributos, la llevara a cabo en presencia del rey nada menos que el deán de San Pablo, Walter de Monfort. La elección del arzobispo suponía un discreto pero mortífero insulto al rey, pues el deán estaba lejanamente emparentado con la gran familia de los Monfort que cuarenta años atrás se había enfrentado a Eduardo y a su padre el rey Enrique. Simón de Monfort, conde de Leicester, uno de los grandes barones de su tiempo, se había rebelado, se había apoderado del gobierno y había dictado prácticamente sus condiciones al derrotado monarca Enrique III.

Eduardo, que por aquel entonces era príncipe de Gales, había aceptado sus exigencias hasta tanto no consiguiera reunir las fuerzas suficientes para contraatacar. La guerra civil que poco después estalló fue una terrible y encarnizada contienda que terminó con la muerte de De Monfort, descuartizado en la batalla de Evesham. A partir de aquel momento, los Monfort, o, por lo menos, los que sobrevivieron a la caída del conde Simón, se fueron al extranjero, pero siguieron librando una guerra secreta contra Eduardo, mandando sicarios al país para acabar con su vida y atacando a sus enviados en el extranjero. En cierta ocasión, habían incluso asesinado al primo del rey durante la celebración de la misa en su camino hacia Roma. Como es natural, Walter de Monfort no era un traidor y ni siquiera estaba contaminado por la menor sombra de traición, pero era un elocuente y apasionado predicador y el rey tendría que soportar una vez más que un De Monfort le echara un sermón sobre las limitaciones que necesariamente debería tener en cuenta la Corona a la hora de imponer tributos a sus súbditos. No sería una reunión muy agradable. Corbett había hablado con el rey poco después de que este se hubiera enterado de la elección del orador y había sido testigo de su incontenible cólera.

—¡Por los clavos de Cristo! —había dicho el rey entre dientes—. ¿Tendré que aguantar que un De Monfort me diga cuándo y de dónde puedo sacar el dinero? No olvidaré el insulto de Winchelsea. No tolero fácilmente semejantes ofensas.

Cuando estaba furioso, Eduardo era un hombre muy vengativo, tal como había demostrado en el saqueo de Berwick. Sin embargo, Corbett estaba en deuda con el rey. Había ascendido hasta convertirse en escribano mayor de la Cancillería y contaba con unos saneados ingresos, dos preciosas casas en la ciudad y una mansión en el campo con buenas tierras y pastos cerca de Lewes en Sussex. Pese a ello, el rey le inspiraba temor, pues, desde la muerte de su amada Leonor, su temperamento se había vuelto muy inestable y su estado de ánimo podía cambiar bruscamente como un vendaval marino que destruye todo lo que encuentra a su paso. La cólera de Eduardo

se desataba de golpe y era capaz de castigar con la mayor crueldad a quienquiera que hubiera tenido el atrevimiento de plantarle cara, aunque se tratara de alguno de los más grandes señores del reino.

Corbett abandonó de pronto sus reflexiones. La fórmula de la consagración ya había terminado; ahora los presentes se darían el ósculo de la paz antes de compartir la Eucaristía. De Monfort, soberbiamente vestido con una capa consistorial de oro y púrpura, bajó las gradas del altar para acercarse al rey y, apoyando levemente las manos en los hombros del monarca, le dio un ligero beso en cada mejilla.

—*Pax Domini sit semper tecum*<sup>[1]</sup>.

—*Et cum spiritu tuo*<sup>[2]</sup> —contestó el rey en un susurro.

Después, De Monfort, resplandeciente en sus vestiduras litúrgicas y en su arrogancia, regresó al altar para continuar la celebración de la misa.

Los coros entonaron el *Agnus Dei*<sup>[3]</sup>, subrayando especialmente el *miserere nobis*<sup>[4]</sup> mientras sus voces se elevaban hacia la alta bóveda de la catedral. Corbett sintió que poco a poco se iba tranquilizando. De nada serviría preocuparse, pensó mientras hacía examen de conciencia, preparándose para la recepción del sacramento. El celebrante elevó la Sagrada Forma y se escuchó el sonido de la campanilla. Corbett miró a Ranulfo para cerciorarse de que la expresión de su rostro fuera lo suficientemente devota y hubo una breve interrupción en la ceremonia mientras la Sagrada Forma se repartía entre los celebrantes congregados en torno al altar.

Después, estos se pasaron el cáliz. Corbett vio que De Monfort se volvía para elevar la Sagrada Forma de cara al resto de los presentes.

—*Ecce Agnus Dei qui tollit peccata mundi*<sup>[5]</sup>.

De repente, De Monfort se quedó rígido y el copón se le escapó de la mano mientras las blancas formas se esparcían sobre las gradas del altar cual si fueran copos de nieve. Su mano se extendió para señalar al rey. La piel de su chupado rostro estaba ahora casi tan tirante como la de un cadáver y sus ojos parecían escaparse de las órbitas. Corbett se levantó, deslizando la mano hacia el puñal que guardaba bajo la capa. La boca de De Monfort se abrió y cerró como la de una carpa recién pescada y de su garganta surgió un grito desgarrador mientras el clérigo caía de cabeza sobre las gradas y su cráneo golpeaba contra la piedra. Por un instante, todos contemplaron la escena en consternado silencio. Varios caballeros de la Casa Real se acercaron a toda prisa, abriéndose paso entre la gente hasta llegar al presbiterio. Una vez allí, miraron a su alrededor, tratando de descubrir al misterioso asesino que había abatido a De Monfort. Se oyeron gritos y exclamaciones. Corbett vio que *sir* Fulke Bassett, un joven caballero abanderado de la Casa del rey, cruzaba el presbiterio y se arrodillaba junto al rígido cuerpo de De Monfort. Tras echarle un vistazo superficial, se volvió hacia el soberano.

—¡Sire! —Corbett observó que la mano de Bassett palpaba la garganta del clérigo—. Creo... creo que está muerto.

Un diácono, con vestiduras doradas volando a su alrededor como faldas de mujer,

corrió hacia Winchelsea.

—Mi señor obispo —dijo tartamudeando—, el sacerdote ha muerto.

Winchelsea miró de soslayo al rey.

—Que retiren el cuerpo —contestó en voz baja—. Y que no finalice la ceremonia.

El hombre inclinó la cabeza y, haciendo una reverencia, se alejó a toda prisa.

Winchelsea se volvió hacia el rey.

—Majestad —dijo con ironía—, parece ser que no habrá sermón.

—¿Y yo cobraré mis tributos, mi señor obispo?

—No hasta que se resuelva este asunto —replicó severamente Winchelsea.

Inclinándose hacia el rey, añadió—: Debo instar a Vuestra Majestad a que respete los derechos de la Iglesia, defendidos y protegidos por el papado y sellados con la sangre del mártir Becket.

El soberano le miró con el rostro arbolado por la furia.

—A veces, mi señor obispo —dijo, carraspeando levemente—, uno tiende casi a pensar que el bienaventurado Becket tuvo muy bien merecido todo lo que le ocurrió.

Winchelsea hizo un respingo al oír la blasfemia y estaba a punto de contestar cuando un estridente gemido atravesó de parte a parte el presbiterio. Corbett, que había estado escuchando el intercambio de palabras entre el rey y el obispo, miró a su alrededor. El grito procedía de una rendija del muro más alejado del presbiterio, a través de la cual acababa de asomar de repente una huesuda y esquelética mano.

—Es el anacoreta —dijo Ranulfo en un susurro—. Hay una ermita cerca de aquí.

Se oyó otro gemido desgarrador, seguido de una profunda y misteriosa voz sepulcral:

—Y el Señor envió al Ángel de la Muerte sobre los egipcios y los abatió. ¡El Ángel de la Muerte está aquí en esta iglesia, mis señores! ¡Es la cólera de Dios! ¡Os digo que ha sido un asesinato!

La profética voz cargada de malos presagios acalló por un instante los murmullos del presbiterio y después la mano desapareció. El rey llamó por señas a Bassett, el joven caballero de su Casa.

—Sir Fulke —le dijo en un suave susurro—, mandad despejar el presbiterio y el templo. ¡Que se vaya toda esta gente!

El presbiterio se llenó de gente, *domicellae*<sup>[6]</sup>, caballeros, pajes e incluso soldados. Detrás de ellos subieron otros: un gallardo joven con un halcón posado en su brazo, mercaderes, descaradas mozas de las calles y las tabernas que había detrás de los muros de la catedral. Las mujeres cuchicheaban, los hombres hablaban en voz alta y las muchachas murmuraban y se reían al ver la confusión que se había armado en torno a los grandes personajes del país.

—¡No quiero que me miren de esta forma! —musitó el rey.

Al otro lado del presbiterio, los hermanos legos y los criados de la catedral estaban colocando el cuerpo de De Monfort sobre unos lienzos de cuero para trasladarlo a la cercana sacristía. El rey se levantó, se volvió y chasqueó los dedos en

dirección a Corbett.

—Seguidme. —Después añadió, volviéndose hacia otro personaje—: Mi señor de Surrey.

Juan de Warrene, conde de Surrey, el más calificado y leal de los barones de Eduardo, lanzó un suspiro y se levantó. El rey cruzó el presbiterio y pasó por delante del altar, empujando de un manotazo a los criados, los curas y todos los que allí se habían congregado, todavía aturdidos por la tragedia. El rey pasó por debajo del antealtar de madera de roble labrada, apartando a un lado el pesado cortinaje de terciopelo azul, y entró en la capilla del otro lado, seguido por Corbett y Surrey. Este último, canoso y rubicundo, se estaba acariciando la cuidada barbita. Parecía tan nervioso y asustado como Corbett y el escribano sabía muy bien por qué. Ambos habían oído el breve pero violento intercambio de palabras entre el rey y el arzobispo y sabían que la muerte de De Monfort no favorecería la intención del soberano de cobrar tributos a la Iglesia. Eduardo cruzó la desierta capilla y se apoyó contra el sepulcro de algún obispo largo tiempo enterrado allí. Corbett, tratando de serenarse, intentó recordar el nombre. ¡Erconwaldo, eso era! Un clérigo sajón. El rey, apoyado en la blanca lápida del sarcófago, respiró hondo y su poderoso pecho subió y bajó a causa del esfuerzo. Después, con semblante enfurecido, clavó los ojos en su escribano mayor, uno de los pocos hombres en quienes realmente confiaba.

—Aborrezco esta iglesia —dijo con voz chirriante, levantando los ojos hacia la bóveda.

Corbett contempló por encima de la figura del rey el espléndido rosetón en el que los débiles rayos del sol que se había abierto paso entre las nubes de nieve estaban arrancando unos destellos con todos los colores del arco iris.

—Aborrezco esta iglesia —volvió a murmurar el rey—. Aquí se reunieron los londinenses para prestar juramento de lealtad a Simón de Monfort. ¿Acaso moran aquí los fantasmas de Evesham?

Corbett comprendió que la cólera del rey estaba dirigida más contra el edificio que contra las personas que este representaba. Eduardo odiaba especialmente San Pablo porque era un símbolo de la presencia de la anarquía en la capital. La gran campana de San Pablo siempre sonaría para llamar a los ciudadanos a las armas o convocarlos a la gran plaza que rodeaba la Cruz de San Pablo con el fin de escuchar las palabras de algún predicador o agitador contra la corte o los tributos reales. Por si fuera poco, el templo gozaba de derecho de asilo y los malhechores de ambos lados del río solían refugiarse en él, huyendo de los alguaciles y otros representantes del rey. Eduardo había hecho todo lo posible por impedir semejantes desafueros, mandando erigir una muralla alrededor de la catedral, pero aun así, esta seguía pareciendo más un mercado que una casa de oración. Allí se reunían los abogados con sus clientes y allí acudían los criados en busca de empleo y los mercaderes para cerrar tratos. En aquella casa de Dios se podía comprar prácticamente cualquier cosa que uno quisiera.

Sin dejar de acariciarse la barbita, Surrey llegó a la conclusión de que ya estaba harto de aguantar el mal humor del rey.

—Majestad, ¿estamos aquí para comentar los fallos y defectos de esta catedral —preguntó, señalando con un movimiento de la cabeza hacia los ruidos procedentes del otro lado del antealtar— o para analizar lo que ocurrirá a causa de la muerte de De Monfort?

El rey miró enfurecido a Surrey y, cuando ya estaba a punto de darle una respuesta mordaz, comprendió que ya se había ganado suficientes enemigos y prefirió dirigirse a Corbett.

—Hugo, id a ver si De Monfort está efectivamente muerto. ¡Bassett!

Al volverse, Hugo vio al joven caballero que montaba guardia junto a la puerta del antealtar. Medio escondido a su espalda, Ranulfo contemplaba con asombro la cólera del rey, preguntándose si esta influiría en su destino o en el de su amo. Ranulfo había acompañado demasiadas veces a Corbett como para que la regia majestad del soberano lo impresionara, pero conocía el voluble carácter de Eduardo y sabía que, si Corbett perdiera su favor, él acabaría de nuevo en el arroyo del que había salido. De ahí que velara por la felicidad de su amo con un fervor casi religioso. Ranulfo no quería que nadie le causara disgustos a Corbett; lo consideraba una prerrogativa personal.

—Bassett —repitió el rey—, id con Corbett. Y vos, Hugo —el rey señaló con la cabeza el lugar donde Ranulfo seguía intentando pasar inadvertido—, llevaos a vuestro perro guardián. No tendría que estar aquí.

Corbett y Bassett inclinaron la cabeza, apartaron el cortinaje y regresaron al griterío del presbiterio. Unos soldados reales estaban tratando de imponer un poco de orden. Habían acordonado el presbiterio con un cerco de espadas de acero y los guardias y trompeteros reales habían bajado a la nave para obligar a la gente a retirarse. A pesar del ruido y el clamor, Corbett percibió la sensación de amenaza que se respiraba en el aire. La gente pensaba que la nave del templo le pertenecía por derecho y no aceptaba de buen grado que la obligaran a marcharse y le impidieran presenciar aquel espectáculo tan edificante. Y lo peor de todo era que la noticia de la muerte de De Monfort y de las proféticas palabras del anacoreta se había propagado sin que nadie supiera cómo y la gente ya estaba comentando por lo bajo que la muerte de De Monfort era una condena contra el rey.

## Capítulo III

Corbett, seguido por Bassett y Ranulfo, cruzó el ya más sosegado presbiterio y entró en la sacristía, una gran estancia con paredes revestidas de madera de roble, una alargada mesa en el centro y toda una serie de armarios en las paredes. Alguien había encendido unas antorchas en unos almenares y colocado unos braseros de carbón para caldear el ambiente. Los principales concelebrantes de la misa y los servidores aún estaban allí.

Corbett miró a su alrededor en la abarrotada sacristía. Los soldados, los miembros del servicio y los canónigos de la catedral se movían de un lado para otro sin acercarse demasiado a la gran mesa exclusivamente ocupada por el lienzo de cuero que envolvía el cadáver de De Monfort. Un joven sacerdote, con una estola alrededor del cuello, estaba ungiendo los ojos, la boca y las manos del difunto. Corbett volvió a buscar con la mirada a algún personaje de más autoridad y, finalmente, vio a un prometedor candidato. Un joven de baja estatura, cuerpo rechoncho y espeso cabello pelirrojo que aún no se había quitado la casulla roja y oro. Corbett lo identificó como a uno de los concelebrantes. Se acercó a él para presentarse y, cuando el hombre se volvió, se sorprendió al ver la bella y piadosa expresión de su rostro. Algunos parecían sacerdotes y otros no. Aquel clérigo tenía todo el aspecto de un auténtico hombre de Dios. Su redondo y mofletudo rostro tenía unos rasgados ojos azules y una suave piel aceitunada. Miró con una sonrisa a Corbett.

—O sea que Su Majestad el rey os ha enviado a vos —dijo.

—Sí —contestó Corbett—. Tengo que averiguar detalles sobre mi señor De Monfort.

El clérigo se volvió y señaló con la cabeza el cadáver.

—Maese Corbett, De Monfort se ha ido a otra corte.

—¿Y qué está haciendo aquel cura? —preguntó Corbett.

—Lo está ungiendo.

—Yo creía que eso solo se hacía cuando un hombre se estaba muriendo, no cuando ya estaba muerto.

El clérigo se encogió de hombros.

—¿Habéis leído alguna obra de teología, mi señor escribano? Santo Tomás de Aquino y san Buenaventura dicen que el alma no puede abandonar el cuerpo hasta varias horas después de que el corazón ha dejado de latir. Por el bien de De Monfort, esperemos que así sea y que su alma esté limpia de todo pecado.

Corbett hizo ademán de acercarse a la mesa, pero el clérigo apoyó suavemente una mano en su brazo.

—Dejemos que termine el sacerdote, mi señor escribano —dijo—. Entonces podréis mirar.

—¿Y vos quién sois?

—Soy *sir* Philip Plumpton, canónigo de San Pablo —contestó el joven.

Corbett asintió con la cabeza.

El cura, que también debía de ser uno de los concelebrantes de la fatídica misa, había terminado de ungir el cadáver y ahora había empezado a entonar el Salmo de los Difuntos: «*De profundis clamavi ad Te*»<sup>[7]</sup>. Al terminar, el joven sacerdote inclinó la cabeza, mostrando la tonsura de su coronilla, y pronunció la invocación final, ordenando al alma del difunto que saliera, suplicando a los arcángeles san Miguel y san Gabriel que salieran a su encuentro con las huestes celestiales y rogando para que el alma del difunto no cayera en manos del Maligno, el Hijo de la Perdición.

Corbett se estremeció. Allí en la casa de Dios, rodeado de sacerdotes, intuía la presencia de la profunda maldad y la iniquidad. Estaba pensando que la muerte de De Monfort no había sido casual y, curiosamente, le vinieron a la mente las historias que le habían contado sobre San Pablo, un templo que muchas veces había sido un nido de perversidades, pues muchos de sus canónigos no seguían la regla de su orden ni cumplían los votos que habían hecho en el momento de su ordenación. Algunos decían que ello se debía a que la catedral se había construido sobre un antiguo templo pagano utilizado por los romanos en sus sacrificios a Diana, la diosa de la caza. El mal llevaba al caos y el caos exigía el restablecimiento del orden. Si la muerte de De Monfort no había sido un accidente, el rey le encomendaría con toda certeza la tarea de averiguar el porqué de lo ocurrido.

Pero Corbett no se alegraría mucho de que lo hiciera. Ya había sido testigo de la furia del rey y estaba convencido de que esta era en buena parte una comedia. ¿Habría tenido Eduardo algo que ver con la muerte de De Monfort? El escribano no se llamaba a engaño con respecto a su regio señor. El rey Eduardo era un hombre pragmático, para quien el fin siempre justificaba los medios. En las universidades de Europa algunos maestros afirmaban que el rey estaba por encima de la ley; es más, que sus deseos eran la ley. ¿Acaso el cadáver tendido sobre la mesa era una prueba de semejante afirmación? Un hombre perteneciente a una familia odiada por el rey, que estaba preparando un sermón en el que iba a atacar los tributos reales. ¿Habría Eduardo tramado su muerte? ¿Era por eso por lo que el rey no había querido entrar en la sacristía? ¿Creía Eduardo que el cadáver de un hombre asesinado siempre sangraba en presencia de su asesino?

Corbett apartó suavemente la mano de Plumpton de su muñeca y se acercó a la mesa mientras el joven sacerdote, con el pálido rostro contraído en una mueca de temor, se levantaba y se retiraba a toda prisa. El cadáver, envuelto todavía en las vestiduras sacerdotales, tenía el rostro cubierto por un velo de gasa. El escribano, consciente del silencio que lo rodeaba, levantó el velo de gasa mientras los presentes le miraban para ver lo que hacía. El semblante de De Monfort, que nunca había sido hermoso en vida, resultaba trágico y casi grotesco en la muerte. Los músculos del rostro aún estaban rígidos y los ojos aparecían entreabiertos. Había dos peniques, uno a cada lado de la cabeza, prueba evidente de que el cura había tratado de cerrarle los ojos con las monedas. Pero, en su lugar, estos parecían mirar a Corbett con mal

disimulada furia. Las ventanas de la nariz estaban dilatadas y los labios, estirados en el horrible rictus de la muerte. Corbett, que tenía ciertos conocimientos de medicina, se inclinó sobre la boca del difunto. Percibió un olor de ajo y vino y unos efluvios agrídulces. Armándose de valor, introdujo dos dedos en la boca del hombre y, a pesar de los murmullos de protesta de los presentes, separó cuidadosamente las mandíbulas y miró. Tal como ya sospechaba, la boca del hombre no se había cerrado porque la lengua estaba hinchada y el color de las encías que rodeaban los cariados dientes era más negro que el carbón. El escribano comprendió inmediatamente la verdad. De Monfort no se había desplomado al suelo ni había muerto sin más; tampoco le había fallado el corazón ni había sufrido los efectos de un repentino aflujo de sangre a la cabeza. De Monfort había sido asesinado.

Corbett volvió a cubrir el rostro con el velo de gasa, saludó a Plumpton con una inclinación de la cabeza y abandonó la sacristía. Bassett y Ranulfo lo estaban esperando fuera.

—¿Qué ha sido? —le preguntó Bassett.

Corbett le miró sin decir nada y cruzó de nuevo el presbiterio.

Ranulfo, secándose ruidosamente la nariz en la manga del jubón, empezó a saborear los acontecimientos futuros; se había cometido una mala acción y muy pronto él y su amo se verían arrastrados de lleno al embrollo. El alto y poderoso soberano los mandaría llamar y les ordenaría que iniciaran su secreta tarea. En caso de que así fuera —hasta la fecha su amo jamás había fracasado en nada que el rey le hubiera encomendado—, el resultado sería más dinero, riqueza y posición, y él compartiría indirectamente la gloria. Ranulfo se recreó en su privilegiada situación; las gentes de Londres habían sido expulsadas de la nave del templo, pero él, Ranulfo de Newgate, un antiguo delincuente que había sido condenado a colgar por el cuello en la horca de los Olmos, se había quedado. Corbett le había conseguido un indulto y, gracias a la habilidad e inteligencia de su amo, él se había hecho rico. Corbett, aunque taciturno y circunspecto, era un hombre muy generoso y Ranulfo ya había empezado a guardar una considerable cantidad de oro en casa de un orfebre de las inmediaciones del Gallinero. Se tomaba los días tal como venían y sus dos principales propósitos eran cuidar de su amo y procurar divertirse todo lo que pudiera.

La relación de Ranulfo con el escribano no era muy fácil, pues su amo se mostraba a menudo malhumorado y retraído. A veces, Corbett se pasaba horas y horas sentado en un rincón de una taberna, tomando una copa de vino o una jarra de cerveza, perdido en sus propios pensamientos, y si Ranulfo intentaba distraerle, solo recibía a cambio una sombría mirada. El único lugar donde Corbett parecía volver a la vida era la sala de los archivos entre montones de vitelas y pergaminos, cera de sellar, tinteros de cuerno y plumas de ave. Lo pasaba tan bien allí como Ranulfo persiguiendo a las mujeres y las hijas de los mercaderes de Londres. Otra de sus distracciones era la música. En su casa de la calle del Pan, Corbett solía sentarse por

las noches a tocar tranquilamente la flauta e inventarse nuevas melodías. El mal humor del escribano obedecía también a otra razón: Maeve, la prometida galesa de Corbett, una joven encantadora en opinión de Ranulfo, a pesar del temor que le inspiraban sus severos modales y sus claros ojos azules. En realidad, era la única mujer capaz de atemorizar a Ranulfo, el cual sospechaba que hasta el propio Corbett le tenía un poco de miedo. Maeve apreciaba mucho a su amo, pero, de momento, no había querido fijar la fecha de la boda, alegando que la situación de Gales aún no se había resuelto como consecuencia del aplastamiento de la rebelión en la que su perverso y obeso tío tanta parte había tenido. Sí, la galesa les estaba haciendo la vida imposible. Ranulfo contempló enfurecido la espalda de su amo y, una vez más, volvió a secarse ruidosamente la nariz en la manga de su jubón. Bassett le miró sonriendo y Corbett se detuvo en seco, se volvió y le dirigió a su criado una mirada de reproche.

—¡Esta vez te quedas fuera! —le dijo.

Ranulfo sonrió y asintió con la cabeza mientras su amo, seguido por Bassett, apartaba el cortinaje del antealtar para reunirse con el rey. Eduardo estaba sentado de una manera muy poco regia a los pies del sepulcro de san Erconwaldo. Surrey, apoyado contra la pared, se entretenía hurgándose los dientes mientras contemplaba la luz que penetraba a través del rosetón como si la viera por primera vez. Corbett sabía que su regio amo estaba de muy mal humor. El alargado y arrugado rostro del rey mostraba una expresión adusta y sus ojos entornados parecían meditar acerca de alguna cuestión de carácter personal. El rey levantó la vista al oír entrar a Corbett.

—¿Y bien, escribano?

Corbett extendió las manos y se encogió de hombros.

—Es lo que yo me temía, Majestad. Un asesinato.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Surrey, irguiendo de repente la espalda—. ¿Acaso sois médico, mi señor escribano?

Corbett lanzó un suspiro. Siempre temía la inquina de los grandes señores nacidos en medio de la riqueza, pues estos solían aborrecer con toda su alma a cualquier persona que se hubiera enriquecido con el propio esfuerzo. Corbett era un leal servidor del rey; había estudiado en los colegios de Oxford y se había pasado largas horas en los fríos gabinetes de escritura y las bibliotecas; pero su elevación se había debido exclusivamente al favor real y eso era algo que a los nobles como Surrey siempre les molestaba. Corbett jamás había conocido a un noble que lo hubiera aceptado por lo que era, un inteligente escribano y un fiel servidor del rey.

Pese a ello, Corbett había aprendido a sobrevivir en medio de las amargas intrigas cortesanas.

Inclinó la cabeza en dirección a Surrey.

—Mi señor tiene razón —dijo, esbozando una sonrisa congraciadora muy a pesar suyo—. No soy médico, pero tengo ciertos conocimientos sobre los venenos.

—En tal caso, sois un hombre singular —lo interrumpió Surrey.

Corbett experimentó un arrebató de furia, pero se mordió el labio. ¿Acaso Surrey

estaba insinuando que él había tenido algo que ver con la muerte del clérigo? Miró de soslayo al rey, que ahora se había levantado del suelo y estaba sacudiendo el polvo de sus ropajes.

—Mi señor —dijo Corbett, volviendo a empezar—, a causa de diversas circunstancias, sé algo de medicina, pero es del dominio común que un hombre cuyo rostro aún conserva la rigidez cadavérica y presenta la lengua hinchada y la boca tan negra como la entrada del infierno tiene que haber sido envenenado. Lo que ahora hemos de averiguar —añadió, mirando directamente al rey— es quién lo ha envenenado, dónde y cómo.

Corbett miró al rey a los ojos, aunque de buena gana se hubiera vuelto a mirar a Bassett, pues, al anunciar él que el clérigo había sido envenenado, había oído cómo el caballero respiraba hondo y soltaba una maldición por lo bajo. Corbett se preguntó por qué razón Bassett debía estar tan preocupado. ¿Qué tenía todo aquello que ver con él? Sin embargo, aquella cuestión tendría que esperar. Corbett ya sabía lo que iba a ocurrir. El rey le pediría que averiguara los motivos de la muerte de De Monfort y que no descansara hasta descubrir la verdad o bien obtener la información suficiente para dar la impresión de haberla descubierto.

—Este asunto se tiene que resolver, Majestad —dijo Corbett—. De Monfort pertenecía a una familia a la que todo el mundo sabe que vos odiabais. Y, además, era un clérigo muy cercano a Su Señoría el arzobispo de Canterbury. Después de la misa iba a pronunciar un sermón contra vuestra intención de imponer tributos a la Iglesia. —Corbett hizo una pausa y se humedeció los labios con la lengua, pero el rey se había serenado y parecía que ya estuviera deseando apartarse del negro abismo de la cólera—. La gente dirá que vos habéis matado a De Monfort —añadió.

El rey se volvió de espaldas a Corbett y apoyó las manos sobre el sepulcro mientras inclinaba la cabeza bajo el gran rosetón como si estuviera rezando en secreto. Cuando se volvió, su semblante parecía muy cansado.

—Es cierto lo que vos decís, escribano —asintió en un susurro—. Depositarán la muerte de De Monfort, como todas las de su maldita familia, delante de mi puerta. ¿Cómo puedo exigirles tributos a unos clérigos que se levantarán como un solo hombre para pedir justicia por el asesinato de De Monfort? —El rey escudriñó el rostro de Corbett en medio de la semioscuridad de la capilla—. Pero ¿cómo?

—Hay dos posibilidades —contestó Corbett de repente, casi sin pensar—. O bien lo envenenaron antes del comienzo de la misa o...

—¿O qué? —preguntó el rey con impaciencia.

—O el cáliz estaba envenenado —dijo Corbett en voz baja.

El rey palideció al oír la blasfemia.

—¿Queréis decir —terció Surrey— que el vino, el vino consagrado, la sangre de Cristo, fue envenenado por alguien? En tal caso, tuvo que ser uno de los concelebrantes de la misa. —El conde cruzó la capilla y miró fijamente a Corbett a los ojos—. ¿Os dais cuenta de lo que estáis diciendo, escribano? ¿Que un sacerdote o

canónigo de esta iglesia, en mitad de la misa, la más sagrada de las ceremonias, envenenó el cáliz del vino consagrado y se lo dio a beber a De Monfort?

—Me doy perfecta cuenta —contestó Corbett sin pestañear. Después se volvió hacia el rey—. Ruego a Vuestra Majestad que una guardia vigile el altar mayor y que no se retire nada, ni los cálices ni las patenas ni ninguna otra cosa, hasta que los hayamos examinado.

El rey asintió con la cabeza y le dio una orden en voz baja a Bassett, el cual abandonó inmediatamente la capilla.

—Ha sido muy ingenioso —dijo el rey muy despacio—. Cualquier cosa que ocurra, debemos tener cuidado. ¿Aceptamos la muerte de De Monfort y proclamamos nuestra inocencia, pues *somos* inocentes, o la investigamos? Si optamos por lo segundo, cada uno de los canónigos deberá ser interrogado, lo cual podría provocar un escándalo público... y, a lo mejor, no llegaríamos a ninguna parte. Es más, nos podrían acusar de intentar echar la culpa a un inocente. —El rey se mordió el labio inferior y se alisó el cabello gris acero con una mano cuajada de anillos. Después se quitó el rosario de plata que le ceñía la frente y lo depositó sin ninguna ceremonia sobre la tumba—. ¿Qué me aconsejáis, Surrey?

—¡Mejor dejar las cosas tal como están! —contestó rápidamente el conde—. ¡No hagáis nada, Majestad!

—¿Corbett?

—Yo estaría de acuerdo con mi señor de Surrey —contestó Corbett—. Pero hay algo que hemos olvidado.

—¿Qué es?

—El cáliz —contestó Corbett—. ¿Recordáis, mi señor? Vos ibais a recibir la comunión bajo las dos especies. Debemos preguntarnos si el cáliz envenenado estaba destinado a De Monfort. ¿O acaso lo envenenaron para vos, Majestad?

El rey se frotó las mejillas con las manos y, levantando la vista, posó los ojos en las figuras de piedra labrada por encima de la tracería de diente de perro. Corbett siguió la dirección de su mirada. Allí unos ángeles se proyectaban hacia afuera desde las paredes con los carrillos hinchados como si se dispusieran a tocar la última trompeta del Juicio Final. A su lado, unos demonios de ojos saltones sacaban perpetuamente sus lenguas de piedra. Por debajo de las figuras, en un soberbio despliegue de púrpuras, dorados, rojos y azules, una pintura mostraba una representación del cielo: un Paraíso dorado en el que las almas de los bienaventurados con vestiduras blancas y arpas de oro entonaban cánticos de alabanza a Jesucristo Juez Eterno mientras, a sus pies, en medio de una bruma infernal en tonos rojos y pardos, unos demonios con la piel cubierta de escamas, cabeza de monstruo y cuerpo de león sometían las almas de los condenados a unas torturas indescriptibles. Corbett permaneció en silencio mientras el rey contemplaba la pintura. Surrey, cansado de todo lo que estaba ocurriendo, se apoyó contra la pared y miró al suelo como si no tuviera nada que añadir a las conclusiones de Corbett. El

rey se acercó al escribano y Hugo pudo percibir la mezcla de perfume y sudor que emanaba de sus pesados ropajes incrustados de oro.

—En esta iglesia, Hugo —dijo el rey en un susurro, sin prestar atención a Surrey como si su presencia no tuviera la menor importancia—, yace el cuerpo de otro rey inglés, Ethelred el Desprevenido. La espada nunca estuvo lejos de su casa y todos los cielos parecían haberse conjurado contra él. ¿Será este también mi destino?

Corbett hubiera podido sentir una cierta compasión, pero, mientras contemplaba los claros ojos azules del rey, se preguntó una vez más si Eduardo, el más consumado de los actores, no estaría tratando simplemente de aliviar sus propios temores.

—Este asesinato se tiene que resolver —añadió el rey—. No por la muerte de De Monfort... —dijo, casi escupiendo las palabras—, pues les deseo tanto a él como a todos los de su familia que se vayan en buena hora. Pero si alguien pretendiera matarme, Corbett, quiero que se le encuentre.

—En tal caso —se apresuró a contestar Hugo, ansioso de alejarse cuanto antes de la malsana presencia real—, será mejor que examine el altar y el cáliz. ¿Estáis de acuerdo?

El rey asintió con la cabeza.

—Podéis ir. Os esperamos aquí.

## Capítulo IV

Corbett regresó al presbiterio. Las velas se habían apagado y el templo estaba vacío. En el rincón más alejado, Winchelsea y su anfitrión el obispo de Londres estaban conversando con Bohun y Bigod. Otros nobles y otros dignatarios eclesiásticos permanecían de pie cerca de ellos con semblantes falsamente preocupados, como si se hubieran tomado los acontecimientos de aquella mañana como una afrenta personal. Unos cuantos canónigos contemplaban boquiabiertos de asombro el altar rodeado de soldados que no permitían pasar a nadie. Casi todo el mundo se había marchado, aunque el drama de aquella mañana, los cantos, los himnos y la terrible muerte seguían perdurando en el aire con la misma intensidad que las perfumadas nubes de incienso.

Corbett se detuvo al ver una figura al pie de las gradas del presbiterio. Era una mujer vestida con una túnica de damasco blanco y oro y una capa del mismo tejido ribeteada de armiño y ajustada alrededor de los hombros con unos grandes lazos de oro y seda, cada uno de ellos rematado con una borla dorada. Llevaba el rubio cabello peinado hacia atrás y recogido con una fina redecilla de seda adornada con piedras preciosas. Su terso y alargado rostro hubiera podido resultar casi principesco de no haber sido por la atrevida mirada de sus ojos y el leve mohín de su boca. Corbett jamás la había visto anteriormente. Al principio, pensó que era una dama de la corte, pero, al reparar en el carmín de sus labios y el esmalte de sus uñas, llegó a la conclusión de que debía de ser una cortesana de alto rango, tal vez la amante de alguno de los grandes personajes que todavía se encontraban en el presbiterio o incluso de algún canónigo de la iglesia. Corbett recordó el dicho: el hábito no hace al monje; muchos curas eran tan ardientes en los placeres de la carne como cuando predicaban en público contra los mismos pecados desde el púlpito. El escribano estaba a punto de dar media vuelta cuando la mujer le preguntó con cierta aspereza:

—¿Ha muerto De Monfort?

Corbett se volvió y contestó sin pensar:

—Sí, ha muerto.

Antes de que él pudiera recuperarse de la sorpresa, la mujer giró sobre sus talones y bajó por la nave de la iglesia contoneando descaradamente las caderas bajo la capa de seda. Corbett hubiera deseado ir tras ella y preguntarle por qué razón estaba tan interesada, pero el rey lo estaba esperando. Se volvió y se acercó al cordón de soldados. Al verle, uno de ellos alargó la mano para impedirle el paso, pero Bassett, acercándose presuroso a su espalda, intercambió unas palabras con el capitán de la guardia y este le permitió pasar.

El escribano subió las gradas y permaneció de pie delante del altar de mármol, el cual era más ancho y largo de lo que parecía. En la parte anterior se podía ver una enrevesada escena de ángeles y pastores, representados con una ingenuidad casi infantil; un pastor estaba tocando con tal fuerza su zampona que no hubiera podido

escuchar el canto celestial. Corbett contempló la escena, acarició la suavidad de la piedra y, por un instante, olvidó la tarea que tenía entre manos mientras admiraba la delicadeza y maestría con las cuales se habían labrado las figuras. Se agachó para examinar una leve mancha de vino y vio otras manchas rojas similares en la alfombra. ¿Se habría derramado el vino? Por lo visto, sí. Se encogió de hombros y se levantó para examinar el altar propiamente dicho, apoyó las manos en él y notó bajo el mantel ahora cubierto de charcos de pura cera de abeja unos preciosos lienzos que debían de ser de cendal, jamete, zangaleta, damasquillo y terciopelo. Los bordes del blanco mantel estaban bordados en oro, verde, azul y amarillo leonado. En el centro del mantel, una cruz roja marcaba la piedra de la reliquia que tenían todos los altares, solo que, tratándose de la catedral de San Pablo, la piedra cubría una reliquia valiosísima: una astilla de la Vera Cruz, unos restos de la piedra sobre la cual Jesucristo había permanecido de pie antes de ascender al cielo, un fragmento del velo de la Virgen y unas reliquias del sepulcro de san Pablo en Roma.

Sobre el altar descansaban varias piezas de orfebrería de gran valor: unos grandes candelabros con una filigrana de hojas de plata adornadas con minúsculas figuras de oro de hombres y demonios; unas delicadas vinajeras con pies de cristal de color labrados con escenas de la Pasión de Cristo y también un ostensorio con una corona de rayos de sol y varias patenas de resplandeciente plata sobredorada, algunas de ellas todavía con varias hostias consagradas. En medio de la confusión alguien había dejado olvidado un turíbulo con incrustaciones de oro al lado de una naveta en forma de barquita, cuajada de piedras preciosas. Corbett lo examinó todo con sumo cuidado. Muchos sacerdotes lo hubieran considerado culpable de sacrilegio, pues el pan y el vino consagrados se encontraban todavía sobre el altar, pero él creía tener los suficientes conocimientos de teología para saber que el sacrilegio está no en lo que uno hace sino en la intención. Rezó una breve plegaria, se volvió a golpear el pecho y musitó *peccavi*<sup>[8]</sup>, confiando en que Dios leyera su corazón y viera que su deseo no era faltar al respeto sino llegar al descubrimiento de la verdad, pues no cabía duda de que allí se había cometido un terrible crimen. Pero ¿cómo?

Corbett recordó el rito de la misa. Después del *Agnus Dei*, los concelebrantes tomaban las hostias de las patenas de plata del altar. Luego tomaban el cáliz y cada uno de ellos bebía un sorbo antes de pasarlo a su compañero. ¿Así había sido envenenado De Monfort? Corbett se acercó al turíbulo y levantó la tapa de oro; los trocitos de carbón del interior ya se habían enfriado. Corbett lo olfateó, pero solo percibió el perfume del incienso quemado. Se le ocurrió la descabellada idea de que, a lo mejor, De Monfort había sido asesinado mediante unos vapores mortales, pero la rechazó de inmediato. En el supuesto de que De Monfort los hubiera aspirado, también lo habrían hecho los demás. Y, sin embargo, estaban vivos mientras que aquel yacía muerto en la sacristía y su cuerpo ya había adquirido la rigidez de la muerte. ¿Habrían envenenado la Sagrada Forma? Corbett lo descartó. Ninguno de los concelebrantes hubiera sabido qué Sagrada Forma recibiría y semejante posibilidad

no encajaba con su sospecha de que la víctima fuera el rey y no De Monfort. Tenía que haber sido el vino.

Corbett se acercó al solitario cáliz, todavía medio lleno de vino. Lo tomó y se lo acercó a la nariz, pero solo pudo aspirar el perfumado aroma de la uva. Introdujo un dedo y estaba a punto de probarlo cuando una voz le gritó de repente:

—¡Eso es un sacrilegio!

Se volvió y vio que Winchelsea, con el rostro muy pálido a causa de la ira, se había acercado al pie de las gradas del altar y le estaba mirando enfurecido a través del cordón de soldados.

—¿Qué estáis haciendo, hombre?

—Mi señor obispo —contestó Corbett—, me limito a cumplir las órdenes del rey. De Monfort ha sido envenenado en este altar. No pretendo cometer ningún sacrilegio, pero en algún lugar de aquí se encuentra el veneno que lo ha matado. Si lo descubrimos, podremos encontrar al envenenador.

El escribano vio que el arzobispo le miraba con rabia mal contenida.

—No tenéis ningún derecho. Sois un seglar —replicó el arzobispo—. Necesitáis mi permiso o, por lo menos, el de Su Señoría el arzobispo de Londres, para acercaros al altar.

—Mi señor obispo —dijo Corbett, harto de tener que hablar por encima de los hombros de los soldados, que ya se estaban empezando a tomar a broma la discusión—. Mi señor obispo, si no estáis de acuerdo con lo que hago, id a ver al rey. O, si lo deseáis, excomulgadme. Pero os aseguro que no quiero cometer ninguna falta de respeto. Sobre este altar se encuentra el origen de la muerte de De Monfort y yo tengo la intención de descubrirlo.

—El escribano tiene razón —dijo otra voz. Corbett se volvió y vio a Plumpton, mirándole desde la otra esquina—. Mi señor obispo —añadió Plumpton en tono pausado—, el escribano no quiere faltar al respeto. Está aquí por orden del rey. Ya hay suficientes tensiones en esta iglesia. ¿Me permitís que yo le eche una mano?

El arzobispo asintió con la cabeza y Plumpton subió las gradas, pasó entre los soldados y se reunió con Corbett en el centro del altar.

—¿Habéis descubierto el veneno, mi señor escribano?

—No he encontrado nada —contestó Corbett, volviendo la espalda al indignado prelado—. ¿Este es el cáliz principal? —preguntó, tomando la preciosa copa labrada.

—Es el único cáliz —contestó Plumpton—. Pertenece a De Monfort. Estaba muy orgulloso de él, pues se lo había regalado el gran conde Simón personalmente.

—¿Y bebió de él?

Plumpton asintió con la cabeza.

—Pues entonces este es el origen de su muerte.

Plumpton tomó el cáliz lleno de vino y apuró su contenido antes de volver a depositarlo sobre el altar.

—No lo creo —dijo—. He bebido el vino consagrado porque alguien tenía que

hacerlo y, dentro de unos minutos, veréis si estaba envenenado o no. Creo, mi señor escribano —añadió el clérigo, mirando con una sonrisa a Corbett—, que vos ya lo sabéis. El cáliz no está envenenado. Recordad que todos hemos bebido de él durante la misa.

Corbett se mordió el labio inferior, asintiendo con la cabeza. Allí no había nada.

—Mi señor sacerdote —dijo—, gracias por vuestra ayuda. No quería faltar al respeto. —Hizo un gesto con la mano—. Comprendo que los sacerdotes tendrían que retirar todos los objetos del altar, pero yo os ordeno en nombre del rey no retirar nada de esta iglesia hasta que todo se haya vuelto a examinar.

Plumpton se encogió de hombros.

—Por supuesto —dijo—. Sé que el rey os está esperando. Mi señor el obispo de Londres ha preparado un banquete para celebrar la derrota del rey, los cocineros ya están listos y la muerte de De Monfort no nos ha quitado el apetito.

Corbett le miró sonriendo, cruzó el cordón de soldados, bajó las gradas del altar mirando fríamente al todavía enojado arzobispo y cruzó el antealtar para reunirse de nuevo con el rey. Observó que Eduardo había recuperado la calma y permitido la entrada de otros miembros de su Casa: mariscales, mayordomos, cortesanos, todos iban de un lado para otro, tratando de imponer un poco de orden en medio del caos que se había desatado. El rey mandó que le llevaran un aguamanil de plata y unas servilletas. Se lavó las manos con un perfumado jabón y dejó que el barbero real le peinara el cabello y la barba y sustituyera el rosario de plata. Después anunció que Su Eminencia el obispo de Londres los esperaba a todos en la sala capitular y, seguido por sus cortesanos, entre ellos Corbett y Surrey, regresó al presbiterio. Sin prestar atención a los que allí se encontraban, cruzó la puerta oriental, atravesó los nevados claustros azotados por el viento y entró en la sala capitular de la catedral.

Las blancas paredes encaladas de la espaciosa sala estaban adornadas con costosos tapices flamencos y el reluciente suelo de madera de roble se había cubierto con mullidas alfombras persas. Unos candelabros de plata maciza, cada uno de ellos con una vela de pura cera de abeja, disipaban la oscuridad. Unos criados colocaron en la estancia unos braseros provistos de unas pequeñas ruedas sobre cuyo carbón habían esparcido unos puñados de hierba fresca antes de cubrirlos con las tapas de acero.

En la pared del extremo más alejado ardía el fuego de una enorme chimenea alimentada con carbón y troncos de pino, y al fondo de la sala, sobre un estrado y bajo la gruesa alfarda del techo adornada con colgaduras rojas, blancas y oro, se encontraba una enorme mesa con unas sillas de madera de roble labrada. La mesa estaba cubierta con un blanco lienzo, sobre el cual descansaban toda suerte de ornamentos de oro y plata. Estaba claro que los canónigos habían sacado todos sus más preciados tesoros para adornar la sala e intimidar al rey. Corbett se preguntó si no sería una irónica alusión a los cuantiosos gastos del rey, el cual hubiera tenido que soportar el duro discurso de De Monfort contra los tributos reales y después habría

sido conducido a aquella sala, donde la Iglesia se hubiera burlado de él exhibiendo los tesoros que tan ávidamente le había negado. El rey, comprendiendo que la burla estaba destinada a su persona, no esperó a que los demás personajes que se encontraban en la catedral se reunieran con él sino que, dirigiéndose al fondo de la sala, ocupó sin más el asiento de honor del estrado. Entonces, empezaron a producirse frenéticas carreras, pues todo el mundo quería estar lo más cerca posible de la mesa real del estrado. A Corbett no le importó. El rey le había pedido que se quedara a su lado, pero él le había pedido permiso para comer entre los demás invitados que ocuparían la sala para, de este modo, poder oír todos los rumores y comentarios que se hicieran. El rey había asentido con la cabeza. Sin embargo, Corbett comprendía que Eduardo, en caso de que fuera objeto de la maldad de alguien, sería tan vulnerable allí como en la iglesia.

—Vuestra Majestad debería tener mucho cuidado con lo que come y lo que bebe —murmuró.

Surrey, que se había acomodado a la izquierda del rey, se volvió enfurecido hacia él.

—No tenéis que preocuparos, escribano —replicó—. El rey no comerá ni beberá nada que yo no haya comido o bebido primero.

—En tal caso, mi señor —dijo Corbett fríamente—, sabiendo que la vida de Su Majestad está en vuestras manos y confiando en vuestra palabra, ya estoy tranquilo.

Dicho lo cual, se inclinó en reverencia ante el rey y se retiró, dejando a Surrey, que no era precisamente el más inteligente de los cortesanos del rey, sin saber si acababa de ser víctima de una burla o no.

Corbett eligió cuidadosamente su sitio. Recelaba un poco de Plumpton... demasiado amable y complaciente, casi satisfecho de la muerte de De Monfort. Tendría que interrogar a aquel hombre. Por consiguiente, cuando los presentes empezaron a sentarse, él lo hizo discretamente en el banco al lado de Plumpton. El canónigo, alegrándose aparentemente de su compañía, no tardó en entablar con él una animada conversación acerca de la historia de la catedral, evitando cuidadosamente cualquier referencia a la muerte de De Monfort. Corbett le escuchó con atención mientras se preguntaba dónde demonios se habrían metido Bassett y Ranulfo. El criado, que no había encontrado sitio en la sala, había sido lo bastante listo para saber que le servirían más y mejor en las cocinas, donde alegraría ser un sirviente de la Casa Real, y Bassett estaría cumpliendo sin duda algún secreto encargo del rey. Mientras Plumpton hablaba, Corbett pensó en Bassett, un joven caballero abanderado, nacido probablemente en el seno de una familia de terratenientes. El escribano había conocido a muchos como él: eran cada vez más populares en la corte por su inquebrantable fidelidad al rey y parecían encarnar la terrible máxima legal: «La voluntad del príncipe es la fuerza de la ley». Bassett era uno de ellos. Un joven ambicioso y despiadado, para quien no existía la moralidad, el bien o el mal, el cielo o el infierno, la gracia o el pecado, la bondad o la maldad, sino tan solo la voluntad

del príncipe.

Conforme iba envejeciendo, el rey se mostraba cada vez más inclinado a rodearse de hombres como él, pues nunca había permitido que nadie se opusiera a sus deseos, ni siquiera en su juventud, y ahora, en su vejez, no lo hubiera podido tolerar. Corbett había visto a Eduardo luchar en Gales. Allí el rey se había mostrado generoso con los rebeldes derrotados. ¿Y ahora? Corbett miró hacia el fondo de la sala, donde el rey permanecía sentado en toda su magnificencia en la mesa de honor. Ahora todo había cambiado. Corbett había oído los rumores que corrían sobre la expedición a Escocia, las matanzas y la crueldad del soberano. Los hombres como Surrey, que en aquellos momentos estaba sentado al lado del monarca, no eran más que una extensión de su regia furia. Surrey era un buen soldado y un veterano guerrero, capaz de incendiar una ciudad con la misma facilidad con que cruzaba una calle o montaba a caballo. A veces, Corbett tenía dudas sobre la conveniencia de servir al rey; le habían ido muy bien las cosas con sus fincas de Surrey y era el orgulloso propietario de varias casas en Suffolk, Shotters Brook, Clerkenwell y la calle del Pan. Recordó una frase del Evangelio: «¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo si pierde su alma?». Corbett tenía que moverse con mucho cuidado en medio de las complicadas intrigas de la corte inglesa, donde un hombre podía extraviar fácilmente el camino y perder más tarde su alma.

La situación que en aquellos momentos se estaba viviendo no era distinta. Corbett pensaba que, a lo mejor, el cáliz estaba destinado a De Monfort, pero recordaba una conversación de antes de la misa, en la que Bassett (él se encontraba sentado detrás suyo) le había comunicado al rey que, después de que el celebrante hubiera bebido del cáliz, la misma copa le sería ofrecida a él en gesto de amistad. Pero ¿quién hubiera querido matar a Eduardo? Corbett lanzó un suspiro. Debía de haber centenares de personas. Felipe de Francia, el enemigo jurado del rey, hubiera estado encantado de verle morir de una borrachera o desplomarse al suelo al pie del altar de su principal catedral. Entonces Felipe hubiera anunciado a la cristiandad que Dios había castigado al pérfido rey inglés. Estaban también los rebeldes cabecillas galeses, que constantemente tramaban traiciones. Corbett había tenido ocasión de tratarlos; y, gracias a ello, había conocido a Maeve... Acudió a su mente el dulce rostro en forma de diamante, enmarcado por una larga cabellera rubio platino. Cerró los ojos y procuró quitarse de la cabeza la visión. Como empezara a pensar en Maeve, no conseguiría hacer nada. Finalmente, estaban los escoceses. También había conocido a sus cabecillas, Bruce y los demás, hombres despiadados y totalmente empeñados en no ceder ni un palmo de terreno escocés a Inglaterra.

Volvió a evocar el sonriente rostro de Maeve y procuró distraerse mirando a su alrededor. Ya estaban empezando a servir la comida. A pesar de la estación del año en que se encontraban, los cocineros del obispo de Londres se habían esmerado en la preparación de un opíparo banquete. Pato silvestre asado, cerceta, pajaritos en salsa de almendras, capón asado en jarabe, ternera asada, cerdo asado, garzas, carne tártara,

jaleas, conejo a la parrilla, faisán, venado e incluso jabalíes asados en una sabrosa salsa, grullas, codornices, natillas, naranjas, *doucettes*<sup>[9]</sup>, todo servido por un ejército de criados, que también se habían mostrado muy generosos a la hora de llenar las copas de peltre de los invitados con delicioso vino tinto sacado de unas grandes botellas. A pesar de su prolongado ayuno, Corbett no tenía apetito. Aún recordaba el rostro de De Monfort, su ennegrecida boca y su hinchada lengua. Además, en un rincón de la sala acababa de ver un gato con un ratón a medio comer en la boca y semejante espectáculo, unido a las llagas abiertas que tenían varios criados en los brazos y las manos, le había quitado definitivamente el apetito. Por consiguiente, se limitó a tomar unos cuantos sorbos de vino, haciendo el firme propósito de regresar a las calles de la ciudad para saciar su apetito en cuanto terminara el banquete.

Mientras Plumpton charlaba por los codos, él examinó cuidadosamente su plato llano de madera, acariciando con el dedo los versículos de la Biblia grabados en él con letras doradas. Aquello era un auténtico tesoro. Puede que los canónigos de San Pablo no supieran gran cosa acerca de la pobreza, pero no cabía duda de que sabían muy bien lo que era la riqueza. En las casas de los nobles, el plato llano hubiera contenido un pedazo de pan seco. En cambio, allí todo era distinto. Hasta las copas eran de peltre. Y la comida se servía en platos de plata y oro. Las velas de la mesa eran de pura cera de abeja y las gruesas colgaduras de las paredes estaban adornadas con incrustaciones de oro. El suelo no era de piedra sino de lustrosa madera cubierta de alfombras. Los relucientes braseros de carbón estaban encendidos y no solo daban calor sino que, además, emitían una suave fragancia de hierbas. A su lado, Plumpton vestía una gruesa túnica con capucha ribeteada de armiño blanco y sus regordetas manos estaban cuajadas de anillos. Corbett hizo una mueca de desagrado al aspirar los efluvios del femenino perfume que lo envolvía. El clérigo todavía se pasó un buen rato describiendo los pormenores de la catedral hasta que Corbett, cansado, decidió interrumpirle.

—*Sir Philip* —le dijo en voz baja—, ¿quién pudo tener interés en matar a De Monfort?

Plumpton se volvió a mirarle con una radiante sonrisa de felicidad en los labios.

—Yo, por ejemplo.

—¿Acaso no apreciabais al deán?

—No —contestó el clérigo—, no lo apreciaba porque era un hombre extraño y misterioso. Me hubiera encantado ocupar su puesto de deán. De todos modos, me lo hubieran tenido que ofrecer a mí.

—¿Y cuántos más lo aborrecían?

Plumpton extendió las manos y miró a su alrededor.

—La catedral es una pequeña ciudad. Está el obispo, el deán, el tesorero, el sacristán, el limosnero y el bibliotecario. Tenemos nuestros criados, los que limpian la iglesia, los que nos sirven aquí. Nuestros cazadores, nuestras lavanderas, nuestros mensajeros y nuestros sastres. No creo que encontrarais a nadie que apreciara a

De Monfort o que ahora derrame copiosas lágrimas por su muerte. —Plumpton tomó un sorbo de vino y miró fijamente a Corbett—. Y vos, mi señor escribano, ¿creéis que ha sido un accidente? He oído decir que lo consideraréis un asesinato. ¿Es un asesinato o no lo es?

—¿Vos qué pensáis? —preguntó Corbett a su vez—. ¿Quién pudo tener motivos para asesinar al deán de San Pablo?

Plumpton volvió a sonreír.

—¿Por qué no se lo preguntáis a vuestro señor el rey?

Corbett apoyó firmemente una mano en el brazo de Plumpton.

—Mi señor sacerdote —le dijo—, algunos dirían que eso es una traición.

Plumpton apartó muy despacio la mano de Corbett.

—Algunos dirían, mi señor escribano, que esa es la verdad. ¿Por qué no se lo preguntáis a vuestro rey? —repitió sin apartar los ojos del rostro de Corbett—. A fin de cuentas, ¿acaso no fue Bassett quien, poco antes del comienzo de la misa, trajo una botella del mejor vino de Burdeos como regalo de vuestro regio señor?

Corbett le miró sorprendido.

—No lo sabía.

—Hay muchas cosas que vos no sabéis —replicó el clérigo en tono irritado.

De pronto, levantó una mano cuajada de anillos y chasqueó los dedos. Un criado con un parche en un ojo se acercó presuroso. Corbett contempló su demacrado rostro, su lacio y desgredado cabello, su grasiento jubón de cuero y el mandil de lona que llevaba anudado alrededor de la cintura.

—Simón —explicó el sacerdote en un susurro— es mi criado. Simón tiene algo que mostraros.

Murmuró unas palabras al oído del criado y el hombre asintió con la cabeza y se retiró.

Corbett miró a su alrededor y observó que el murmullo de las conversaciones no se había interrumpido. Los comensales no le prestaban la menor atención, pues todos estaban ocupados llenándose el vientre para poder combatir mejor la gélida temperatura del exterior. El vino circulaba libremente y varios canónigos ya se habían achispado y tenían los ojos legañosos y la boca entreabierta. Corbett sabía que el rey permanecería allí casi todo el día en un intento de demostrar que no tenía nada que ocultar ni que temer y que estaba más que dispuesto a descansar y disfrutar con la riqueza de la Iglesia. Corbett hubiera deseado retirarse, pero esperó hasta que regresó el criado con una copa en una mano y un cubilete de vino de cuero en la otra. Corbett vio que la copa estaba vacía. Era una sencilla copa de peltre de excelente calidad. El cubilete era de cuero recubierto con una capa de oro. La tapa de lustroso cuero encajaba a la perfección. Corbett los había visto a menudo en el palacio real. Estudió la copa, olfateó su borde y percibió un ligero pero extraño olor. Después destapó el cubilete de vino y aspiró un intenso olor agrídulce que a punto estuvo de asfixiarlo. Plumpton le miró con expresión divertida.

—Son vuestros, mi señor escribano. El olor de esta mañana en la sacristía es el mismo de ahora. Estoy seguro, mi señor escribano, que, si tomarais un sorbo, no saldríais vivo de esta sala. Pero son vuestros. Os los ofrezco como regalo, pues, si fueran a parar a otras manos, bien podrían utilizarse como arma contra el rey.

Corbett asintió con la cabeza.

—No lo olvidaré —dijo.

Tapando cuidadosamente el cubilete para que no se derramara su contenido, se levantó y, sin decir una sola palabra ni a Plumpton ni a su taciturno criado, abandonó la sala con la copa y el cubilete escondidos bajo el manto.

## Capítulo V

Corbett abandonó la caldeada sala capitular y salió a los gélidos claustros. Hacía mucho frío, el sol se había puesto y se acercaban las grises sombras del anochecer. Unos copos de nieve formaban una nueva alfombra sobre la nieve caída a lo largo del día y un silencio sepulcral envolvía el recinto del templo, como si la nieve lo hubiera cubierto todo con un manto de paz; pero Corbett sabía que todo era pura apariencia. Dos años atrás, el rey había mandado construir un alto muro alrededor de la catedral y había reforzado las puertas que se cerraban todas las noches y solo se abrían cuando las campanas anunciaban el rezo de prima. Allí buscaban refugio los hombres perseguidos por la ley, la escoria de Londres, hombres desesperados que habían sido declarados *utle-gatum*<sup>[10]</sup>. Allí los funcionarios reales y los de la ciudad no podían molestarles. A través de los copos de nieve y más allá de las tumbas y los túmulos ahora ocultos bajo la nieve, Corbett vislumbró el gran muro de piedra y los improvisados refugios adosados a él. Hombres, mujeres y niños pasaban como una silenciosa pesadilla, envueltos en andrajos y pellejos. Vio el débil resplandor de las hogueras y oyó el doloroso llanto de un niño en medio del frío glacial. Una escena de absoluta desolación. El suelo estaba ocupado por los muertos, pero lo usaban unas gentes que vivían como si ya estuvieran medio muertas.

Un lugar terrible, pensó Corbett, que le hacía evocar a uno los demonios de su alma. Recordó que un amigo suyo, un médico árabe que había conocido en Londres años atrás, le había hablado de una enfermedad del alma que alteraba los humores más bajos del cuerpo; la mente se nublaba y, al final, el enfermo acababa quitándose la vida. Corbett siempre temía que le ocurriera lo mismo, que se hundiera en un negro pozo de depresión e, incapaz de seguir adelante, se tendiera y se dejara morir. Los sepulcros y los túmulos de la catedral de San Pablo conjuraban aquellos demonios: allí, en la casa de Dios donde Cristo vivía con su figura perpetuamente crucificada, los curas comían como cerdos y se cubrían los bien alimentados cuerpos con cálidas prendas de abrigo mientras los pobres, como el gato que había visto poco antes en la sala del banquete, se acurrucaban donde podían y comían lo que recogían de la basura.

Corbett pasó junto a un grupo de caballos atados que esperaban a que sus amos acabaran de comer. Los mozos no se veían por ninguna parte. Dobló una esquina y cruzó la puerta sur de la catedral. A ambos lados de la sombría entrada había unas puertecitas de madera con barrotes de hierro que daban acceso a la torre. Corbett comprobó que estuvieran bien cerradas. No sabía por qué, pero no soportaba pasar por delante de una puerta abierta, pues no lograba quitarse de encima una extraña y siniestra sensación de perversa amenaza. Subió por la nave del templo. A ambos lados, los cruceros estaban envueltos en la oscuridad y las recias columnas redondas parecían una hilera de silenciosos guardianes que elevaran como por arte de magia la

masa de piedra hacia la bóveda de arriba. Todo estaba desierto. Por regla general, el templo, que en realidad parecía un mercado, estaba lleno de escribientes, abogados, vendedores de pergaminos y criados. Allí los hombres discutían sobre pleitos y sobre los precios de las cosechas y las mujeres se entretenían con chismorreos durante la celebración de la misa y a veces solo se callaban por respeto cuando el celebrante elevaba la Sagrada Forma. San Pablo era un lugar de reunión donde los enemigos podían discutir en territorio seguro, los árbitros resolvían las disputas sobre tierras y los jóvenes con intenciones de casarse se reunían con las doncellas y sus familias.

Corbett experimentó un sobresalto al oír el retumbante sonido de la gran campana de San Pablo, señal del comienzo del toque de queda en que se iban a cerrar las puertas y se colocarían las cadenas para impedir la entrada de las vociferantes bandas de jóvenes desmandados que sembraban el terror en las noches de la ciudad. Hacía frío, un frío mortal. Corbett pasó por delante de las pequeñas y oscuras capillas donde los sacerdotes de la Cancillería cantaban misas por los que pagaban dinero para huir del juicio de Dios por los pecados cometidos en la tierra. Subió las gradas del coro; los siales de ambos lados estaban vacíos y las figuras de madera labrada le miraban en inmovilizado terror. Las antorchas de la pared chisporroteaban levemente, proyectando unas oscuras y alargadas sombras que parecían conferir vida propia a las baldosas del suelo. Corbett entró en el silencioso presbiterio, donde las antorchas también arrojaban un poco de luz desde sus candeleros de hierro. El escribano contempló el altar, ya desprovisto de todos los ornamentos. Las sagradas vasijas habían sido cubiertas con unos gruesos lienzos de color oscuro y en el aire se aspiraba todavía el penetrante perfume del incienso de la misa de la mañana cual si fuera la presencia de unas almas que no quisieran ascender al cielo.

El altar mayor con su labrado frontal se encontraba prácticamente envuelto por las sombras exceptuando la solitaria lamparita roja que parpadeaba en la oscuridad del presbiterio como un faro en medio de un temporal. «*Hic locus terribilis. Domus Dei et porta coeli*»<sup>[11]</sup>... Corbett se estremeció. Puede que también fuera la puerta del infierno. Allí Jesucristo moraba bajo las especies del pan y el vino, rodeado por unas huestes de ángeles adoradores, con todo el poder de la milicia celestial. Pero ¿sería efectivamente cierto? Corbett no podía creerlo. ¿Existía realmente aquello que le había dicho el cura? ¿Sería verdad? ¿Tendrían razón algunos filósofos al decir que el hombre vivía en un mundo de simples apariencias? ¿Estaría él viviendo constantemente en medio de las sombras sin percatarse de la realidad que había detrás de ellas? ¿O, tal como decía san Agustín, el hombre no era más que un niño que jugaba con los charcos de agua en la arena sin darse cuenta de la presencia del océano que rugía a su lado? Sin embargo, allí existía una realidad, por más que fuera la realidad del mal. A Corbett le resultaba difícil creer que aquella catedral, erigida sobre las ruinas de un templo romano, fuera efectivamente un lugar sagrado. A fin de cuentas, allí habían asesinado a un sacerdote, precisamente cuando se disponía a recibir a Cristo. ¿Habría sido un terrible castigo de Dios? ¿Y qué castigo todavía más

terrible aguardaría a los que habían planeado tan horrendo crimen?

Corbett experimentó un sobresalto. Oyó un rumor procedente del muro del fondo del presbiterio; extrajo la daga que guardaba bajo la capa y se acercó muy despacio mientras el corazón le latía violentamente en el pecho y la lengua se le secaba en la boca y se le paralizaba entre los dientes. El crujido parecía proceder directamente del muro. Sudando profusamente, apoyó con sumo cuidado la mano en la pared y empezó a tantearla, buscando el lugar de donde había surgido el sonido. De repente, sus dedos se sintieron atrapados por una especie de gélida garra. Levantó la otra mano para defenderse, pero la palma, resbaladiza a causa del sudor, soltó la daga y esta cayó ruidosamente al suelo. Trató de reprimir su creciente terror. ¿Acaso alguno de los demonios de piedra que sonreían desde la parte superior del muro había cobrado inesperadamente vida y había bajado reptando como una serpiente para apoderarse de él? Corbett se llenó de espanto y estaba a punto de lanzar un grito cuando oyó una voz.

—¿Sois de Dios o del demonio? —preguntó la voz a través del resquicio de luz.

—¡De Dios! ¡De Dios! —contestó Corbett, procurando serenarse.

Había olvidado al anacoreta. El hombre debía de haberle oído entrar en el presbiterio y él había caído en su trampa. ¿Acaso aquel hombre era el asesino?, se preguntó, loco de desesperación.

—¡Soltadme la mano! —gritó—. Voto al cielo que, si no me soltáis, os apuñalo.

—He oído caer al suelo vuestra daga —murmuró la voz—. Pero no os deseo ningún mal. Soltaré vuestra mano.

De pronto, Corbett se sintió los dedos libres. Se apartó de la pared de un salto, buscó a tientas la daga y retrocedió de espaldas.

—¿Quién soy vos? —preguntó, dirigiéndose al fino rayo de luz que se filtraba a través de la mampostería.

—Soy un hombre de Dios —contestó la voz—. Me llamo Tomás. Vivo aquí desde hace quince años. Vos sois el escribano —añadió.

—¿Cómo lo sabéis?

—Os he visto esta mañana cuando ha muerto el sacerdote, corriendo de un lado para otro en el presbiterio. Vos conocéis el mundo y estáis metido de lleno en sus asuntos. ¿Sabéis cómo murió el sacerdote?

Corbett guardó la daga en la vaina y procuró dominar el temblor de sus miembros.

—El sacerdote ha sido asesinado. Vos lo sabéis muy bien —dijo Corbett, provocándole—. ¿Acaso no dijisteis que el Ángel de la Muerte había visitado este lugar? ¿Cómo lo sabíais?

El rayo de luz pareció desvanecerse y Corbett, forzando la vista en la oscuridad, distinguió un par de ojos al otro lado de la rendija del muro.

—No fue ninguna visión —dijo la voz entre risas—. Si vos hubierais visto, mi señor escribano, lo que yo he visto en este lugar, hubierais comprendido que Dios no

podía tardar en enviar a su ángel para infligir un castigo.

—¿Por qué? —preguntó Corbett.

—¿Por qué? —repitió la voz—. Estos canónigos y sacerdotes cotorrean durante la misa; el diablo tiene que recoger todo lo que ellos se saltan del servicio divino y guardarlo en su bolsa para que, cuando mueran, se pasen toda la eternidad haciendo los servicios que se han saltado, rezando las oraciones que han omitido y pronunciando los sermones que han olvidado. Proclaman la palabra de Dios a toda prisa como cuando uno arroja basura a un pozo. ¡Y qué vidas llevan! ¿Os habéis fijado en las ramera?

Corbett recordó a la mujer que había visto al pie de las gradas del presbiterio.

—Sí —contestó—, he visto a la mujer.

—Una ramera —dijo la voz—. La barragana de De Monfort.

—¿Os referís al difunto?

—Al cura que ha sido asesinado —contestó con firmeza la voz—. Vos ya lo sabéis, mi señor escribano. He oído los chismorreos de la gente. Aunque viva aquí como un prisionero de la piedra y lo haga de buen grado para expiar mis pecados, veo los pecados de los demás, y De Monfort era un pecador. La mujer era su ramera.

—¿Sabéis cómo se llama?

—Se llama Legión —contestó el anacoreta—, pues tiene muchos demonios en el cuerpo. Preguntad por ahí. De Monfort era un hombre muy rico y codicioso.

—El rey —dijo Corbett, depositando súbitamente su confianza en el anacoreta— me ha pedido que investigue las razones que se ocultan detrás de la muerte del cura.

El anacoreta soltó una carcajada que resonó más allá del muro.

—Hay tantas razones para la muerte de De Monfort como estrellas en el cielo. ¡Y está claro que tenía muchos enemigos!

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—¿Adónde creéis, mi señor escribano, que acuden los hombres para conspirar y tramar intrigas? ¿Acaso hay algún lugar más seguro que la casa de Dios? De Monfort era como los demás. Pero ahora os diré con toda solemnidad una cosa y después ya no os pienso decir nada más. A De Monfort lo han asesinado sus propios hermanos de esta catedral de San Pablo. En este lupanar hay hombres más perversos que De Monfort, curas que han vendido su alma al diablo. ¡Os deseo buena suerte!

De repente, el rayo de luz se apagó. Corbett comprendió que el anacoreta había apagado la vela y ya no le diría nada más. Oyó un crujido en la pared, señal de que el anacoreta había introducido un trozo de piedra o de madera en el hueco para, de este modo, aislarse del mundo.

Corbett se apartó de la ermita, regresó al centro del presbiterio y subió las anchas gradas del altar mayor. Sintió una vez más el terrible silencio que lo rodeaba. Apoyó de nuevo las manos sobre el altar, inclinó la cabeza ante el crucifijo que colgaba por encima de él y miró a su alrededor. Trató de imaginarse lo que De Monfort debía de haber sentido. Se encontraba de pie sobre la piedra del presbiterio. A ambos lados

suyos estaban los concelebrantes de la misa. El *Agnus Dei* ya había terminado y ya se había producido la elevación de la Sagrada Forma. Otras partículas del pan consagrado se estaban distribuyendo en el altar sobre patenas de plata; después los concelebrantes se habían pasado el cáliz. ¿Era allí donde estaba el veneno? Corbett había visto a Plumpton beber un sorbo. Allí no había nada. Otros habían bebido también sin ninguna consecuencia. Pero, si no había veneno en el cáliz, ¿cómo había muerto De Monfort? ¿Tendría razón Plumpton? ¿Estaría buscando donde no había nada?

Corbett percibió bajo su capa el ligero roce del cubilete de vino contra su pierna. ¿Y si De Monfort hubiera sido envenenado antes del comienzo de la misa? Corbett se mordió el labio y miró hacia la puerta de la sacristía: pesada, de madera y cerrada con candado. Detrás de aquella puerta se encontraba el rígido cuerpo de De Monfort, apestando a muerte y empapado en el veneno que había bebido. Corbett trató de recordar. La función religiosa había terminado poco antes del mediodía, antes de que la gran campana de San Pablo tocara a nona. Hacía dos horas que había empezado la misa. Si De Monfort hubiera bebido el vino envenenado antes de la misa, ¿qué hora habría sido?, ¿las nueve o las diez de la mañana? Pero ¿cómo era posible que hubiera tardado tanto en morir?

Quizá, Surrey tenía razón; tal vez fuera mejor dejar las cosas tal como estaban. ¿Estaría persiguiendo una quimera a través de un peligroso pantano? Pero tenía que haber una respuesta. ¿Y si alguien, algún rival, para librarse de De Monfort, hubiera envenenado el vino que el rey le había enviado y el veneno no hubiera hecho efecto enseguida sino más tarde, durante la misa?

Corbett se sentó en el último peldaño del presbiterio y se puso a pensar. Allí había tres cosas extrañas. Primero, a pesar de sus muchas distracciones durante la misa, no había visto tambalearse ni vacilar a De Monfort ni una sola vez. Nada insólito había observado durante la celebración de la misa. En caso de que lo hubieran envenenado poco a poco, ¿De Monfort no se habría quejado de dolores? Sin embargo, nada de eso había ocurrido. En segundo lugar, si le hubieran administrado el veneno antes de la misa, debía de haber sido un veneno de efectos muy lentos. Sin embargo, a pesar de su dilatada experiencia, él jamás se había tropezado con nada semejante. Casi todos los venenos eran muy rápidos. En su calidad de escribano de los Tribunales Reales, había asistido al juicio de muchos acusados de envenenamiento y sabía que los venenos actuaban en cuestión de minutos. De hecho, la mayoría de las veces el culpable era apresado precisamente por eso; porque jamás le daba tiempo a alejarse con la suficiente rapidez del escenario del delito. En tercer lugar —y aquí Corbett se alegró de sus conocimientos de Derecho Canónico—, cualquier sacerdote que celebrara la misa y recibiera el sacramento, no podía comer ni beber pasada la medianoche. Hubiera sido absurdo pensar que De Monfort se había bebido el vino la víspera y este no le había hecho efecto hasta muchas horas después.

Corbett frunció el ceño, desconcertado por aquel misterio. Quienquiera que

hubiera planeado el asesinato de De Monfort lo había preparado con mucho cuidado. Pero ¿por qué allí? Si alguien quería matar a De Monfort, ¿por qué hacerlo descaradamente en presencia del rey, los miembros de su corte, los más altos funcionarios de la Corona y casi todos los principales dignatarios de Londres? De hecho, el mismo misterio hubiera rodeado cualquier fallido intento de asesinar al rey. ¿Por qué allí, en San Pablo, durante el sacrificio de la misa? Corbett se frotó los ojos; estaba agotado y cansado de aquel asunto. Se levantó y bajó de nuevo a la nave del templo. Oyó un leve rumor, como si alguien arrastrara los pies en el crucero. Se detuvo y volvió a experimentar un acceso de pánico. Si se acercara, cualquiera, prácticamente todo un ejército, hubiera podido ocultarse en la oscuridad. Por otra parte, si alguien hubiera querido matarle, lo habría podido hacer cuando él estaba sentado bajo el haz de luz del presbiterio. ¿Habrían sido simples figuraciones suyas? Apuró el paso y estuvo casi a punto de lanzar un grito de alivio cuando abrió la puerta y salió a la nevada blancura del exterior de la catedral.

## Capítulo VI

A la mañana siguiente, Corbett se despertó mucho antes de que las campanas de las iglesias de la ciudad empezaran a anunciar el rezo de prima. Era una brumosa mañana gris y, durante la noche, había caído una fuerte nevada. Corbett, que no podía permitirse el lujo de poner cristales en las ventanas, se alegró de haber mandado colocar unos nuevos postigos de madera para protegerse del gélido y cortante viento. Su habitación era sencilla pero espaciosa y las paredes encaladas estaban cubiertas con colgaduras de estambre rojas, verdes y azules. En un gran armario de roble el escribano guardaba las copas y su colección de objetos de plata. Los restantes muebles de la estancia eran una mesa de tijera, un banco, un escabel y un gran sillón de madera labrada con un cojín escarlata. Corbett había mandado retirar los juncos y la paja del suelo, que no eran más que un receptáculo de polvo y enfermedades, y se había gastado varias monedas de oro en una gruesa y pesada alfombra persa que causaba la envidia de las pocas personas que lo visitaban. Casi toda la estancia estaba ocupada por una ancha cama de madera de roble labrada, cubierta por una colcha de color azul oscuro y rodeada por unas gruesas cortinas de estameña que servían no solo para preservar la intimidad sino también como protección contra el frío.

Corbett ya había encendido el brasero de carbón de leña y ahora lo estaba vigilando para evitar que se escapara una chispa y provocara un incendio. Las mismas precauciones observaba con la escalfeta que colocaba sobre la mesa para caldear la estancia y los candelabros de plata de cuatro brazos que esparcían a su alrededor algo de luz y calor. Corbett sacó de debajo de la cama un baúl con tachones de hierro y, abriendo la cerradura, sacó sus camisas, túnicas y calzones de más abrigo y un par de recias botas. Tomó también un cinturón que tenía desde los tiempos de las guerras galesas y, sacando otro baúl, guardó una larga daga galesa y un fino espadín en sus vainas. Se acercó al aguamanil, se lavó el rostro y las manos y se los secó con unas toallas, maldiciendo el frío por lo bajo. Al terminar, cerró el baúl, lo volvió a empujar bajo la cama, apagó el brasero y las luces y, mirando por última vez a su alrededor, abandonó la estancia y subió el tramo de escalera que conducía al cuartito donde dormía Ranulfo bajo el tejado.

Al ver la desordenada buhardilla de su criado, Corbett esbozó una triste sonrisa. La víspera se había pasado un buen rato buscando a Ranulfo en San Pablo hasta que, al final, lo había encontrado borracho como una cuba en una de las cocinas exteriores. Ranulfo se había atiborrado con las sobras del banquete y se había bebido varias botellas de vino, presumiendo de su riqueza y de las monedas de plata que, a lo mejor, le daría a una agraciada moza de la cocina a la que estaba tratando de engatusar para que pasara la noche con él. Entre gritos e imprecaciones, Corbett lo había arrastrado a la fuerza a las frías y angostas callejuelas para regresar con él a la calle del Pan. Ranulfo había acusado a su amo de ser muy duro con él y de negarle el

más mínimo placer. Corbett lo había empujado sin miramientos y sin prestar atención a sus protestas. Se detuvo solo dos veces: para permitir que Ranulfo vomitara y para mojarle la cabeza en un abrevadero de caballos. El agua fría lo serenó y, cuando llegaron a la calle del Pan, Ranulfo ya estaba medio atontado y su amo tuvo que arrastrarlo escaleras arriba y acostarlo en su camastro.

Corbett le había aconsejado una y otra vez que no bebiera demasiado y que tuviera mucho cuidado con la lengua. Ahora le repetiría una vez más la advertencia. Tomó una jarra de agua fría y la vertió muy despacio sobre el enmarañado cabello de Ranulfo. El criado se despertó entre jadeos y maldiciones y, de no haber sido por la severa mirada de Corbett, a buen seguro que le hubiera propinado a su amo un fuerte puñetazo en la cara.

—Sois un hombre muy cruel, mi señor escribano —graznó, apretando los dientes.

—Y tú, mi señor Ranulfo —contestó Corbett en tono burlón—, eres un hombre de lo más estúpido. Te he ordenado mil veces que, cuando estés cumpliendo alguna misión por encargo del rey, tengas cuidado con la bebida, pues utilizas la lengua cuando no debes, lo cual nos podría costar la vida, ¡e incluso nos podría hacer caer en manos de los oficiales de orden del tribunal del rey y ser acusados de traición!

Corbett levantó a Ranulfo de la cama.

El criado se había acostado vestido y solo se había quitado las botas. Ahora Corbett lo obligó a sentarse en el borde de la cama y se las lanzó.

—¡Póntelas! —le dijo—, y baja a la calle. Exonera el vientre, pues debe de ser una letrina. No quiero que me llenes la casa con tus hediondos humores.

Ranulfo se puso las botas, miró con mal disimulada rabia el tenso rostro de su amo y sus entornados ojos verdes de gato y llegó a la conclusión de que la venganza podía esperar. Aguardaría el momento en que su taciturno amo se emborrachara en alguna taberna y entonces le pagaría con la misma moneda. Ranulfo bajó ruidosamente a la calle.

Poco después, alegrándose de haber seguido el consejo de Corbett, volvió a entrar en la casa, pero su amo aún no había terminado. Le ordenó que subiera de nuevo a su habitación, se desnudara y se lavara y se pusiera una nueva muda de ropa. Solo entonces, cuando ambos se hubieron vestido con calzones de lana, botas largas y capa con capucha, bajaron a la calle.

Corbett había decidido no tomar los caballos que tenían en la cuadra de una taberna situada calle abajo. En su lugar, irían a pie, pues en algunos lugares la nieve llegaba hasta la altura de la rodilla. Toda la ciudad aparecía cubierta por una gruesa capa de nieve que semejava una alfombra de damasco blanco; bajo los pies, la nieve se había congelado y el hielo, formando unos largos carámbanos, colgaba como unas lágrimas de los complicados aleros de las casas. Doblaron la esquina de Cheapside. La amplia avenida, normalmente llena de tenderetes y talleres, estaba desierta. Las espléndidas casas de tres o cuatro pisos de altura de los mercaderes, construidas con entramado de madera de gruesos troncos de roble sobre tablazonadas revestidas de

yeso, estaban todas cerradas y cubiertas de nieve exceptuando las que ostentaban el escudo de la ciudad en bermellón, con la figura de san Pablo en oro y la cabeza, los brazos y los pies del santo en plata. La nieve resbalaba sobre los escudos, haciendo que su brillo destacara todavía con más fuerza sobre el fondo blanco. La espectral figura de un fraile pasó presurosa por su lado; el blanco hábito se hubiera podido confundir con la nieve de no haber sido por la recamada capa consistorial que le cubría los hombros y protegía el viático que llevaba a un enfermo. Lo precedían dos cansados chiquillos con unas velas cuyas llamas vigilaban constantemente para que no se apagaran.

A la izquierda de Corbett, elevándose por encima de la ciudad, la oscura mole de San Pablo con la cúpula todavía cubierta blanca lo indujo a concentrarse en sus inquietudes hasta que, rendidos de cansancio a causa de la nieve, ambos llegaron al matadero. Allí unos carros se estaban llevando los despojos, la grasa y otros desperdicios de los carniceros para arrojarlos al río Fleet. Uno o dos carros ya se habían puesto en marcha dejando unos charcos de roja sangre cuyo terrible hedor ni siquiera la nieve podía disimular. Caminando de cara al viento, cruzaron las puertas de Newgate. Allí Ranulfo dejó de soltar maldiciones, pues los edificios de las inmediaciones eran nada menos que la espantosa prisión donde muchos años atrás él había pasado una noche, preparándose para ser ahorcado en Tyburn. La rabia que sentía contra Corbett se fue esfumando mientras seguía a su amo con la cabeza agachada para protegerse el rostro del cortante viento y se preguntaba cuánto iba a durar aquel terrible viaje. Cruzaron las puertas de la ciudad. A la derecha se encontraba la enorme zanja de seis palmos de profundidad y, en algunos lugares, treinta y cinco palmos de anchura, donde se arrojaban todas las basuras y los desperdicios de la ciudad. En verano el olor era insoportable, pero ahora, cubierta por la nieve, la zanja servía para que varios chiquillos, con unas tibias de animales atadas a los pies, se divirtieran patinando sobre el hielo. Bajo la helada superficie, Ranulfo pudo ver con toda claridad los cuerpos de varios perros y gatos e incluso, estaba seguro, el cuerpo perfectamente formado de un niño.

Corbett y Ranulfo atravesaron los campos de Smithfield, pasando por delante de los tajos de los verdugos, para dirigirse a la airosa arcada ojival del hospital de San Bartolomé. La puerta estaba abierta y ambos entraron pegados a los altos muros, pasando por delante de los establos, las herrerías y otros talleres. Unos peldaños daban acceso a la entrada del hospital propiamente dicho, el cual estaba constituido por una vasta y alargada sala. Al llegar allí, Corbett paró a un hermano lego y le preguntó por el padre Tomás. El viejo asintió con la cabeza, esbozó una desdentada sonrisa mientras la saliva se le escapaba por la comisura de la boca y se alejó. Esperaron en lo alto de los peldaños. Corbett aspiró el perfume de las hierbas machacadas y de las especias y otras sustancias cuyo nombre desconocía. Al final, apareció en la puerta una desgarrada y encorvada figura que, al ver a Corbett, extendió las manos y esbozó una sonrisa que le arrugó todo el rostro.

—Hugo, cuánto me alegro de veros —dijo, rodeando con sus brazos los hombros del escribano y estrechándolo con fuerza contra su pecho.

—Padre Tomás —dijo Corbett—, permitidme que os presente a mi criado y compañero Ranulfo de Newgate.

El padre Tomás inclinó la cabeza mientras su caballuno rostro adoptaba una solemne y cortés expresión, como si Corbett acabara de presentarle al mismísimo rey de Inglaterra. El padre Tomás y Corbett se habían conocido en su época de estudiantes en Oxford. El escribano había admirado siempre a aquel hombre de alta y espigada figura cuyo feo rostro estaba perennemente iluminado por la risueña mirada de sus ojos y la cordial sonrisa de sus labios. Había estudiado en el extranjero en los hospitales de París y Salerno y nadie hubiera podido superar sus conocimientos sobre las hierbas y las medicinas.

El padre Tomás los hizo pasar a la inmensa sala, perfectamente limpia y barrida. Unas gruesas colgaduras de lana adornaban las paredes. Las ventanas estaban cerradas con tablas y, para suavizar el severo aspecto del lugar, se habían colgado unos multicolores cortinajes. A uno y otro lado de la sala había una hilera de camas, todas ellas con un escabel al lado y un pequeño baúl de cuero a los pies. Hermanos legos y sacerdotes recorrían las camas administrando los remedios que podían. Corbett pensaba que los médicos no aliviaban las enfermedades, pero por lo menos allí los frailes de San Bartolomé hacían que la muerte resultara más amable y estuviera rodeada de dignidad. El padre Tomás los acompañó a una pequeña estancia encalada del fondo, parcamente amueblada con dos mesas, un banco, unos cuantos escabeles y una escalfeta para caldear el ambiente. En las paredes había varios estantes con tarros de hierbas machacadas cuyas fragancias resultaban extremadamente placenteras en aquella cruda y fría mañana invernal. El padre Tomás los invitó a sentarse y les ofreció vino caliente con especias en jarras de madera. A Ranulfo el vino no le gustó demasiado, pero se alegró de poder tomar una reconfortante bebida caliente con especias. En cuanto estuvieron cómodamente sentados, el padre Tomás se situó al otro lado de la mesa, se sentó y se inclinó hacia adelante, frunciendo el ceño con expresión preocupada.

—¿Y bien, Hugo? ¿Por qué deseáis verme? ¿Os ocurre algo?

—Quiero hablar de venenos, padre Tomás —contestó Corbett, esbozando una sonrisa al ver la escandalizada expresión de los ojos del sacerdote—. Vamos, padre, no he venido aquí para haceros una confesión. Y tampoco suelo hablar normalmente de venenos, pero habladme de los distintos tipos que existen.

El padre Tomás hizo una mueca y enumeró en tono vacilante varios venenos extraídos de las plantas como, por ejemplo, la belladona y la digital. Poco a poco, se fue animando y empezó a facilitar descripciones detalladas de los distintos venenos: cómo se preparaban, cómo se administraban, qué efectos secundarios tenían y cuáles eran los posibles antídotos. Mientras el cura hablaba, Ranulfo, que no entendía casi ningún término, se dio cuenta de una cosa: de que su reservado amo creía que el cura

que la víspera se había desplomado al suelo en San Pablo había sido envenenado y también de que quienquiera que hubiera administrado el veneno lo había hecho durante el sacrificio de la misa, pues todos los venenos mortales que el padre Tomás había descrito hacían efecto en cuestión de pocos minutos.

Al cabo de un rato, el padre Tomás terminó y Hugo asintió con la cabeza.

—Probablemente, ya sabéis por qué he venido, ¿verdad?

El padre Tomás sacudió la cabeza y extendió las manos.

—Aquí cada cual se dedica a sus propios asuntos, Hugo, y apenas nos enteramos de lo que ocurre en el mundo exterior, como no sea de vuestros ascensos —contestó sonriendo—. Ha pasado mucho tiempo desde que estudiábamos juntos. Oxford ya está muy lejos. Es curioso —añadió, contemplando a través de la angosta ventana los nevados campos que rodeaban el hospital—, pero, cuando evocamos el pasado, siempre parece que todas las cosas ocurrían en pleno verano. ¿Sabéis que no recuerdo haber estudiado jamás en invierno o con frío? Parece que antes siempre lucía el sol.

Hugo sonrió. Era cierto. Siempre que recordaba sus tiempos en Oxford o su matrimonio con María, evocaba cada recuerdo sobre un trasfondo estival de tibios rayos de sol, hierba verde y árboles suavemente mecidos por la brisa; el parloteo de su hijita y la serena influencia de su mujer. A lo mejor, los recuerdos estaban para eso: para reconfortar, animar y fortalecer a la gente con vistas al futuro.

Corbett se encogió de hombros, se levantó y, extendiendo ambas manos hacia el padre Tomás, le tomó la cabeza y le dio un respetuoso beso en la frente.

—Podéis creerme, padre Tomás —le dijo—. Los caminos que ahora recorro, aunque estén llenos de unas maldades que vos ni siquiera imagináis, me resultan más fáciles gracias a mi amistad con vos y a los recuerdos que ambos compartimos.

El padre Tomás se levantó, estrechó la mano de Hugo y, protestando por el hecho de que este no fuera a visitarle más a menudo, lo acompañó a él y a su criado a la entrada principal del hospital.

Corbett, seguido de un rezongón Ranulfo, inició el largo camino de vuelta a Newgate a través de Smithfield. Para entonces la ciudad ya se había despertado: los tenderetes y las tiendas ya estaban abiertos y todos los comerciantes habían extendido los toldos para protegerse de las inclemencias del tiempo. Pasaron junto a una cuerda de presos que se dirigía desde Newgate a los Tribunales Reales de Westminster; los hombres estaban encadenados juntos con grilletes de hierro alrededor de los tobillos, el cuello y las muñecas y los guardianes los obligaban a trotar sobre la nieve. Algunos de ellos, muchachos y muchachas, iban descalzos y con las piernas al aire y lanzaban gritos desgarradores cuando se lastimaban los pies con el duro hielo y las sucias rocas que había debajo. Un grupo de ramera; a las que unos guardias habían detenido la víspera en las calles llevaban las faldas y las capuchas escarlata hechas jirones y lucían en la cabeza unos gorros de color blanco que les habían puesto antes de llevarlas a la prisión. Un solitario gaitero las precedía y unos soldados de aspecto cansado contestaban entre risas a sus obscenos comentarios y bromas, soltando

maldiciones y dándoles alguna que otra palmada. Una mendiga tuerta se acercó corriendo a Corbett con las ventanas de la nariz comidas por alguna terrible enfermedad. Apretaba contra su pecho a un niño cuyo llanto semejaba el maullido de un gato.

—*Ayez pitié! Ayez pitié!*<sup>[12]</sup>

Corbett se detuvo. La mujer se expresaba en francés normando, lo cual significaba que, a lo mejor, era una dama de calidad, alguna amante desechada que quizá había bajado desde los escalones más altos de la sociedad a los más bajos hasta acabar en los albañales y el matadero de Newgate y el Fleet.

—*Ayez pitié!* —repitió la mujer.

Corbett introdujo la mano en su bolsa y le entregó dos monedas de plata. La mujer esbozó una sonrisa y se apartó. Justo en aquel momento, Corbett se dio cuenta de que el bulto que llevaba en brazos no era una criatura sino un gatito. La mujer era una mendiga profesional; se había pintado en la cara unas llagas horribles para inspirar compasión.

Corbett miró con una triste sonrisa a Ranulfo.

—¿No te parece extraño? —le dijo—. Hasta cuando uno quiere ser compasivo, las cosas le salen mal.

Ranulfo se encogió de hombros. No entendía a su amo y tampoco comprendía su repentino gesto de generosidad; le parecía fuera de lugar en un hombre que unas horas antes lo había arrancado de la cama y lo había arrojado a la gélida nieve del exterior. Reanudaron la marcha, doblaron una esquina a la izquierda para bajar por el callejón de los Deanes y el de los Arqueros, siguieron hacia el sur por la calle del Fleet, pasaron por delante de la zanja cubierta de hielo y después tomaron la dirección del convento de los Carmelitas, el Temple, la posada de Gray y las lujosas casas de entramado de madera con adornos dorados de los abogados hasta llegar finalmente a la gran avenida que conducía al palacio y la abadía de Westminster. Allí reinaba una frenética actividad: abogados con sus capirotos a rayas, jueces con rojas capas ribeteadas de armiño precedidos por ministriles, corchetes, funcionarios y algún que otro caballero abanderado de la Casa Real. Todos caminaban con el empaque propio de los notables que desean dejar bien sentada su categoría para, de este modo, poder ejercer más fácilmente su autoridad.

Corbett y Ranulfo se abrieron camino entre ellos, pasaron por delante de la Torre del Reloj y subieron por la vasta escalinata que daba acceso a la sala principal de Westminster. Corbett había estado allí muchas veces. Por regla general, él trabajaba en los gabinetes de la Cancillería de la cámara del rey, los cuales acompañaban al monarca dondequiera que este decidiera establecer su corte: a veces, al sur del río en Eltham, otras en la Torre o en el Palacio de Sheen o en alguna de las mansiones reales de algún distante condado. Pero siempre regresaban a Westminster. Allí, en los gabinetes de la gran sala estaban los distintos tribunales, el tribunal de Hacienda, el juzgado de Primera Instancia y, sobre el estrado, el Tribunal Real, donde el juez del

Tribunal Supremo, con la ayuda de otros jueces reales, administraba justicia en nombre del rey. Toda una serie de pasadizos, pequeñas cámaras y estancias se abría a la gran sala: los mensajeros reales, los interventores y los encargados de los transportes reales, el supervisor de las obras, el contador de la Casa Real y el chambelán, todos tenían su pequeño imperio.

Corbett se alegró de estar provisionalmente fuera de la burocracia que regía las vidas de todos los que trabajaban en aquel lugar, pues, en su calidad de escribano mayor de la Cancillería, tenía que moverse entre las distintas secciones que la componían. Solía estar presente cuando el rey sellaba cartas con el Gran Sello de Inglaterra delante de los barones que ratificaban el documento. Otras veces solo él estaba presente cuando el rey enviaba cartas con el Sello Real a los funcionarios, alguaciles, administradores o comisarios de orden de los condados. A Corbett le encantaba su trabajo. Le gustaba escribir, estudiar los manuscritos, preparar las vitelas, anotar el número de registro en los pergaminos nuevos de alta calidad frotados con piedra pómez y aspirar el olor de la tinta seca y las afiladas plumas de ave. Disfrutaba transcribiendo las cartas que se recibían y experimentaba una especial satisfacción cuando veía que se enviaban las respuestas pertinentes.

Ahora, por tercera o cuarta vez, el rey le había pedido que cumpliera una misión especial. Si hubiera sido sincero consigo mismo, Corbett habría confesado que tenía miedo. Sus anteriores encargos lo habían llevado al extranjero y lo obligaron a enfrentarse con las poderosas figuras de los oscuros barrios sin ley de Londres. Había tenido que afrontar acusaciones de traición en Gales y Escocia y también intentos de asesinato contra su persona. Corbett no se hacía demasiadas ilusiones: sabía que el hecho de fracasar desastrosamente en sus misiones e incurrir en la regia cólera de Eduardo o de sufrir algún grave accidente solo era cuestión de tiempo. Y entonces, ¿qué? Puede que el rey lo rechazara como a un trapo viejo o a un inútil trozo de pergamino y él acabaría perdiéndose en el olvido como las tristes hojas de otoño. ¿Y quién le echaría de menos? A su manera, apreciaba a Ranulfo, pero tampoco se hacía ilusiones con respecto a su criado. Solo quedaba Maeve de Gales. Corbett se detuvo y levantó la vista hacia uno de los grandes miradores de la sala. Estaban a mediados de enero y llevaba sin ver a Maeve desde el otoño anterior. El paso del tiempo solo servía para intensificar el amor que sentía por ella. Cuando pensaba en el sereno rostro, el largo cabello rubio y la bien proporcionada figura de Maeve, los sentimientos placenteros se trocaban en una negra depresión. Sabía que no podía viajar a Gales y el mal tiempo impedía que ella se trasladara a Londres. Tendría que resolver el asunto que tenía entre manos y tomarse las cosas como vinieran.

A lo mejor, era por eso por lo que estaba asustado. Ahora sentía más deseos que nunca de vivir. Temía morir o que le ocurriera algo que le impidiera reunirse con Maeve y casarse con ella para que ambos pudieran vivir como marido y mujer. Pues, si muriera, ¿de qué le servirían las casas de la calle del Pan o de Aldermanbury o sus restantes posesiones..., el cofre cerrado que guardaba en la casa del orfebre de

Cheapside o la desierta y abandonada mansión de Sussex? ¿De qué le serviría todo aquello si su cuerpo acabara pudriéndose en alguna tumba anónima o una solitaria zanja de Londres?

Corbett se echó la capa hacia atrás y, de forma instintiva, acarició la larga daga que llevaba colgada del cinto. Inmediatamente se le acercó un importante funcionario vestido con un jubón y unos calzones azul y escarlata, con el cabello cuidadosamente peinado y una banda blanca que lo identificaba como mayordomo de la Gran Sala. Apoyando la mano en el hombro de Corbett, el mayordomo le indicó por señas que no podía seguir adelante. Con una radiante sonrisa de felicidad en los labios, echó el pecho hacia afuera como un gorrión presumido. En otras circunstancias, Corbett se hubiera burlado de él, pero en aquel momento miró enfurecido el rostro de cerdo del funcionario.

—¿Me vais a impedir el paso, señor?

—¡Os lo impido, señor —contestó el engreído personaje—, porque vais armado en proximidad del Tribunal Real y eso es un delito!

Chasqueó los dedos en dirección a un grupo de soldados para que estos lo detuvieran, pero, de repente, Corbett apoyó con fuerza ambas manos sobre sus hombros.

—¿Cómo os llamáis, señor?

El funcionario le miró con recelo. Corbett no estaba borracho y no daba la impresión de estar loco; solo un hombre muy seguro de sí mismo hubiera podido hacer semejante gesto en presencia de un representante de la autoridad real.

—Edmundo de Nockle —contestó el vanidoso idiota.

—Muy bien pues, Edmundo —dijo Corbett hundiendo con más fuerza las manos en sus hombros hasta obligarlo a hacer una mueca de dolor—, me llamo Hugo Corbett. Soy el escribano mayor de la Cancillería del rey y emisario especial en asuntos del Sello Secreto. Si queréis detenerme, allá vos, pero yo os aseguro que, antes de que termine este día, volveré a esta sala con mi espada y mi daga y vos, necio arrogante, seréis enviado encadenado a la prisión de Marshalsea.

El hombre estaba a punto de disculparse, pero Corbett no se lo permitió.

—Y ahora, maese De Nockle, haréis el favor de acompañarnos a la presencia del rey.

El mayordomo, colorado como un tomate a causa de la vergüenza, optó por no prestar atención a la risita de Ranulfo y, girando elegantemente sobre sus talones, los acompañó cruzando la sala hasta llegar a unos peldaños que bajaban a un tortuoso pasillo. Corbett sabía muy bien dónde estaba el rey. La cámara real se encontraba junto a la sala de escritura, cerca del lugar donde se guardaban las cartas y los sellos. De Nockle se acercó a una enorme puerta con barrotes de hierro y llamó suavemente con los nudillos, pero Corbett, hartó ya de aguantarle, lo apartó a un lado y llamó con más fuerza. Oyó la voz del rey dando permiso, abrió la puerta y entró seguido de Ranulfo.

## Capítulo VII

El rey se encontraba al fondo de la estancia, sentado sobre un enorme arcón. A su alrededor, el suelo aparecía cubierto de rollos de pergamino; la chimenea estaba encendida y el hogar que la rodeaba, lleno de trozos de carbón y de leña. Corbett percibió inmediatamente el calor de la estancia, pues las ventanas estaban cerradas y había por lo menos tres braseros encendidos aparte el fuego de la chimenea. Los escribientes que trabajaban en la alargada mesa parecían arrepentirse de haberse puesto tanta ropa de abrigo. El rey estaba dictando cartas, pero de vez en cuando interrumpía una para empezar otra, por lo cual los cuatro amanuenses escribían prácticamente todos a un tiempo. Corbett había visto muchas veces al rey trabajando de aquella manera y le parecía asombroso que pudiera pasar de un tema a otro con tanta facilidad, tanto si le escribía una carta a algún alguacil ordenándole que fuera más rápido y eficiente en la recogida de los beneficios del condado como si se dirigía a un cardenal de Roma pidiéndole que planteara una determinada cuestión a Su Santidad.

Al ver a Corbett, el rey se levantó e inmediatamente les ordenó a los amanuenses que se retiraran. No tuvo que repetir la orden. Todos dejaron las plumas y abandonaron con alivio la estancia. El rey llenó dos grandes copas de vino y las ofreció a Corbett y Ranulfo. Oyó que el criado farfullaba unas palabras de agradecimiento y vio cómo apuraba el contenido de la copa. Eduardo siempre desconcertaba a Corbett. A veces era muy arrogante y otras era capaz de recordar un detalle sin importancia acerca de un criado e incluso de tomarse la molestia de hacer personalmente un recado para facilitarle las cosas al más humilde servidor de su Casa.

Al parecer, aquel día el rey estaba de buen humor. Señalándoles con un gesto de la mano un banco a Corbett y a Ranulfo, preguntó:

—Habéis salido de casa muy temprano, ¿no es cierto, mi señor escribano? —El monarca soltó una carcajada al ver la expresión de asombro de los ojos de Corbett—. Envió un mensajero a vuestra casa y le dijeron que no estabais. ¿Habéis empezado a investigar el asunto de San Pablo?

—Sí, Majestad.

—¿Y qué habéis descubierto?

—No gran cosa. —Corbett observó que la mirada del rey se ensombrecía y comprendió lo voluble que era aquel hombre—. Quiero decir que he averiguado algo, Majestad. De Monfort fue envenenado sin la menor duda, pero el veneno se lo debieron de administrar durante el sacrificio de la misa, probablemente durante la comunión de los concelebrantes. Murió a los pocos minutos de tomar el veneno.

—¿Sabéis quién se lo administró?

—Pudo ser cualquiera, Majestad. El dedo os señala incluso a vos.

El rey se acercó tanto a Corbett que este percibió la mezcla de sudor real y de

costoso perfume.

—¿Qué queréis decir, escribano?

—Majestad, vos enviasteis vino a De Monfort la víspera de la celebración de la misa.

—En efecto —dijo el rey a la defensiva.

—¿Se lo enviasteis a través de Fulke Bassett?

—Pues sí, es verdad —repitió rápidamente el rey, estudiando detenidamente a Corbett mientras miraba de soslayo a Ranulfo como si se arrepintiera de su generosidad y quisiera ordenarle que se retirara de la estancia. Ranulfo no necesitó que se lo insinuaran. Posando la copa, se levantó de un salto, se inclinó en reverencia ante el rey y, retrocediendo de espaldas, farfulló que había olvidado una cosa en la gran sala. Tenía que regresar corriendo y, si Su Majestad y maese Corbett lo disculpaban..., su voz se perdió. Ranulfo abrió la puerta y echó a correr pasillo abajo, dejando que su amo bregara con la furia real. Corbett esperó a que Ranulfo se hubiera retirado antes de hablar.

—Majestad, el vino que vos enviasteis estaba envenenado con el mismo veneno que mató a De Monfort. No conozco la combinación exacta; arsénico, belladona, jugo de digital, quizá las tres sustancias juntas. El mismo veneno que De Monfort bebió durante la misa se encontró en el cubilete de vino que vos le enviasteis.

—¿Y vos creéis, mi señor escribano —preguntó el rey—, que yo hubiera sido capaz de envenenar el vino?

—Por supuesto que no. Pero alguien lo envenenó para que pareciera que habíais sido vos. ¿Quién sabe?, puede que el propio Bassett.

El rey sacudió la cabeza.

—Bassett sería incapaz de hacer nada, incluso de respirar, sin una orden real —dijo en tono cortante—. Pero ¿vos lo creéis, Corbett?

—No, Majestad, no lo creo.

—¿Por qué?

—El veneno que le administraron a De Monfort era muy fuerte. Tal como ya he dicho, murió en cuestión de unos minutos. El cubilete de vino que vos enviasteis fue abierto la víspera.

—¿Y no es posible que lo bebiera antes de la misa?

—No, no es posible, Majestad; olvidáis el Derecho Canónico. Cualquiera que reciba la comunión o celebre la misa no puede comer ni beber pasada la medianoche.

El rey se encogió de hombros. Conocía a muchos sacerdotes que echaban sobre los hombros de los demás unas pesadas cargas que ellos jamás soportaban.

—Pero, aunque lo hubiera bebido, Majestad —añadió Corbett—, no habría podido llegar vivo al altar.

El rey asintió con la cabeza.

—O sea que parece que fue alguien... —el rey levantó la vista hacia la luz que se filtraba a través de uno de los postigos—, alguien que quiso matar a De Monfort,

haciéndolo de tal forma que pareciera que había sido yo. Por otra parte, decís que, a lo mejor, el veneno estaba destinado a mí. Puede que no haya solución.

—La habrá, Majestad —dijo Corbett en tono confiado—. Si existe un problema, tiene que haber una solución. Hemos de averiguar quién administró el veneno o cuándo se administró. La respuesta a cualquiera de estas dos preguntas nos conducirá a la verdad.

El rey se apartó y se sentó con las piernas separadas en el banco, sosteniéndose la cabeza con las manos. Después se frotó la mejilla, uno de sus gestos más habituales, jugueteó con uno de los valiosos anillos que adornaban sus dedos y miró a Corbett.

—Os conozco, escribano. No habéis venido aquí para decirme lo que todos sabemos. Habéis venido para preguntarme algo, ¿no es cierto?

—Sí, Majestad.

—¡Pues entonces, por el amor de Dios —rugió el rey—, preguntádmelo en buena hora!

Corbett respiró hondo.

—No creo que nadie pudiera creer, Majestad, que envenenasteis el vino que enviasteis a De Monfort, pero puede que alguien se preguntara por qué razón lo enviasteis.

El rey se encogió de hombros.

—Un regalo, un ofrecimiento de paz.

Corbett se levantó, tomó un escabel y se sentó cerca del rey.

—Majestad, vos sabéis que soy vuestro obediente servidor. —Eduardo le miró con recelo—. Majestad —repitió el escribano—, soy vuestro obediente servidor, pero, si deseáis descubrir la verdad, con todo mi respeto os ruego que me digáis todo lo que sabéis. Vos odiabais a la familia De Monfort. Odiabais al deán de San Pablo. Él iba a acusaros delante de toda la Iglesia de Inglaterra por vuestra intención de cobrar tributos. Sus palabras hubieran llegado al extranjero hasta el papa en Aviñón, el rey Felipe en París, los obispos y arzobispos de Escocia y Gales. Por consiguiente, ¿por qué le enviasteis el vino? —Corbett se humedeció los labios con la lengua—. No pudo ser un soborno, tratándose de un hombre como De Monfort. Hubierais necesitado toda la riqueza de una abadía para comprar a un hombre semejante.

El rey esbozó una sonrisa.

—Tenéis un cerebro muy agudo, maese Corbett. A veces, demasiado. —El rey se levantó y empezó a pasear muy nervioso por la estancia—. Pero estáis equivocado. De Monfort no pensaba acusarme de nada. En realidad, yo lo había sobornado. Lo había comprado, mi señor escribano. En su discurso después de la misa no iba a atacar la pretensión de la Corona de cobrar tributos a la Iglesia sino a apoyarla. —El rey hizo una pausa para contemplar la mirada de asombro de Corbett—. Probablemente, mi señor escribano, vos sois un hombre honrado. Y os consideráis incorruptible. Pero cometéis el error de pensar que los demás hacen o creen lo mismo que vos. Sin embargo, no es así. —El rey hizo sonar la bolsa que colgaba del cinturón

de oro con incrustaciones de piedras preciosas que rodeaba su cintura—. Oro y plata, maese Corbett. Compré a De Monfort. Con una mezcla de sobornos y amenazas.

—¿Y el vino?

—El vino lo envié para sellar nuestro acuerdo, maese Corbett. A De Monfort le gustaban los lujos del mundo. Vuestras investigaciones os demostrarán que mis afirmaciones son ciertas. Mirad, Corbett, ayer no me disgusté por la muerte de De Monfort sino porque este no pudo pronunciar el discurso que yo había comprado. Prácticamente se lo escribí yo... de cabo a rabo. Era un repaso de la historia: el apoyo que la Iglesia de esta tierra había prestado en todo momento a sus monarcas. Recordando que el mismísimo Erconwaldo, el gran obispo sajón de Londres cuyo sepulcro visité ayer, había hecho lo mismo por la ciudad, el rey y el reino.

»Estoy furioso por la muerte de De Monfort y necesito encontrar a los asesinos. ¿Lo mataron por algún motivo personal o lo mataron porque sabían que había sido comprado? El cuerpo y el alma de De Monfort me pertenecían. Su asesino es mi enemigo y sospecho que se sienta muy cerca, puede que incluso a la derecha, de ese traidor, vanidoso y gazmoño de Roberto Winchelsea, arzobispo de Canterbury.

El pecho del rey empezó a subir y bajar afanosamente y Corbett comprendió que Eduardo estaba a punto de sufrir uno de sus conocidos arrebatos de furia real. El rey juntó ruidosamente las manos y empezó a pasear a grandes zancadas por la estancia.

—¡Tolero que los obispos se opongan a mí por razones justas, mi señor escribano, pero no lo que hace Winchelsea! Actúa con disimulo, corre a Roma y a Aviñón, se las da de santo y pretende ser una especie de Becket, pero con ropajes más costosos. Winchelsea es un político que conspira contra mí. Desearía que yo lo contemplara extasiado. Se considera un defensor de las libertades de la Iglesia. Y sospecho —el rey casi escupió las palabras— que le encantaría correr la misma suerte de Becket, y puede que la corra como no se ande con cuidado.

Corbett se encogió de hombros. El rey, olvidando aparentemente su cólera, le miró fijamente y se sentó de nuevo en el arcón, de cara a él.

—Os veo muy sorprendido, mi señor escribano.

—Lo estoy, Majestad —dijo Corbett—. Porque si acepto lo que vos me decís, también tengo que aceptar la premisa según la cual alguien descubrió que De Monfort había sido comprado y por eso lo mató. Sin embargo, sigo creyendo que quienquiera que asesinara a De Monfort pretendía mataros a vos.

—Es justo lo que acaban de hacer —replicó el rey—. Han impedido que De Monfort hablara en favor mío y, al mismo tiempo —ahora soltó una carcajada—, lo han hecho de manera que parezca que yo soy el culpable de su muerte. Una jugada muy inteligente, maese Corbett. Una brillante estratagema.

Corbett sacudió la cabeza.

—Creo que es algo mucho peor que eso. En esta ciudad hay un asesino que os quiere matar, Majestad. De Monfort era un simple medio para llegar a un fin. Creo sinceramente que los planes les fallaron. Y algún día espero demostrarlo.

El rey se inclinó hacia adelante y rozó casi con su dedo la mejilla de Corbett.

—Dadme una prueba de lo que decís.

—La prueba existe. El vino que vos enviasteis. ¿Por qué razón hubiera cometido alguien el torpe error de envenenarlo? A fin de cuentas, si De Monfort moría y el discurso no se pronunciaba, ¿para qué envenenar el vino? Eso es algo que solo sabemos uno de los canónigos de San Pablo y yo. —Corbett se mordió el labio—. Veréis, Majestad, el asesino cometió un error fatal. Tuvo miedo, pues el vino se envenenó no antes de la muerte de De Monfort sino después, para que pareciera que el culpable erais vos.

El rey se frotó el rostro y Corbett hizo una pausa.

—Bueno, bueno, mi señor escribano —dijo finalmente el rey—. Si tenéis todavía alguna duda, será mejor que sigáis adelante con este asunto.

—Así lo haré, Majestad, con una condición. —El rey le miró severamente—. Con la sola condición —repitió Corbett con firmeza— de que ahora me comuniquéis toda la información que tengáis sobre De Monfort. Si ayer hubiera sabido lo que vos me habéis dicho ahora, puede que eso me hubiera facilitado la tarea.

El rey se levantó y cruzó la estancia para mirar a través de la rendija de uno de los postigos. Fuera, las preciosas rosaledas de Westminster estaban cubiertas por un blanco manto de nieve. No crecía nada, ni plantas ni hierba. Estaba cansado de aquella reunión. Los hombres como Corbett le daban miedo; eran hombres con un cerebro tan afilado como una navaja, no tenían origen conocido y no se dejaban comprar. Eduardo sabía en lo más hondo de su corazón que, si alguna vez le encomendaran a Corbett una tarea contraria a su conciencia, el escribano se negaría a realizarla. Y si descubriera algún entuerto que se tuviera que enderezar, cualesquiera que fueran los deseos de su soberano, Eduardo sabía que Corbett consideraría un deber de conciencia hacerlo. El rey respetaba a Corbett, pero lo consideraba un hombre muy pagado de sí mismo y ligeramente santurrón. Eduardo lanzó un suspiro. No le importaba quién hubiera asesinado al patético De Monfort, un cura venal y de baja cuna. Eduardo sabía que semejantes hombres se podían comprar con cualquier cosa, una casa, oro o un ascenso a cargos más altos. Lo que él quería realmente era descubrir quién había estropeado el plan que él había urdido para poner en un apuro a Winchelsea. La cólera ardía en su pecho. ¡Cuánto le hubiera gustado escuchar el discurso de De Monfort y observar la estupefacta expresión de los rostros de Winchelsea y de sus mojigatos hermanos los restantes obispos! Eso era lo que él quería. Y, por encima de todo, necesitaba el dinero que la Iglesia guardaba en sus cofres para poder efectuar nuevas incursiones al otro lado de la frontera escocesa; equipar una nueva flota y enviarla a Flandes; enviar sus ejércitos al otro lado de las fronteras norteñas de Francia y darle a Felipe, su rey, una buena lección para que aprendiera que más le valía no tocar los territorios ingleses. A lo mejor, todavía sería posible. A lo mejor, Corbett lo conseguiría o, por lo menos, contribuiría a que fuera posible. El rey se volvió y miró con una sonrisa al escribano.

—Mi señor escribano, no os puedo decir nada más. Tened la absoluta certeza de que, cualquier cosa que hagáis para descubrir al terrible y sacrílego asesino, contaréis con nuestro apoyo, por mucho tiempo que tardéis en conseguirlo.

Corbett, comprendiendo que las palabras eran una despedida, se levantó, hizo una reverencia y abandonó la estancia, retirándose de espaldas a la puerta. Ya en el pasillo, lanzó un profundo suspiro de alivio, alegrándose de que la reunión hubiera terminado. Sabía muy bien que el rey no lo apreciaba, pero, aun así, estaba firmemente decidido a demostrarle al soberano que no se fiaba de él. Oyó abrirse la puerta y giró en redondo. El rey le estaba mirando con una sonrisa de padre indulgente.

—Maese Corbett —dijo—, tenéis en Gales a vuestra prometida Maeve de Morgan, ¿verdad?

Corbett asintió con la cabeza.

—Si se resuelve satisfactoriamente este asunto, os concederemos permiso para que podáis ir a visitarla. Es más —añadió el monarca sin dejar de sonreír—, si todo se resuelve rápidamente, nos encargaremos de que la traigan a nuestra corte de Londres. Si fracasáis... —El rey se mordió el labio como si no deseara continuar—. Pero —añadió en tono siniestro— estamos seguros de que no nos fallaréis.

Corbett volvió a inclinarse en reverencia. Cuando la puerta se cerró, dio media vuelta y bajó por el pasillo, plenamente consciente de la promesa real y de la silenciosa amenaza.

El resto del día lo pasó en su sala de escritura, extendiendo en nombre del rey unos certificados en los que se hacía constar que Hugo Corbett, escribano, tenía autoridad real para actuar en ciertos asuntos, por lo cual todos los alguaciles, representantes, funcionarios y personas obligadas a guardar fidelidad al rey deberían prestarle la ayuda necesaria para cumplir su tarea. En cuanto el principal ayudante de Corbett, un hombrecillo con cara de ratón llamado Guillermo Hervey, los hubo redactado y escrito, los documentos fueron enviados al rey para su aprobación y su sello. Después Corbett resolvió otras cuestiones de menor importancia, dio varias órdenes a sus subordinados, envió a un criado en busca de Ranulfo y le dijo a Hervey que a la mañana siguiente se reuniera con él delante del gran pórtico de San Pablo inmediatamente después de prima. El hombrecillo asintió enérgicamente con la cabeza; apreciaba a Corbett que siempre lo protegía y le encomendaba misiones especiales. Pero, al mismo tiempo, experimentaba un temor reverencial ante aquel escribano que tenía tan fácil acceso al rey y a otros grandes señores del reino. Por su parte, Corbett confiaba por entero en Hervey. El hombre casi no salía de los gabinetes de la Cancillería y tenía los dedos constantemente manchados de grasa de cera y de las tintas de distintos colores que utilizaba en su trabajo. Carecía prácticamente de vida personal fuera de su oficio. Más de una vez Corbett había tenido que despertarle y enviarlo a su solitaria vivienda de la calle del Pabulo.

Una vez resueltas todas esas cuestiones, Corbett se reunió con Ranulfo en la gran

sala, ya vacía de funcionarios, jueces y abogados. Desde allí regresaron a la calle del Pan, donde se detuvieron en una tahona para comprar empanadas recién hechas de carne de conejo aderezada con especias y hierbas. Se las comieron por el camino, dejando que los sabrosos jugos les resbalaran por la barbilla. Al llegar a la esquina, Corbett acompañó a Ranulfo a la taberna donde solían cenar, generalmente carne estofada con verdura, cosa que también hicieron aquella noche. Tras haber comido y bebido hasta saciarse, evitando sin embargo los excesos de la víspera, Ranulfo se retiró para dedicarse a su pasatiempo preferido de seducir a la esposa o la prometida de alguien, y dejó a Corbett con la mirada perdida en la oscuridad. Ranulfo hubiera dado la mitad del oro que poseía por conocer lo que pensaba el escribano, pero, de haberlo hecho, habría malgastado el dinero, pues Corbett pensaba en lo que el rey le había dicho, planeaba el encuentro del día siguiente y confiaba en que Hervey se encargara de que todos los canónigos que él enumeraba en su carta estuvieran presentes en la sala capitular. Tras haber repasado mentalmente todos los detalles para cerciorarse de que no olvidaba ninguno, Corbett regresó una vez más a la cuestión de Maeve. Tan enfrascado estaba en sus propias reflexiones que ni siquiera se percató de la oscura figura encapuchada que lo estaba mirando con expresión amenazadora desde el rincón más alejado de la taberna.

## Capítulo VIII

Durante la noche no había nevado y los forajidos agradecieron por lo menos aquel pequeño alivio mientras abandonaban la hilera de árboles que marcaba el confín de Epping Forest y echaban a andar por el camino cubierto de hielo. Allí la capa de nieve no era muy gruesa, pues ya la habían aplastado y disgregado los pocos carros y carruajes que se habían atrevido a afrontar las inclemencias del tiempo. Eran seis y avanzaban en silencio, armados hasta los dientes. Iban vestidos de muy variadas maneras: gruesos jubones de cuero sobre sucias camisas de encaje robadas a sus víctimas o encontradas entre los objetos de alguna de las casas que habían saqueado; calzones de lana remetidos en botas de cuero de caña alta; y capas de distintos colores envueltas alrededor de sus cuerpos. Cada uno de ellos llevaba varias dagas y espadas colgadas de sus anchos talabartes, y su cabecilla Roberto Fitzwarren se protegía con un escudo redondo y un cónico yelmo de acero. Los utilizaba desde el día en que, años atrás, se había escapado de los comisarios de orden reales que pretendían llevarlo a Escocia con los ejércitos del rey. Fitzwarren tenía otros proyectos. Asesinó al capitán de la guardia que lo custodiaba, robó el dinero que este llevaba y, apoderándose de todas las armas que había podido, se refugió en la oscuridad de Epping Forest.

Llevaba varios años viviendo como forajido y convirtió el delito en un próspero negocio. Aquellos parajes estaban llenos de salteadores de caminos, hombres sin ley, campesinos que habían huido de sus amos, soldados desertores de las guerras, criminales de las ciudades, asesinos, perjuros y blasfemos. Fitzwarren se había erigido en el jefe de todos ellos. Como es natural, de vez en cuando sufrieron algunas pérdidas, les fallaron otras tantas emboscadas y algunos hombres habían sido traicionados en las tabernas y las casas de bebida por alguna moza despechada, pero Fitzwarren siempre logró sobrevivir y había atraído a otros hombres hacia él como la llama de una vela atrae a las mariposas nocturnas.

Ahora, sin embargo, su banda había quedado reducida a menos de diez hombres. Les era muy difícil perseguir a los venados y más todavía perpetrar ataques contra las solitarias alquerías. Los campesinos habían tomado medidas contra él y, por la noche, protegían a sus familias y su ganado. En primavera y verano, cuando había más tráfico por el camino, las ganancias eran más fáciles, pero la siniestra fama de Fitzwarren se había extendido por doquier. Pocas personas se atrevían a viajar solas; siempre iban en grupo y generalmente escoltadas por tres o cuatro soldados de algún castillo o alguna mansión fortificada. En los últimos tiempos la suerte de Fitzwarren había mejorado. Cuando asaltaba a algún viajero, convoy o casa, solo se llevaba lo que necesitaba: víveres, armas, ropa y cuerpos de mujeres cautivas. Antes vivía al día como un animal, pero, tras conocer al cura, todo cambió. Fitzwarren empezó a acumular tesoros que después trasladaba a Londres para que el cura los vendiera. Era una relación muy provechosa que Fitzwarren fomentaba, echando mano de toda su

codicia y su astucia. ¿Qué haría cuando consiguiera reunir suficiente dinero? ¿Comprarse tal vez un indulto? ¿Regresar a la sociedad? ¿Volver al redil al que tan a menudo había atacado?

Aquella mañana, sin embargo, Fitzwarren estaba tan furioso que había dejado su refugio de los bosques y se llevó a cinco de sus más estrechos seguidores. Avanzaban lo más pegados que podían a la línea de árboles, pero, para dirigirse a la mansión de Cathall, cerca de la aldea de Leighton, tendrían que atravesar los campos. De ahí que Fitzwarren hubiera ordenado a sus hombres que fueran armados hasta los dientes y llevaran cada uno una ballesta y un carcaj lleno de dardos.

Al llegar a la encrucijada, Fitzwarren regresó con sus hombres al bosque, ordenando al más joven que se adelantara y comprobara que todo estaba tranquilo. El muchacho avanzó entre la cegadora y nevada blancura, aguzando el oído como un zorro. Buscaba alguna mancha de color, cualquier cosa que le advirtiera del peligro de seguir adelante. Como los demás, él también le tenía miedo a Fitzwarren. Su jefe no toleraba los fallos; quienquiera que incurriera en su cólera o incumpliera la tarea que se le había encomendado no podía esperar la menor compasión. El joven ya estaba nervioso por el hecho de haber abandonado el bosque, donde solía pasar los días protegido por la espesura y la ausencia de caminos; era fácil que los perseguidores se extraviaran o cayeran en alguno de los numerosos marjales o pantanos que se tragaban a los hombres y los hacían desaparecer para siempre. Sin embargo, Fitzwarren conocía todos los senderos secretos y no tenía por costumbre apartarse de ellos, lo cual significaba que la misión de aquella mañana debía de ser muy importante, pues, de otro modo, su jefe jamás los hubiera sacado del bosque y obligado a atravesar los campos.

El forajido avanzó poco a poco; la encrucijada estaba desierta; a ambos lados, el áspero camino discurría entre los árboles. No se veía ni escuchaba nada. El joven contempló la negra horca de tres brazos que se recortaba contra el cielo azul pálido. Tres cuerpos encadenados colgaban de ellos, el castigo que se reservaba a los culpables no solo de asesinato sino también de robo. El joven sonrió, dejando al descubierto su amarillenta y ennegrecida dentadura. Conocía a aquellos tres sujetos. Eran antiguos miembros de la banda de Fitzwarren, pero desobedecieron sus órdenes y este los había entregado a los guardias del alguacil de Chelmsford a cambio de una recompensa. Los habían ahorcado a finales de verano y los dejaron colgando. Los cuerpos ya estaban descompuestos y sus ojos fueron arrancados por los voraces cuervos; solo los blanquecinos huesos se movían en el interior de sus jaulas de hierro, chirriando como si protestaran por la presencia del hombre que los había traicionado. El joven, tras haber comprobado que todo estaba tranquilo, hizo señas con la mano e inmediatamente el jefe y sus compañeros le dieron alcance.

La banda avanzaba en fila a lo largo del lindero del bosque, siguiendo el camino que conducía a la cima del altozano, donde los hombres se detuvieron. Fitzwarren contempló la desierta mansión, con la imponente muralla que la rodeaba y las puertas

cerradas. Miró a su alrededor. No se observaba la menor señal ni el menor movimiento. La mansión estaba desierta como de costumbre. Los únicos signos de vida eran las débiles columnas de humo que se elevaban en el horizonte desde las hogueras de las aldeas circundantes. Esperó un poco; desde allí podía contemplar a vista de pájaro todo el recinto de la mansión: el edificio principal y las paralelas dependencias anexas con su patio central. En circunstancias normales, el lugar hubiera estado lleno de mozos, palafreneros y herreros, pero en aquellos momentos no había nadie, pues el cura así lo quería. Tras haber comprobado que no había ningún peligro, Fitzwarren encabezó el descenso del pequeño grupo por la nevada ladera. Evitaron la puerta principal y se desplazaron como unos perros pegados al lienzo de la muralla hasta llegar a una pequeña poterna, la cual estaba abierta como de costumbre. Entraron subrepticamente. El patio era un terrible lodazal. Fitzwarren estudió atentamente las rodadas, pero no vio nada fuera de lo normal. Los establos, las cuadras de los caballos y los graneros se hallaban vacíos y el fuego de la herrería estaba apagado desde hacía mucho tiempo. Levantó la vista hacia el piso superior de la mansión y vio asomar a través de una aspillera un cubrecama de color rojo, señal de que podían entrar sin temor. Se acercaron a la puerta principal y llamaron confiadamente a la puerta. Se oyeron unas pisadas en el pasadizo del interior y se abrió la puerta; el mayordomo Tomás Bassingham les miró con el menudo rostro contraído en una mueca de temor mientras sus labios esbozaban una sonrisa congraciadora. A su espalda, secándose las rechonchas manos en un delantal, estaba su mujer.

—Sed bienvenido, maese Fitzwarren —dijo el mayordomo tartamudeando.

Fitzwarren le miró sonriendo y, apartándolo a un lado de un empujón, entró cruzando la sala principal para dirigirse a la cocina y la despensa del fondo. La chimenea no se había encendido obedeciendo sus órdenes, pero, por lo menos, el hombre había tenido el sentido común de colocar escalfetas en la estancia y encender un brasero de carbón de leña. La mujer de Bassingham, atemorizada por la presencia de aquellos hombres de aspecto tan fiero, se apresuró a servirles carnes frías, quesos y varias botellas de una cerveza ligeramente pasada. Los forajidos comieron con avidez, haciendo gestos con la mano para indicar que querían más. Cuando terminaron, Fitzwarren, sentado en una silla de madera de roble macizo en la cabecera de la mesa, se desperezó, eructó ruidosamente y descargó las manos sobre la mesa.

—Bien, maese Bassingham —dijo—. ¿Tenéis noticias de vuestro amo?

El mayordomo parecía muy cansado. Fitzwarren lo estudió detenidamente y observó las arrugas de inquietud, las negras ojeras que rodeaban sus ojos y el rostro sin afeitar.

—¿Ocurre algo? —preguntó en tono amenazador.

Bassingham asintió con la cabeza.

—Regresé de la ciudad a la mayor rapidez posible —dijo, soltando una especie de

balido de oveja—. He estado viajando desde entonces. Los caminos están casi intransitables. Mi caballo...

—¿Vuestro caballo? —preguntó Fitzwarren, interrumpiéndolo.

—No lo tengo aquí —contestó el hombre en voz baja—. Está en otro sitio. Terminé el viaje a pie. La capa de nieve es muy gruesa. Mi mujer ya me daba por muerto.

—Si las noticias que traéis no son satisfactorias, puede que lamente que no lo estéis.

—Yo no tengo la culpa —protestó el mayordomo con voz estridente—. No tengo la culpa de que el cura haya muerto.

Fitzwarren se levantó de un salto. Bassingham retrocedió al ver la furia que se encendía en los ojos del forajido.

—¿Qué habéis dicho?

—El cura ha muerto. Se desplomó al suelo durante la misa.

—¿O sea que no traéis nada?

—¿Qué queréis que traiga? ¿Qué queréis? Su casa de Londres ha sido sellada. Hay guardias reales custodiándola. El rey está furioso por la muerte de De Monfort. ¿Qué podía hacer yo? —gimoteó el mayordomo.

Fitzwarren avanzó pegado a la mesa y, asiendo al hombre por la pechera de su sucio jubón, lo levantó del suelo.

—Podíais haberme traído el oro que vuestro amo me debe —dijo esbozando una siniestra sonrisa mientras sus ojos brillaban con un perverso fulgor.

—No he podido traerlo —contestó Bassingham muerto de miedo, pensando que ojalá no hubiera regresado. Hubiera tenido que quedarse en Londres y huir. Miró de soslayo a su mujer. Solo ella, la hermosa Catalina de terso rostro y negro cabello ensortijado, habría lamentado su ausencia. Fitzwarren siguió con una sonrisa la dirección de la mirada del mayordomo.

—Mis hombres —dijo— llevan mucho tiempo en el bosque. No es justo que yo no les dé nada. —Se volvió hacia sus compañeros, repantigados en sus asientos alrededor de la mesa—. Atadlo —añadió, apartando al mayordomo a un lado como si fuera un muñeco de trapo y acercándose a la mesa para arrojar al suelo de un manotazo todos los platos y las copas— y después dejaremos que vea cómo nos divertimos.

Bassingham lanzó un grito mientras los forajidos se apoderaban de su mujer, pero Fitzwarren sabía que la mansión se hallaba desierta y que toda la campiña estaba cubierta por un espeso manto de nieve. ¿Quién podría responder a la llamada de auxilio? Dominado por una cólera incontenible, Fitzwarren experimentaba la necesidad de hacerle pagar a alguien su terrible mala suerte.

En Londres, Corbett y Ranulfo estaban participando en una reunión de carácter

completamente distinto. Hervey les esperaba delante del pórtico sur de San Pablo y los tres juntos habían entrado en la catedral cuando ya estaba a punto de terminar el rezo de prima. Corbett indicó por señas a sus compañeros que se quedaran en la nave, todavía envuelta en las sombras. Contempló la luz que arrojaban las velas de los candelabros de plata colocados entre los sitios del coro. Los canónigos estaban entonando el salmo final. Corbett escuchó con atención, dejando que las elevaciones y descensos del melodioso canto tranquilizaran su mente: el Señor vendría en el día del Juicio y traería la justicia a todas las naciones. El escribano esbozó una triste sonrisa al oírlo. Si el Señor viniera, se tendría que pasar casi todo el rato allí en San Pablo administrando justicia. Al final, el cantor principal inició la doxología: *Gloria Patri et Filio et Spiritu Sancto...* y la respuesta fue un canto triunfal. Se hizo el silencio, los canónigos se retiraron, las velas se apagaron y la catedral quedó nuevamente envuelta en las sombras.

A Corbett le daba igual que lo hubieran visto o no. Tras una breve espera, se acercó con Ranulfo y Hervey a la parte superior de la nave, pasando por delante del coro para cruzar el patio que conducía a la sala capitular. El lugar ofrecía un aspecto muy distinto del que había presentado dos días atrás durante el banquete. Las alfombras se habían enrollado y las mesas se habían empujado contra la pared. En el estrado del fondo le esperaban unas figuras encapuchadas sobre cuyos rostros el parpadeo de las velas arrojaba unas grotescas sombras, pues aún no había amanecido del todo y la sala capitular estaba todavía muy oscura. Corbett miró a su alrededor mientras avanzaba sobre el suelo de madera, contemplando los escudos de la pared con las armas de los canónigos que habían servido a la Iglesia a lo largo de los siglos: los distintos colores, azur, gules, oro, sinople, y los animales, leones y leopardos acostados y pasantes, grifos, dragones con alas y sin ellas. ¿Por qué, se preguntó con aire distraído, necesitaban los hombres de la Iglesia unos escudos de armas tan triunfales?

Al llegar al fondo de la sala, hizo una reverencia, subió al estrado y se dirigió a la cabecera de la mesa, alegrándose de que los canónigos lo hicieran objeto de las deferencias debidas a un representante del rey. Se acomodó en el asiento de madera de roble labrada e indicó por señas a Ranulfo y Hervey que se sentaran en el banco que tenía al lado. Contó y comprobó con satisfacción que había cinco canónigos, el mismo número que había concelebrado la fatídica misa con De Monfort apenas dos días atrás. Los estudió, reconoció el mofletado rostro de Plumpton y respondió a su malhumorada mirada con una inclinación de la cabeza. Los demás ofrecían un aspecto muy variado, jóvenes y viejos, unos con rostro de asceta y otros con todo el aire de no haber ayunado tan siquiera una hora en toda su vida. Todos iban vestidos de oscuro con los puños y las cogullas ribeteados de armiño. Y todos le estaban mirando con inquietud, temiendo lo que iba a ocurrir a continuación. Corbett saboreó el momento. Por una extraña razón, sentía un odio casi irracional contra todos aquellos orondos curas, aquellos presuntos hombres de Dios, sabiendo que uno de

ellos o quizá más de uno habían participado en un asesinato, un sacrilegio y un vilipendio. Ahora todos permanecían sentados en hipócrita silencio, dispuestos a contestar a sus preguntas y, en caso de que él cometiera algún fallo, a elevar una enérgica protesta a su obispo, el arzobispo de Canterbury, el rey, el papa o quienquiera que quisiera escucharles. Corbett esperó a que Hervey sacara sus bandejas de escritura y sus rollos de pergamino. Ranulfo, sentado con las manos entrelazadas, se lo estaba pasando en grande. Para él, sentarse para juzgar a unos personajes de superior categoría, especialmente si estos eran curas, era algo así como paladear un vino dulce.

Cuando vio que Hervey ya estaba preparado, Corbett empezó.

—Reverendos padres, me complace que hayáis accedido a mi petición y a la de Su Majestad el rey de reuniros conmigo aquí en esta sala capitular para estudiar los terribles acontecimientos que han tenido lugar esta semana. Permitidme que os refresque la memoria. El lunes pasado vuestro muy amado compañero Walter de Monfort, deán de esta catedral, celebró una misa. Poco antes de la comunión, el deán se desplomó al suelo. Su muerte fue instantánea. Su cuerpo fue trasladado a la sacristía, donde se le administraron los últimos sacramentos. Yo examiné el cadáver y me apresuro a decir —añadió, levantando una mano— que, aunque no soy médico, creo que el deán fue envenenado. Y creo también —Corbett midió cuidadosamente sus palabras— que el veneno le fue administrado durante la misa. —Oyó murmurar la palabra «vilipendio» y volvió a levantar la mano—. Es una simple teoría. Si alguien no lo cree, permitidme que os exponga los datos que yo conozco.

Inmediatamente les facilitó la misma descripción que le había facilitado al rey. Que la rigidez del rostro de De Monfort, su boca y su lengua ennegrecidas y el carácter repentino de su muerte eran síntomas de un envenenamiento mortal. Se refirió al padre Tomás, al que muchos de los canónigos debían de conocer, y les dijo que aquel médico le había explicado que todos los venenos más poderosos tenían un efecto instantáneo.

—Lo que hay que aclarar —terminó diciendo Corbett es quién lo asesinó y por qué.

Tal como era de esperar, *sir Philip Plumpton* fue el primero en responder.

—¿Y cómo sabemos —preguntó en tono de burla—, sobre todo teniendo en cuenta que yo os entregué aquel cubilete de vino, que nuestro difunto compañero cuya muerte tanto lamentamos, De Monfort, no fue envenenado por el rey o —el clérigo miró con intención a Corbett— por uno de los paniaguados del rey?

Corbett no prestó atención a las ofensivas palabras del canónigo.

—Os remito una vez más al padre Tomás de San Bartolomé —contestó—. Él os explicará que, si De Monfort bebió el vino que el rey le envió y que otra persona envenenó sin la menor duda, no hubiera podido pasar de las plegarias iniciales de la misa. Claro que —Corbett eligió cuidadosamente las palabras para cerrar la trampa—, si vais a alegar que De Monfort bebió el vino y quebrantó el Derecho Canónico

no ayunando antes de celebrar el sagrado sacrificio de la misa, ruego que aquellos que le vieron hacerlo tengan la bondad de decírmelo.

Sus palabras fueron acogidas con un silencioso reproche y un movimiento de pies.

—En este caso —añadió en tono cortante—, será mejor que sigamos. —Se volvió hacia Hervey—. Este es maese Guillermo Hervey, de la Cancillería. Él transcribirá mis preguntas y vuestras respuestas. Por consiguiente, señores, tened la bondad de decirme vuestros nombres y los cargos que ocupáis.

Empezando por la derecha de Corbett, cada canónigo se levantó y se presentó.

—*Sir John de Eveden*, bibliotecario.

Demacrado y amarillento rostro, unos pequeños mechones de cabello blanco punteando su calva. Corbett observó su boca entreabierta y los huidizos ojos que se negaban a mirarle.

—*Sir David Ettrick*.

El limosnero, rubicundo, bajito y completamente calvo, agitó los rechonchos dedos en el aire mientras se presentaba y declaraba su cargo. Corbett percibió un leve acento escocés.

—*Sir Robert de Luce*.

Ascético, pulcramente afeitado, con las manos y los dedos esmeradamente cuidados, un hombre muy diligente, tal como convenía al cargo de tesorero que ocupaba.

—*Sir Stephen Blaskett*.

Joven, terso rostro, ojos brillantes, dedos tan manchados como los de Hervey. Corbett dedujo, antes de que hablara, que debía de ser el principal escribano y secretario de la catedral.

Y, finalmente, el mofletudo y cordial sacristán *sir Philip Plumpton*. Un hombre que, a juicio de Corbett, debía de ser muy peligroso, pues, a pesar de su sonrisa, sus ojos eran más duros que las ágatas. Un hombre difícil al que debía de resultar muy peligroso contrariar, pensó Corbett.

Cuando los canónigos acabaron de presentarse, todos ellos visiblemente molestos por su presencia y por sus preguntas, Corbett tomó un trozo de pergamino y, acercándose un candelabro de plata, trazó un arco en el mismo.

—Supongamos que eso es el altar —dijo—. Tened la bondad de indicarme en qué lugar estabais situados durante el sacrificio de la misa.

Tras un minucioso interrogatorio en cuyo transcurso no prestó la menor atención a los suspiros de aburrimiento de Hervey, Corbett logró establecer el orden. De Monfort ocupaba el centro, en el extremo izquierdo se encontraba Blaskett, después De Luce y Plumpton al lado del principal celebrante, y, a su derecha, De Eveden y Ettrick.

—Indicadme —añadió Corbett— el orden del servicio.

—Vos lo sabéis muy bien —replicó Ettrick el limosnero—. Estabais presente. Os

vi más tarde tan industrioso como una abeja, recorriendo nuestro presbiterio.

—¿Sois de Escocia? —le preguntó Corbett con una sonrisa.

—En efecto —contestó el hombre—. De las afueras de Edimburgo. —Se inclinó hacia adelante sobre la mesa y miró enfurecido al escribano—. Pero, antes de que vos lo insinuéis, os diré que soy un fiel súbdito del rey Eduardo, como muchos escoceses. Permitidme recordaros que, en la reciente campaña contra Berwick, hubo muchos escoceses que combatieron en el bando del rey Eduardo.

—No insinúo nada —dijo Corbett en tono apaciguador—. Os he preguntado simplemente si erais escocés. Pero ayudadme a refrescar la memoria, maese Etrick. De Monfort se encontraba en el centro del altar de cara al este, bajo el gran rosetón y con el crucifijo sobre su cabeza, ¿verdad?

Etrick asintió en silencio.

—Después de la consagración y antes de la comunión, ¿qué ocurrió?

Etrick se encogió de hombros.

—Todos teníamos nuestra patena con la hostia consagrada.

—¿Y la consumisteis?

—Sí.

—No quisiera cometer una ofensa —dijo Corbett, anticipándose a los escandalizados comentarios—, pero ¿estáis seguro de que las hostias distribuidas después de la consagración no fueron cambiadas por alguna persona en el altar?

—No es posible —terció la estridente voz de Blaskett—. Seamos sinceros: todos estábamos en el altar. Ningún diácono ni servidor puede tocar el pan o el vino cuando ya se ha producido la transustanciación.

Corbett tomó cuidadosa nota de los términos teológicos que tan pedantemente acababa de utilizar el joven.

—La pregunta sigue en pie, *sir* Stephen —dijo—. ¿Quién consagró las Sagradas Formas para su distribución?

—De Monfort.

—¿Nadie más?

—Nadie más —confirmó Plumpton con una sonrisa en los labios.

—¿Y qué ocurrió después?

—Por el amor de Dios —exclamó el bibliotecario De Eveden—, sabéis muy bien lo que ocurrió. Una vez consumidas las Sagradas Formas, bebimos el vino.

—Ah, sí, el cáliz. ¿Quién bebió primero?

—De Monfort. Me lo pasó a mí y después... —el librero hizo una pausa—, a Etrick, naturalmente, el cual se lo devolvió a De Monfort. A continuación, el cáliz pasó a los concelebrantes de la izquierda.

—¿Quiénes eran? —preguntó Corbett.

—Plumpton, De Luce y Blaskett. Eso es —contestó el bibliotecario, asintiendo con la cabeza—. Ese fue el orden de la ceremonia.

Corbett levantó un dedo.

—¿El cáliz fue devuelto?

—Sí.

—¿Quién lo devolvió?

—Yo —contestó Blaskett, mirando enfurecido a Corbett.

—¡No, no es cierto! —De Luce, que había permanecido sentado en vigilante silencio, interrumpió a su compañero en un pausado y suave tono muy distinto al del resto de los canónigos—. Vos no lo devolvisteis, *sir* Stephen.

—¿Quién lo devolvió? —preguntó Corbett.

—Pero, *sir* Philip —contestó De Luce, mirando a Plumpton, sentado de cara a él —, fuisteis vos quien se lo devolvió a De Monfort.

Plumpton miró rabioso a su compañero.

—No, no lo devolví. Yo... —Hizo una pausa y después se hundió en su asiento—. Sí, tenéis razón, *sir* Robert, yo lo devolví. El cáliz se había pasado por la izquierda de De Monfort, yo bebí, después bebisteis vos y a continuación lo hizo Blaskett. Y recuerdo, *sir* Stephen, que no lo devolvisteis —añadió Plumpton, mirando enfurecido a su compañero—. ¿Lo pasasteis?

Blaskett asintió con la cabeza.

—Sí, es cierto.

Corbett miró con expresión de reproche a Hervey cuya pluma estaba rascando ruidosamente el pergamino.

—Cambiad de pluma, maese Hervey.

Hervey agradeció con una sonrisa la pausa, posó la pluma, tomó otra, afiló su punta con un cuchillo, la introdujo en el tintero que había calentado acercándolo a una vela y reanudó la escritura.

—Muy bien pues —dijo Corbett—, el cáliz fue devuelto. ¿Qué sucedió entonces?

—No lo sabemos —contestó De Luce en un susurro—. Todos habíamos consumido la Sagrada Forma y habíamos bebido el vino. ¿Qué creéis vos que hicimos, escribano? Inclizamos la cabeza y pronunciamos la oración de acción de gracias.

—¿Y después?

Corbett se dio cuenta de que estaba perdiendo el dominio de la situación.

—Yo oí un rumor —contestó De Luce—. Levanté la vista. De Monfort se volvió de lado y se acercó una mano a la garganta. El resto ya lo sabéis. Se desplomó al suelo. Cuando lo llevaron a la sacristía, ya estaba muerto.

Corbett miró a los canónigos sentados alrededor de la mesa, con sus mundanos y refinados rostros iluminados por la luz de las velas. Después levantó los ojos hacia la ventana abierta en la piedra y observó que la estancia ya se estaba aclarando. Se sentía decepcionado. Le molestaba la vanidad de aquellos cinco hombres. Les había hecho unas preguntas y ellos las habían contestado. No había ningún misterio. Y ahora, ¿qué, señor escribano?, le estaban preguntando sarcásticamente. ¿Qué nos podéis preguntar ahora? De pronto, a Corbett se le ocurrió una cosa.

—¿Y si os dijera que *sir* Walter iba a ofrecerle el cáliz envenenado al rey antes de intercambiarse con él el ósculo de la paz? —preguntó muy despacio, alegrándose al oír el susurro de unos jadeos—. ¿Y si os dijera —añadió, mirando hacia el techo— que hay quienes piensan que el cáliz no estaba destinado a De Monfort sino a Su Majestad? Permitidme recordaros, señores, que el asesinato o el intento de asesinato del Ungido del Señor es un delito de alta traición. No es necesario que os recuerde los nuevos castigos que se imponen por tan nefando delito. Pero sí os recordaré que algunos sostienen que los envenenadores deberían ser hervidos vivos. —Corbett, que raras veces se mostraba vengativo, experimentaba la necesidad de provocar cierta inquietud en aquellos relamidos y vanidosos personajes—. Me han dicho que un hombre ha sido hervido vivo en Gales. Lo ataron a un palo y lo sumergieron por los pies en una enorme caldera hirviendo. Sus gritos duraron media hora mientras la carne se iba desprendiendo poco a poco de sus huesos.

Plumpton se levantó de un salto, golpeando la mesa con su mano cuajada de anillos.

—¡No tenéis ningún derecho a asustarnos, escribano! —gritó—. Estáis insinuando que alguien de aquí envenenó a De Monfort, pero que lo que en realidad pretendía era cometer alta traición y asesinar al rey Eduardo. Es cierto, escribano —añadió Plumpton en tono implacable—, que nosotros estamos molestos con Su Majestad por su intención de cobrarnos tributos, pero estar molestos y discutir no es una traición. De hecho, la misión de la Iglesia es aconsejar al rey. La Iglesia ungió a Eduardo. Jamás ningún príncipe ha sido objeto de mayor lealtad por parte de esta catedral que nuestro actual rey Eduardo.

Estaba a punto de añadir algo más cuando De Luce apoyó una mano en su brazo.

—Os ruego que os sentéis, *sir* Philip —dijo De Luce con una leve sonrisa en los labios—, yo sé lo que nuestro visitante quiere decir. Se ha cometido un horrendo crimen —añadió con semblante muy serio—. Uno de nuestros hermanos ha sido asesinado durante el sacrificio de la misa, y ha muerto envenenado, en palabras de maese Corbett. Él no tiene nada que ganar con eso y, sin embargo, da a entender que la persona que planeó la muerte de De Monfort también planeó la de nuestro rey. Se trata, hermanos, de unos crímenes gravísimos.

Corbett agradeció la intervención de De Luce, por más que le molestaran sus suaves modales, más propios de alguien que estuviera tranquilizando a unos niños, él incluido. Hubo una pausa en la sesión; Etrick se levantó y se acercó a una mesita situada en uno de los rincones, donde había una jarra de vino y copas. Llenó las copas, depositó una de ellas al lado de Corbett y distribuyó las demás entre sus compañeros, haciendo caso omiso de las indignadas expresiones de Hervey y Ranulfo. Después distribuyó una bandeja de dulces. Corbett observó con semblante divertido que nadie se atrevía a levantar su copa o tomar un dulce. Etrick regresó a su asiento y, al percatarse del silencio que lo rodeaba, esbozó una sonrisa, se encogió de hombros, volvió a levantarse y se acercó a Corbett. Levantó la copa, brindó por él

y tomó cuidadosamente un sorbo.

—Podéis estar tranquilo, mi señor escribano —dijo—, vuestro vino es un burdeos inmejorable y no contiene ningún veneno.

El jocoso comentario sirvió para aliviar en parte la tensión. Corbett sonrió, tomó la copa y bebió, paladeando el excelente cuerpo y sabor del vino. Después le pasó la copa a Ranulfo, señalándole con el dedo el dulce que tenía al lado para darle a entender que también era suyo.

—Vamos a aceptar que De Monfort fue asesinado —dijo—. Vamos a aceptar también que alguien muy cercano a él que trabaja en esta catedral deseaba su muerte. ¿Cómo lo hicieron? ¿Y por qué? —Corbett entornó los ojos—. ¿Por qué se tomaron la molestia de envenenar el vino cuando De Monfort ya estaba muerto? Porque yo estoy seguro de que fue entonces cuando envenenaron el vino que el rey había enviado a De Monfort. ¿Qué pretendía en realidad el asesino? ¿Quién tenía algún agravio contra De Monfort?

De Eveden tuvo que reprimir una carcajada al oír sus palabras. Corbett se volvió hacia él.

—¿Os parece muy gracioso, señor?

—Pues más bien sí —replicó en tono sarcástico el bibliotecario—. Habéis preguntado quién tenía algún agravio contra De Monfort. Y yo os pregunto a vos, mi señor escribano, ¿quién no lo tenía?

—Lo que quiere decir mi hermano —terció Plumpton— es que mi señor De Monfort era un hombre poderoso y solitario a quien nadie apreciaba.

—¿Por qué razón?

Plumpton se encogió de hombros.

—Era vengativo y misterioso. Jamás perdonaba una ofensa. Siempre hacía pagar las culpas. —Plumpton miró a su alrededor—. ¿Por qué no decir la verdad? Cada uno de nosotros se sentía agraviado por él.

—¡Eso no es cierto! —replicó Blaskett, levantando la voz.

—¡No diríais eso —replicó maliciosamente Plumpton— si De Monfort se hubiera metido en vuestra cama!

El joven secretario trató de farfullar una respuesta, pero Corbett levantó una mano para acallar las discusiones.

—De nada nos servirá discutir —dijo—. Tomo nota de lo que habéis dicho, *sir Philip*. Ya he comprendido que *sir Walter* era un hombre muy extraño y hubiera tenido que responder a muchas preguntas. Creo que será mejor que os interroge a cada uno por separado. —La invitación fue acogida con un murmullo de aprobación—. Y quizá será mejor que empiece por *sir John* —añadió.

El bibliotecario inclinó la cabeza en señal de asentimiento y Corbett esperó a que los demás se retiraran.

## Capítulo IX

—**M**i señor De Eveden —empezó diciendo Corbett—, estoy aquí en representación del rey. Decidme, ¿vos odiabais a De Monfort?

De Eveden hizo una pausa antes de contestar.

—Sí, creo que sí.

—¿Por qué?

—Era arrogante.

—¿En qué sentido?

—En todos —replicó el cura—. Hacía sentir todo el peso de su autoridad. Le gustaba hacer alarde de sus conocimientos. Iba constantemente a la biblioteca para preguntarnos qué manuscritos teníamos, dónde se guardaban y cómo los cuidábamos. —De Eveden hizo una pausa como si buscara las palabras—. Era un hombre muy raro. Hipócrita y misterioso.

—¿Vos creéis que era un hipócrita?

De Eveden miró directamente a Corbett.

—Pues sí, lo creo.

—¿Y eso por qué lo decís?

—A veces salía solo de noche. Nadie sabía adónde.

—¿Era el único sacerdote que salía de noche? —preguntó Corbett.

—No, pero también recibía visitas aquí, aunque procuraba que los demás no nos enteráramos. Se reunía muy a menudo con una mujer en la iglesia. Se quedaban en la nave, conversando. Siempre después de vísperas, cuando no había nadie en el templo.

Corbett recordó a la mujer que había visto el día de la muerte de De Monfort.

—¿Sabéis quién era la mujer?

—No. Siempre iba tan suntuosamente enjaezada como un palafrén de lujo, con sedas y terciopelos. Hasta los sitiales del coro llegaban los efluvios de su perfume.

—¿Vos ibais a menudo allí?

—Sí —contestó De Eveden—. Espiaba a De Monfort, si es eso lo que queréis decir. Lo odiaba con toda mi alma.

—¿Sabéis qué relación mantenía De Monfort con su misteriosa visitante? —preguntó Corbett.

—No, no lo sé. Sospecho que era su amante.

—Pero *sir Philip Plumpton* —dijo lentamente Corbett— ha insinuado que De Monfort era un sodomita y había tratado de corromper al joven Blaskett.

De Eveden soltó una sonora carcajada.

—¡No hace falta gran cosa para corromper a Blaskett!

—¿Y eso qué significa?

—Preguntádselo vos mismo, escribano. Yo no estoy aquí para responder a preguntas acerca de él.

—Muy cierto. Estáis aquí para responder a preguntas acerca de De Monfort.

Decidme, en los días que precedieron la muerte de De Monfort, ¿tuvisteis alguna discusión con vuestro deán?

—No, más bien procuraba evitarle.

—El día en que él murió durante la misa, vos bebisteis del cáliz y lo devolvisteis. ¿No es así?

—No —se apresuró a contestar De Eveden—. No fue así. Recordad que yo me encontraba inmediatamente a la derecha de De Monfort. Etrick bebió del cáliz después de mí antes de pasárselo a De Monfort, el cual lo pasó a los otros tres. Ellos lo tocaron y bebieron de él después que yo.

—Ah, sí —dijo Corbett—, cuando finalmente devolvieron el cáliz, vos os encontrabais a su lado, tal como habéis dicho, inmediatamente a la derecha de De Monfort.

De Eveden miró a Corbett sonriendo.

—Olvidáis una cosa, escribano... De Monfort ya había tomado el cáliz y había bebido de él.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

El hombre se desconcertó momentáneamente.

—Porque así es el rito.

—¿Pero vos no le visteis beber efectivamente?

—No le vi beber por segunda vez —puntualizó De Eveden—. Sea como fuere, ¿qué estáis insinuando? ¿Creéis que De Monfort se hubiera quedado allí plantado, esperando a que yo echara unos polvos en el cáliz y le dijera que volviera a beber? ¿No os parecería un poco sospechoso?

—Pues sí —contestó Corbett—. Gracias, mi señor sacerdote.

De Eveden le miró con rabia, le dirigió una leve inclinación de cabeza, se levantó y abandonó la estancia hecho una furia.

Plumpton fue el siguiente. Entró con la cara arrugada en una afable sonrisa, contoneándose como un pato. Corbett le hizo las mismas preguntas y recibió las mismas respuestas. Sí, odiaba a De Monfort. ¿Por qué? Pues porque, a su juicio, De Monfort no era el hombre más adecuado para el alto cargo que ocupaba. Hizo las mismas insinuaciones acerca de la vida privada de De Monfort, pero no aportó ninguna prueba para confirmarlas. Corbett asentía comprensivamente con la cabeza mientras él hablaba. Plumpton parecía muy satisfecho con sus respuestas y Corbett le escuchaba en silencio. Cuando el cura ya pensaba qué Corbett estaba a punto de decirle que se retirara, el escribano se inclinó hacia adelante y le rozó suavemente la mano.

—Dos cuestiones me preocupan —le dijo—. Vos os encontrabais a la izquierda de De Monfort en el altar, ¿no es cierto?

—En efecto.

—¿El cáliz os fue devuelto cuando los demás concelebrantes ya habían bebido de él?

—Exactamente.

—¿Os parece que hubiera sido fácil, mi señor sacerdote, echarle una pócima?

Plumpton se encogió de hombros.

—Hubiera sido fácil —reconoció—, de no ser por dos detalles. Primero, De Monfort no se fiaba de mí. Tenía una vista de lince y se hubiera dado cuenta de que yo echaba algo en el cáliz. La misa también se hubiera interrumpido dramáticamente, pero por otra razón. El segundo detalle, mi señor escribano, es que, tal como seguramente ya os habrá dicho *sir* John de Eveden, De Monfort ya había bebido del cáliz. No había ninguna razón para que se lo volviera a acercar a los labios.

Corbett reflexionó acerca de lo que Plumpton acababa de decirle. ¿Alguien había visto a *sir* Walter levantar de nuevo el cáliz después de que este le hubiera sido devuelto? Y, sin embargo, el deán tenía que haber bebido por segunda vez, después de que alguien echara el veneno. Pues, si el cáliz hubiera contenido el veneno la primera vez que *sir* Walter bebió, los demás concelebrantes también habrían muerto. Por consiguiente, ¿qué había ocurrido? Corbett despidió amablemente a Plumpton, pero lo volvió a llamar de inmediato.

—*Sir* Philip, disculpadme, tengo otra pregunta.

El hombre se volvió, con la mano ya en el tirador de la puerta.

—¿Qué ocurre, escribano?

Corbett le miró y comprendió que sus iniciales muestras de amistad habían sido un disfraz; aquel hombre era ambicioso, peligroso y despiadado. El más mínimo insulto era para él una grave amenaza, tratándose de alguien que probablemente procedía, como él, de humilde cuna y pensaba que todo el aire que respiraba se lo tenía que ganar a pulso.

—*Sir* Philip —le dijo en tono apaciguador—, he dicho que tenía dos preguntas más. La segunda es la siguiente. Vos os disteis mucha prisa en afirmar que el vino enviado por el rey estaba envenenado. ¿Cómo lo sabíais?

Corbett observó que la sonrisa del clérigo se borraba de golpe.

—Yo... —balbució Plumpton.

—¿Sí, mi señor sacerdote?

—Hay un pequeño cuarto contiguo a la sacristía. Puede que os hayáis fijado en él. Cuando trasladamos el cuerpo de De Monfort, yo entré en aquel cuarto. El cubilete de vino estaba allí, al lado de una copa. Yo lo destapé. Oía muy raro. Cuando vos terminasteis de examinar el cadáver de De Monfort, yo también lo hice. De su boca muerta se escapaba el mismo olor que despedía el cubilete de vino. Entonces llegué a la conclusión de que alguien le había enviado a De Monfort un vino envenenado antes de que se iniciara la celebración.

—¿Vos pusisteis el cubilete allí?

—No.

—¿Qué os indujo a pensar que un sacerdote que conocía el Derecho Canónico

quebrantaría la ley del ayuno bebiendo aquel vino?

Plumpton se encogió de hombros.

—De Monfort quebrantaba muchas leyes.

—Os lo he preguntado antes. ¿Cuáles?

—No lo sé —contestó Plumpton, levantando la voz—. Era un hombre muy reservado, tremendamente reservado. Yo soy simplemente el sacristán. Quizá los otros os podrán ayudar.

—¿Qué os indujo a pensar —insistió en preguntar Corbett— que fue De Monfort quien bebió de ese cubilete?

—Yo no pensé tal cosa —replicó Plumpton—. Yo solo vi el cubilete de vino al lado de la copa. Observé que vos examinabais el cadáver de De Monfort y le olfateabais la boca. Yo hice lo mismo, regresé aquí y examiné el cubilete. Fue entonces cuando comprendí que allí dentro había un veneno.

—¿Pero vos no lo echasteis?

—No, de ninguna manera.

—Pues entonces, ¿quién lo hizo?

—No lo sé.

—Gracias, mi señor sacerdote.

En cuanto Plumpton se retiró, Corbett se volvió hacia sus dos compañeros. Hervey, inclinado sobre el pergamino, estaba ocupado en la tarea de llenar la blanca hoja con pulcras letras verdeazuladas. Ranulfo permanecía sentado en silencio con cara de asombro. Para él, el interrogatorio de tan poderosos clérigos era mucho mejor que cualquier misterio religioso o representación de los que solían escenificar los cómicos en las calles de Londres. Corbett se inclinó hacia adelante y cerró suavemente con los dedos la boca abierta de su criado.

—Ranulfo, nunca te había visto tan callado.

—Amo mío —se apresuró a contestar Ranulfo, recuperando la compostura—, en la ciudad y en las calles se habla mucho de esos orondos y acaudalados curas. Los vemos pasear como grandes señores por todas partes. Tienen sus propias cortes y sus tesoros. Llevan unas vidas distintas, con derechos y privilegios especiales. —El criado miró con una sonrisa a Corbett—. Nunca había visto a nadie interrogarlos tal como vos habéis hecho.

—Bueno —dijo Corbett sonriendo—, me alegro de que alguien se haya divertido. —Miró a Hervey, pero este estaba perdido en su propio mundo, plenamente enfrascado en lo que estaba escribiendo—. Maese Guillermo —le dijo. El pequeño amanuense levantó la vista—. ¿Será una copia fidedigna? —El hombre asintió enérgicamente con la cabeza—. Muy bien. Ranulfo, dile al canónigo Ettrick que lo estamos esperando.

Ranulfo se levantó precipitadamente y desapareció al otro lado de la puerta. Regresó de inmediato, seguido por el canónigo escocés. El rostro del clérigo mostraba una expresión tremendamente agresiva y hasta sus andares parecían más

propios de un campamento del ejército que del recinto de una catedral.

—Podéis sentaros, maese Ettrick.

—Gracias.

—¿Sois escocés?

—Ya os he dicho que sí.

—¿Siempre habéis sido sacerdote?

—No. He servido a menudo al rey en sus campañas.

—¿Perteneçais al séquito de alguien?

—Al del conde de Surrey.

—¿Estáis emparentado con él?

—¡No, por supuesto que no! —replicó Ettrick en tono enojado—. Pero, en las primeras guerras del rey Eduardo en Escocia, fui muy útil al rey y más todavía al conde.

Corbett asintió con la cabeza. Conocía el significado de la palabra «útil»; había conocido a semejantes curas en Escocia y Gales. Eran hombres que pasaban al bando del invasor, facilitándoles información, misivas secretas y rumores. ¿Un traidor?, se preguntó Corbett. Ya lo averiguaría.

—¿Y os concedieron esta prebenda de aquí?

—Se la debo al conde de Surrey.

—Y yo estoy seguro de que el conde os considera un fiel servidor.

—En efecto.

—Pero, para haberos conseguido esta sustanciosa prebenda —añadió Corbett—, el conde necesita el respaldo y el apoyo del obispo de Londres.

—No en este caso —contestó el escocés.

Corbett se dio cuenta de que el esfuerzo por dominar su irritación acentuaba el deje escocés de su habla.

—Pues entonces, ¿de quién?

—Soy canónigo desde hace apenas dos años. Tengo contraída una gran deuda de gratitud con su Señoría Roberto Winchelsea, el arzobispo de Canterbury.

—¡Ah! —exclamó Corbett levantando los ojos hacia el techo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ettrick en tono mordaz—. ¿Tiene algo de malo la recomendación de mi señor arzobispo?

—No, mi señor cura, no tiene nada de malo. ¿Apreciabais a De Monfort?

Ettrick se encogió de hombros.

—Tal como ya os he dicho, llevo aquí muy poco tiempo, solo dos años.

—Habéis ascendido muy rápido al cargo de limosnero. ¿Sois el responsable de la distribución de las limosnas de la catedral?

—En efecto.

—Por consiguiente, manteníais un trato muy frecuente con el deán, ¿no es cierto?

—Pues no, más bien con De Luce. Quiero decir, con *sir* Robert de Luce. — Corbett captó el cambio del tono de voz—. Es el tesorero y yo le exponía todos los

asuntos a él.

—¿Sabíais algo acerca de De Monfort?

—Nada. Apenas hablaba con él.

—¿Y por qué?

—No tengo ningún motivo de agravio contra él, pero no me gustaba. Me parecía un hombre muy duro.

—¿Pero habíais oído algún rumor?

El escocés se encogió de hombros.

—En todas las comunidades, el que manda es aborrecido. Corren toda suerte de rumores y acusaciones.

—¿Y qué se decía de De Monfort? —preguntó Corbett, insistiendo en el tema.

El escocés lanzó un profundo suspiro.

—No demasiado. Nada importante. Los demás lo odiaban por el cargo que ocupaba, por su arrogancia y por su orgullo.

—¿Vuestra nueva prebenda os pareció apropiada?

—¿Qué queréis decir?

Corbett hizo una mueca.

—Para un escocés. Inglaterra y Escocia están en guerra en estos momentos.

Ettrick se tragó la respuesta que hubiera deseado dar.

—Ya os lo he dicho —contestó pacientemente—, muchos escoceses son leales al rey Eduardo y no al señor de un bando, un barón bandido o ese campesino de Wallace.

Corbett estudió atentamente al clérigo. Sus ojos rebosaban de auténtico odio. Aquel hombre era distinto. No odiaba a De Monfort sino a su país natal. Su actitud encerraba un secreto. Corbett decidió dejarlo para más adelante.

—Gracias, maese Ettrick.

Cuando el hombre estaba a punto de salir, Corbett utilizó el mismo truco que había empleado con Plumpton y lo volvió a llamar.

—Maese Ettrick, otra cosa os quería preguntar. ¿Sabéis algo acerca del vino que le regalaron a *sir* Walter?

—No.

—Gracias. Puede que os vuelva a llamar.

El clérigo dio media vuelta y se encogió de hombros.

—En tal caso, será mejor que os deis prisa, escribano, pues el conde de Surrey quiere que me incorpore a su séquito y regrese a Escocia.

—No os preocupéis —dijo Corbett en tono burlón—, estoy seguro de que este asunto no tardará en resolverse.

El siguiente fue De Luce, un hombre muy distinto de los demás: frío, ascético y totalmente dueño de sí mismo. Tenía una mente muy rápida y era un administrador nato y un astuto conocedor del cerebro humano. Corbett calculó que debía de tener aproximadamente su edad, unos treinta y tantos años, a diferencia de los demás

canónigos a los que había interrogado a falta de Blaskett, los cuales ya habían superado con creces los cincuenta veranos. Corbett le hizo las habituales preguntas sobre el cubilete de vino y la misa, pero no consiguió averiguar nada nuevo. De Luce no recordaba ningún detalle insólito, por lo que Corbett decidió pasar al tema de la misteriosa vida privada de De Monfort.

—¿Vos sois el tesorero de la catedral?

De Luce asintió con la cabeza.

—¿Corrían rumores acerca de la vida privada de De Monfort?

—Sí.

—¿Sabéis si despilfarraba dinero o fondos?

—No. Las cuentas estaban todas muy claras. Es más —De Luce se rascó la barbilla como si la pregunta le hubiera molestado—, De Monfort se enorgullecía de no tocar ni un solo penique de los ingresos de la catedral. Todos los asuntos económicos pasaban por mis manos. Él confiaba ciegamente en mí.

—¿Era De Monfort un hombre acaudalado?

—Sí, muy acaudalado.

—¿Y cuál era el origen de su riqueza?

De Luce se encogió de hombros.

—Tenía una mansión en Cathall, cerca de la aldea de Leighton en Essex, pero yo nunca vi sus cuentas. Las mantenía en secreto.

—¿Y una casa?

—Sí, tenía una casa muy grande cerca de Holborn, pero, tal como ya he dicho, todas sus cuentas las mantenía en secreto y separadas de las de la catedral.

—¿Conocíais a algún amigo de De Monfort? ¿Alguna mujer tal vez?

De Luce entornó los ojos.

—Corrían rumores acerca de un escándalo. Ya sé lo que os pueden haber dicho los demás. Yo vi lo mismo. Una mujer muy llamativa y bien vestida que solía reunirse con él en la catedral, pero eso no tiene nada de escandaloso, ¿no os parece, escribano?

—No, por supuesto que no —contestó Corbett con aspereza—. Muy bien, mi señor sacerdote. Creo que solo nos queda maese Blaskett.

El joven secretario entró muy nervioso, con el terso y mofletudo rostro de tez aceitunada arrugado en una mueca de preocupación y las manos ocultas en las mangas de sus vestiduras.

—¿Vos erais el secretario del deán?

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Responsable de todas las cartas que se enviaban?

—En efecto. Yo enviaba y guardaba todos los documentos, memorandos, recibos y contratos relacionados con la catedral.

—¿Y cuánto tiempo hace que ocupáis este cargo?

—Un año.

—¿Cuáles eran vuestras relaciones con el deán?

El joven inclinó la cabeza y clavó los ojos en la superficie de la mesa.

Corbett lo estudió.

—Os he preguntado, señor, cuáles eran vuestras relaciones con el deán. *Sir Philip Plumpton* ha insinuado que el deán no se comportaba como es debido ni como hombre ni como sacerdote.

Blaskett levantó los ojos parpadeando. Corbett contempló sus largas pestañas y sus ojos de mirada casi infantil, rebosantes ahora de lágrimas. ¿Habría sido aquel joven lo bastante fuerte para planear y llevar a cabo un asesinato sacrílego?

—El deán —contestó el secretario, hablando muy despacio— era un hombre extraño y misterioso y tenía unos deseos extraños. Llevo un año en este puesto y no he visto ni una sola vez un documento ni escrito nada en su nombre que se pudiera utilizar en contra suya. Y sin embargo, se percibía en torno a él una... —Blaskett hizo una pausa—. No quisiera hablar mal de los muertos, pero se percibía a su alrededor una atmósfera de corrupción. Era muy amable y... a veces, cuando yo estaba escribiendo, me acariciaba el cabello. Yo protestaba y Plumpton, que es muy aficionado a escuchar las conversaciones de los demás, solía oír nuestras discusiones.

—¿Y después? Me refiero a cómo eran vuestras relaciones con el deán.

—Frías y circunspectas. Creo que, si no hubiera muerto... —Blaskett hizo otra pausa—. Creo que, si no hubiera muerto, el deán me habría echado de mi puesto. No de mi prebenda sino de mi cargo de secretario.

—¿Sabéis algo, *sir Stephen*, que pueda ayudarnos a resolver el misterio de la muerte de De Monfort? ¿Quién lo mató? ¿Cuándo y cómo?

—No, no sé nada.

Corbett estudió el trozo de pergamino en el que había dibujado el plano de la situación de los concelebrantes durante la fatídica misa.

—*Sir Stephen*, permitidme recordaros que vos fuisteis la última persona que bebió del cáliz antes de devolvérselo al deán. —Corbett estudió al joven—. Algunos podrían decir que, puesto que fuisteis el último en sostener el cáliz en vuestras manos, ello os dio ocasión para envenenar el vino.

Blaskett estuvo casi a punto de soltar una risita.

—Para ser un hombre que es el escribano mayor de la Cancillería del Rey —dijo en tono despectivo—, sois bastante duro de mollera. Les habéis hecho la misma pregunta a todos mis compañeros y seguís sin daros cuenta de una cosa.

—¿De cuál? —preguntó Corbett.

—Cuando la misa quedó interrumpida y trasladamos el cadáver de De Monfort a la sacristía, ¿no es cierto que vos examinasteis el cáliz y las restantes vasijas sagradas del altar?

—Sí.

—Yo también vi el cáliz más tarde. ¿Observasteis alguna señal de veneno en el vino consagrado?

—No.

—Pues entonces, ¿cómo hubiera podido yo echar veneno en una copa de la que bebió De Monfort y en la cual no se observó más tarde ninguna señal de veneno? Aquí, maese Corbett, hay que resolver un acertijo antes de insinuar que yo eché veneno en el sagrado cáliz durante la misa, por mucho que yo aborreciera a De Monfort.

Corbett miró fijamente a Blaskett. El afeminado e infantil rostro del joven era solo una máscara. En realidad, debía de ser el más listo de los canónigos a los que él había entrevistado y el acertijo que planteaba no tenía solución. Si el cáliz fue envenenado, ¿cómo era posible que él no hubiera detectado en él la presencia del veneno cuando había examinado las sagradas vasijas?

Corbett reflexionó un momento acerca de aquel enigma antes de reanudar el interrogatorio.

—*Sir Stephen* —dijo—, puede que, en medio de la confusión y el caos que se produjo como consecuencia de la repentina muerte de De Monfort, alguien regresara al altar con otro cáliz.

El joven se echó a reír.

—¿Qué estáis diciendo? ¿Que hay dos cálices idénticos? Era el cáliz de De Monfort. No hay dos cálices iguales en nuestro inventario ni tampoco entre los objetos de plata de la catedral que son tan parecidos. ¿Estáis diciendo que alguien, mientras la gente corría de un lado para otro en el presbiterio examinando el cuerpo de De Monfort y trasladándolo a la sacristía, regreso con un cáliz parecido, lo colocó en el altar y se llevó el cáliz envenenado? ¿Sin que nadie se diera cuenta? ¿Y que esa persona ya tenía el cáliz a punto? Me parece absolutamente increíble.

Corbett apartó la mirada y levantó la vista al techo. Era efectivamente increíble, pero algo en las palabras de Blaskett había despertado un vago recuerdo. No conseguía evocar lo que era. Algo que le había llamado la atención en el altar, algo que no hubiera tenido que ocurrir.

Sus ojos se volvieron a posar en Blaskett.

—Os doy gracias por haberme señalado el enigma, *sir Stephen*. Ya he terminado con las preguntas. Os agradecería mucho que llamarais a vuestros compañeros.

A los pocos minutos, todos los canónigos, visiblemente molestos por el hecho de que un hombre como Corbett los hiciera ir de acá para allá, regresaron de nuevo a la estancia y se reagruparon alrededor de la mesa. Corbett les hizo unas cuantas preguntas intrascendentes antes de volverse hacia Hervey.

—Maese Guillermo, os agradecería que, al terminar, redactarais una carta en nombre del rey y la llevarais a Westminster para su sello, ordenando a los alguaciles y administradores de Essex el registro de la mansión de Cathall y el envío inmediato a la Cancillería de toda la información que posean acerca de *sir Walter de Monfort* y de sus propiedades en Essex.

El amanuense asintió con la cabeza.

Corbett se volvió de nuevo hacia el cerco de hostiles rostros.

—*Sir Philip*, ¿vos tenéis un criado?

Plumpton asintió con la cabeza.

—¿De Monfort tenía criado?

—Es curioso que lo preguntéis —contestó el bibliotecario *sir John de Eveden*—. Era un hombre muy reservado. Los servidores de la catedral atendían todos sus deseos, pero no tenía un criado personal como tenemos todos los demás.

Corbett asintió con la cabeza. Era algo muy propio de un hombre como De Monfort que llevaba una vida muy reservada, rodeada por el rumor y el escándalo, y jamás hubiera dejado su reputación a la merced de los chismorreos de un criado.

—¿Por qué lo preguntáis? —inquirió *Etrick*, levantando la voz—. ¿Por qué nos hacéis esta pregunta? Hablad con nosotros. Somos hombres inteligentes, maese Corbett. Podemos dar respuestas inteligentes a preguntas inteligentes.

—No menosprecio vuestra inteligencia —dijo Corbett con firmeza—. Pero me gustaría interrogar a todos los servidores que están autorizados a entrar y salir de la sala capitular y de la catedral.

Todos se mostraron de acuerdo. Los canónigos encomendaron a *Blaskett* la tarea de convocar y organizar a los criados. Corbett despidió a *Hervey* y lo envió a *Westminster*, pero se quedó con todas las notas que este había tomado. Después, él y *Ranulfo* se pasaron el resto de la mañana en la sala capitular, interrogando a por lo menos doce criados, hombres y mujeres. Estas —lavanderas y fregonas— fueron despachadas inmediatamente, pues no estaban autorizadas a entrar ni en la sacristía ni en los aposentos de los canónigos. Los hombres eran en su mayoría antiguos combatientes de las guerras del rey, a quienes se habían concedido unos puestos en la catedral en recompensa por sus servicios. Muchos de ellos eran unos ancianos parlanchines de ojos llorosos cuyos cuerpos mostraban las huellas de horrendas heridas y cicatrices. Corbett los despachó rápidamente con solo dos preguntas: primera, ¿llevaron alguna botella de vino al cuarto contiguo a la sacristía la mañana en que murió De Monfort? La respuesta fue en todos los casos negativa. Segunda, ¿entraron en el cuarto o en la sacristía la mañana en que murió De Monfort? La respuesta fue una vez más que no. No habían visto nada que les hubiera llamado la atención. Corbett se dio por satisfecho. En aquel momento, las campanas empezaron a anunciar el rezo de nona del mediodía y los canónigos se retiraron para entonar el oficio divino en el coro. Corbett y *Ranulfo* decidieron marcharse. Plumpton se les acercó corriendo.

—Maese Corbett, maese Corbett —dijo con efusiva cordialidad.

—¿Sí, *sir Philip*?

—No sé si os gustaría ver la cámara de De Monfort.

Corbett se encogió de hombros.

—Por supuesto que sí.

Subieron por una escalera de caracol hasta el piso inmediatamente superior a la sala capitular y avanzaron por un largo pasillo de paredes encaladas, en las cuales se abrían varias relucientes puertas de madera de forma romboidal.

—Cada una de estas —explicó *sir* Philip con cierto orgullo— pertenece a un canónigo. La de De Monfort es esta de aquí.

Se volvió hacia la puerta de su izquierda y, tras buscar la llave en el pesado llavero que llevaba colgado del cinto, abrió la puerta y entraron los tres.

La estancia era extremadamente lujosa y tenía dos ventanas ovaladas de puro cristal, una de ellas de colores con una escena de la Biblia. A Corbett le pareció que era el episodio de Jonás saliendo del vientre de la ballena. La enorme cama de cuatro pilares estaba cubierta con una colcha de armiño ribeteada de oro. Los pesados cortinajes azules que normalmente la rodeaban estaban descorridos y mostraban unos traveseros de color rojo y blanco. En la pared colgaba un crucifijo de plata. Al lado de la cama había una mesita con un candelabro de plata de dos brazos, y al pie de la cama, un gran arcón. Otro arcón de gran tamaño estaba adosado a la pared del fondo bajo una de las ventanas. En la pared había un colgador para capas y otras prendas.

Corbett se volvió.

—¿Puedo?

Sin esperar la respuesta, levantó la tapa del arcón de los pies de la cama, observando que alguien había roto la cerradura. Dentro no había casi nada: algunas piezas sueltas, cinturones, hebillas, un par de suaves botas de montar españolas y dos libros, la Biblia y el oficio divino.

—Tuvimos que romper la cerradura para asegurarnos de que dentro no hubiera ningún objeto valioso o de especial interés.

Corbett asintió con la cabeza y, a pesar del murmullo de protesta de Plumpton, revolvió las distintas capas de ropa, pero no encontró nada. Cerró el arcón y miró una vez más a su alrededor.

—¿A maese De Monfort le gustaban estas comodidades?

—Pues sí —contestó Plumpton—, pero os aseguro, mi señor escribano, que ya hemos registrado esta habitación. No hay nada que os pueda interesar.

—¿Y por qué la registrasteis? —preguntó secamente Corbett.

Plumpton se encogió de hombros.

—De Monfort había muerto; teníamos que hacer un inventario de sus pertenencias.

—¿El cáliz se guardaba aquí? Me refiero al que se utilizó en la misa.

—No, por Dios —contestó Plumpton—. Yo soy el sacristán. El Derecho Canónico exige que todas las vasijas sagradas se conserven en la iglesia o cerca de ella bajo llave. El propio De Monfort velaba por el cumplimiento de esta norma.

Corbett se retiró de la estancia con una sonrisa en los labios. Mientras bajaban por la escalera de caracol, el escribano dio las gracias al clérigo por su amabilidad y ayuda y, seguido por un pensativo Ranulfo, abandonó el recinto de la catedral.

## Capítulo X

Corbett y Ranulfo entraron en el callejón del Paternoster para dirigirse a Cheapside. Las calles ya se empezaban a llenar de gente. El cielo mostraba un color intensamente azul y unos tibios rayos de sol fundían poco a poco la nieve que, acumulada en los inclinados tejados, caía a las calles de abajo. Los londinenses habían decidido aprovechar el buen tiempo y en Cheapside no cabía ni un alfiler. Las tiendas ya estaban abiertas, los vendedores habían montado los tenderetes y la fuerte brisa agitaba los alegres toldos a rayas mientras los orfebres, los peleteros, los pellejeros y los vendedores de pergaminos trataban afanosamente de recuperar el negocio perdido por culpa del mal tiempo. Las damas envueltas en capas forradas de piel pisaban la nieve seguidas por sus criadas y los abogados que se dirigían a la nave de San Pablo para atender sus asuntos caminaban con porte altanero. Había soldados de Palacio y de la Torre y niños correteando por todas partes mientras los aprendices salían de detrás de los tenderetes para llamar a gritos a los posibles clientes. Pasaron dos pordioseros sosteniéndose el uno al otro para no caer sobre el resbaladizo suelo. De vez en cuando, un pedazo de nieve se desprendía de un tejado y caía sobre un toldo a rayas provocando las desesperadas exclamaciones de un tendero y los gritos de entusiasmo de los pilluelos.

Corbett tuvo la sensación de encontrarse en un mundo distinto. En San Pablo hacía frío, estaba oscuro y el gélido invierno parecía envolverlo todo con su manto. Allí, en cambio, todo era alegre y rebosaba de vida, movimiento y color. Él y Ranulfo se abrieron paso entre la muchedumbre. La gente procuraba caminar por el centro de la calle para que no le cayera encima la nieve de los tejados. Los zapateros martilleaban sin cesar en sus bancos. Los carreteros que transportaron sus productos a la ciudad a través de la nieve habían decidido celebrarlo y las tabernas no habían tenido necesidad de colgar letreros y guirnaldas para atraer a la clientela: el Sol en el Aro, el Gallo, la Puerta Roja, la Campana y el Gato y el Violín estaban haciendo el negocio de su vida. Los cocineros y los criados gritaban desde las puertas:

—¡A la rica empanada caliente! ¡A la rica empanada de queso! ¡Entrad a comer!

Sus gritos competían con los de otras voces que proclamaban:

—¡Vino blanco de Alsacia! ¡Vino tinto de Gascuña! ¡Vino del Rin! ¡Vino de La Rochelle!

El frío y los efluvios de la comida le recordaron a Corbett que aún no había comido. Se detuvo delante de un tenderete de pescado para contemplar una discusión entre dos vendedores que acabó degenerando en una pelea. Uno de los hombres fue violentamente arrojado contra el tenderete de madera, provocando la caída al resbaladizo suelo de los bacalaos, salmones, congrios, rayas, esturiones, arenques, sardinas y sardinetas. Los pilluelos recogieron inmediatamente el pescado y, entre los gritos y las protestas del pescadero, se largaron sin dar siquiera los buenos días ni pagar un solo penique.

Corbett, que normalmente era un hombre solitario, gustaba de mezclarse con la gente y contemplar las escenas callejeras. En una esquina vio un cadáver envuelto en un trozo de lona. A su alrededor, el forense del barrio había reunido a un jurado de doce personas para que dictaran sentencia. Al parecer, un pobre desgraciado había caído muerto o había sido asesinado en una reyerta y un jurado de doce hombres tenía que esclarecer la causa de la muerte y los procedimientos a seguir.

Por el centro de Cheapside bajaba un carro cubierto con un lienzo negro en el cual se había pintado una cruz blanca. El caballo que tiraba de él llevaba colgada de la brida una campana que sonaba tristemente anunciando su presencia. Un cartujo conducía cuidadosamente al animal de la brida a través del barro y la nieve de la calle. Un hombre descalzo y con la cabeza descubierta, que había salido de su refugio tras haberse comprometido a abandonar el reino, avanzaba por la calle con los pies y las piernas morados a causa del frío, portando una cruz de madera de camino hacia Bridgeway, acompañado por un guardia de su barrio. Al parecer, era un asesino que se había ocultado en lugar seguro y después había decidido salir, prometiendo abandonar el reino. Corbett sabía que el delincuente disponía de tres días para llegar a Dover, pero dudaba mucho que lo consiguiera, pues o bien moriría a causa del intenso frío o los parientes de la persona a la que había asesinado lo perseguirían y acabarían con su vida en algún desierto paraje.

Por unos instantes, cesó el griterío del mercado mientras un guardia vestido con una túnica adornada con la cabeza de la muerte y unas sonrientes calaveras se acercaba haciendo sonar una campanilla al tiempo que proclamaba con voz de trueno:

—Rogad, buenas gentes, por caridad, por el alma de nuestro querido hermano Roberto Hinckley, que abandonó esta vida anoche a las nueve.

Las personas que se apretujaban alrededor de Corbett musitaron una oración y el heraldo de la muerte siguió adelante. Corbett decidió pasear un rato entre los tenderetes. A lo mejor, encontraría un regalo para Maeve entre los gorros de lana, los encajes, las cintas, los flecos de seda, los hilos, los cordones, los tejidos de seda, los bordados en oro, los anillos de cobre, las palmatorias, los aguamaniles, los cepillos, los objetos de hierro... cualquier cosa que a ella le pudiera ser útil. Al final, compró un pequeño broche de oro en forma de cruz con un dragón enroscado a su alrededor. Se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo y lo cubrió con la mano para evitar que se lo robaran los rateros que merodeaban por las calles tratando también de compensar las pérdidas sufridas durante la fuerte nevada.

Al final, él y Ranulfo entraron en una taberna para saciar su apetito. El local era húmedo y mohoso, pero estaba muy bien caldeado por el fuego de la enorme chimenea de la pared del fondo. Sin prestar atención a los malolientes juncos del suelo, Corbett eligió una mesa bien separada de los demás parroquianos, un grupo de jugadores de dados y una moza borracha como una cuba. El tabernero, un fornido individuo con un mandil anudado alrededor de la cintura, se acercó a la mesa extendiendo sus pringosas manos en gesto de bienvenida. Ofreció vino dulce de

Chipre y Sicilia, pero Corbett se limitó a pedirle dos platos calientes de carne bien aderezados con especias y unas jarras de cerveza.

Mientras comían, Corbett le dio un codazo a Ranulfo:

—¿Esta mañana en la catedral te has enterado de algo que yo no sepa?

El criado sacudió la cabeza y volvió a hundir la nariz en la jarra.

—¿Estás seguro? —insistió en preguntarle Corbett.

Ranulfo reflexionó, disfrutando de aquel insólito momento. Corbett le estaba pidiendo consejo.

—Hubo una cosa —contestó muy despacio.

—¿Qué fue?

—En el altar. —Ranulfo utilizó los platos y las jarras como símbolos—. De Monfort estaba en el centro, ¿verdad?

—Sí —contestó Corbett con impaciencia.

—Y tenía un cura a cada lado. Debían de estar muy juntos, ¿verdad?

Corbett asintió con la cabeza.

—Pues entonces puede que uno de ellos o los dos echaran el veneno en el cáliz cuando se lo devolvieron, ¿no os parece?

Corbett hizo una mueca.

—Cierto. Pero hay un gran misterio, lo que Blaskett calificó de acertijo. ¿Qué ocurrió con el vino envenenado? Cuando yo examiné el cáliz, el vino no estaba contaminado y no se percibía ningún olor extraño.

Corbett seguía pensando que algo se le escapaba, algo que había visto en el altar y no conseguía recordar.

Posó la jarra de cerveza y se reclinó contra la pared. Algo no encajaba. Recordó las manchas de vino del suelo y las otras manchas que olían a veneno en el frontal del altar. Alguien tenía que haber cambiado los cálices. Pero ¿cómo lo había hecho? No era posible que hubiera dos. Eso ya se había aclarado. Se levantó, arrojó unas monedas al tabernero y se fue, diciéndole a Ranulfo que se cuidara mientras él regresaba lentamente a casa. Una vez allí, encendió una vela, sacó la bandeja de escritura y unos trozos de pergamino y empezó a anotar lo que sabía hasta aquel momento.

Ítem, De Monfort había sido envenenado durante la misa.

Otrosí, De Monfort era un hombre que llevaba una doble vida. Apenas se sabía nada de él, aparte su relación con la extraña mujer que estaba al pie de las gradas del presbiterio el día de la muerte del cura.

Otrosí, De Monfort hubiera tenido que pronunciar un sermón contra los tributos reales. En su lugar, Eduardo lo había sobornado para que defendiera en su sermón el derecho del rey a imponer tributos a la Iglesia.

Otrosí, si De Monfort había sido envenenado, ¿cómo?

Otrosí, ¿por qué había muerto solo De Monfort (que había bebido del cáliz) y no los demás sacerdotes que estaban concelebrando la misa con él?

Otrosí, si De Monfort había muerto envenenado, ¿qué había ocurrido con el vino envenenado del cáliz?

Otrosí, puede que hubiera dos cálices. Pero ¿quién los cambió y cómo? ¿Cabía la posibilidad de que se hubiera hecho una copia exacta?

A la mañana siguiente, Corbett se levantó muy temprano. No se molestó en llamar a Ranulfo y salió a la calle vestido con sus mejores galas. Plumpton le había dicho que el funeral por el alma de De Monfort se celebraría a las once de la mañana. Se encaminó tranquilamente hacia la catedral, pensando todavía en las cuestiones que había anotado la víspera. Era un misterio que no acertaba a comprender, pero estaba seguro de que, si encontraba las piezas que faltaban, conseguiría completar el rompecabezas. Subió por un todavía desierto Cheapside. Solo había unos cuantos mendigos; en los cepos vio a un panadero y un pescadero. Este último había vendido pescado podrido, lo cual era un grave delito, pues muchos médicos lo consideraban la causa de la lepra. Con las manos y la cabeza inmovilizadas por la abrazadera de hierro del cepo, el pescadero permanecía de pie con un pescado podrido colgado bajo la nariz. El aspecto del panadero era tan lastimoso como el suyo. Llevaba un letrero colgado alrededor del cuello en el que se explicaba que Tomás de Criche, panadero, había sido declarado culpable del grave delito de robar masa de pan. Corbett contempló el doliente rostro del hombre.

—¿Qué hiciste? —le preguntó, secándole el sudor de la frente con la orla de su capa.

—Mi criado —contestó el desventurado entre jadeos—. La gente llevaba la masa a nuestra tahona y la dejaba sobre la mesa. Yo tenía que colocarla en unas bateas para cocerla, pero la mesa tenía una trampa secreta. Mi criado se sentaba debajo de la mesa y quitaba una parte de la masa. Después yo cocía las hogazas y las entregaba a las mujeres que habían llevado la masa. Lo demás lo recogía, cocía más pan y lo vendía. —El panadero soltó un escupitajo—. No me hubiera tenido que fiar de mi aprendiz. Me denunció —añadió, mirando tristemente a Corbett mientras su mofletudo rostro iba adquiriendo un tinte cada vez más grisáceo a causa del dolor de la abrazadera que le rodeaba el cuello—. Tengo que quedarme aquí hasta la puesta de sol.

Corbett asintió comprensivamente con la cabeza y siguió adelante; por suerte, el hombre no tendría que permanecer allí muchas horas; en los días invernales el sol se ponía temprano.

Llegó al callejón del Paternóster y entró en el recinto de la catedral, cuyas puertas se habían abierto inmediatamente después del rezo de prima. Unos guardias vigilaban las puertas. Corbett le dijo unas palabras en voz baja a uno de ellos y este le permitió entrar. En el coro y el presbiterio se habían encendido unos candelabros y las grandes velas del altar mayor parpadeaban en medio de la oscuridad. Los cantores ya estaban ocupando los sitios y, entre el coro y el presbiterio, el féretro de reluciente madera de pino de De Monfort se había colocado sobre una mesa de tijera cubierta con un lienzo de color carmesí. Corbett se acercó. A cada lado del ataúd ardían unas velas de color púrpura colocadas en unos candeleros de hierro forjado. Alguien había depositado una flor sobre la tapa del ataúd. Corbett miró a su alrededor y vio en un alejado rincón, muy cerca del lugar donde estaba la primera vez, a la mujer que él había visto el día en que murió De Monfort. Había muy pocas personas en la iglesia, casi todas ellas simples espectadores, prueba evidente de que el difunto tenía muy pocos amigos. Cuando Corbett estaba a punto de aproximarse a ella, la mujer dio súbitamente media vuelta y bajó a toda prisa por la nave. Corbett la vio alejarse y se apoyó contra una columna para esperar el comienzo de la misa.

Al final, empezó la misa de réquiem. Al igual que la misa a la que Corbett había asistido días atrás con el rey, la de aquel día la iban a concelebrar cinco canónigos y el principal sería *sir Philip Plumpton*. Corbett tuvo que reprimir una sonrisa. Plumpton odiaba con toda su alma al difunto De Monfort y, sin embargo, tendría que rogar a Dios por su alma. Se entonó el réquiem y después el féretro se bendijo, se incensó y fue trasladado al cementerio a hombros de seis corpulentos hombres, precedidos por los sirvientes y guardianes de la catedral portando unos estandartes con las figuras de la Virgen María, san Jorge y san Pablo. Los tres portaestandartes precedían a Plumpton y a este le seguían otros canónigos y un grupo de jóvenes vestidos de blanco con cirios encendidos en las manos. El féretro estaba rodeado por cincuenta y seis hombres con antorchas, cada una de las cuales representaba un año de la vida del difunto. Unas mujeres completamente vestidas de negro y con la cabeza cubierta por un velo de encaje seguían el féretro, envuelto ahora en costosos lienzos dorados, sollozando ruidosamente. Corbett les dirigió una mirada despectiva, sabiendo que eran plañideras profesionales. No sentía el menor aprecio por la gente que se aprovechaba de los muertos. Vio que el largo y triste cortejo salía de la catedral para dirigirse al fondo del cementerio, donde un montículo de tierra recién removida indicaba el lugar del último descanso de De Monfort.

Corbett oyó desde la puerta los lejanos murmullos de la voz de Plumpton, rogando una vez más a Dios que acogiera a su amado siervo Walter de Monfort en su seno. El cuerpo fue depositado en la fosa y Corbett oyó las paletadas de tierra cayendo sobre la tapa del ataúd mientras la procesión regresaba a la catedral. Corbett intuyó el alivio de los presentes por el hecho de que todo hubiera terminado. La puerta se cerró mientras se oían a lo lejos los golpes de las azadas de los sepultureros que estaban cubriendo el ataúd. Esperó respetuosamente un momento antes de

acercarse al presbiterio. Una vez allí, hizo una genuflexión delante de la luz del sagrario y entró en la sacristía. Plumpton se estaba quitando las vestiduras de la celebración, el amito, el alba, la estola y todas las demás prendas que los clérigos consideraban necesarias para hablar con Dios. El sacerdote sabía que Corbett se encontraba a su espalda, pero este tuvo que esperar a que Plumpton terminara y solo entonces el cura se volvió para saludarle.

—Maese Corbett, no sabéis cuánto me alegro de veros.

—*Sir Philip* —contestó jovialmente Corbett—, vengo en nombre del rey.

En otras circunstancias, Plumpton hubiera soltado un gruñido de desagrado, pues ya estaba empezando a hartarse de aquel inquisitivo y severo escribano de ojos de gato que no dejaba en paz a los muertos y no paraba de hacer preguntas a los vivos.

—¿Qué ocurre? —preguntó en tono malhumorado.

—En nombre del rey, quiero que vos y los otros cuatro concelebrantes que oficiaron la misa en cuyo transcurso murió De Monfort os reunáis conmigo en el presbiterio.

—¿Pero esto qué es? —replicó Plumpton, entornando los ojos con expresión de sorpresa—. ¿Por qué no dejáis en paz de una vez este desgraciado suceso?

—¿Por qué no se lo preguntáis al rey? —dijo Corbett—. Tendréis la oportunidad de hacerlo si os negáis.

Plumpton lanzó un suspiro, giró sobre sus talones y se retiró hecho una furia.

Solo en la sacristía, Corbett miró a su alrededor, contemplando los armarios, los grandes arcones de cuero con refuerzos de hierro, todos cerrados, algunos con tres e incluso cuatro cierres; los barriles llenos de velas de pura cera de abeja de distintos colores; las cajas de cirios y los recipientes de incienso. Todo aquello no le interesaba. Se acercó a un armario que Plumpton había dejado abierto. Dentro estaban las vestiduras que utilizaban los sacerdotes en las distintas ceremonias, todas ellas ordenadas según los colores de los tiempos del año litúrgico. Al fondo a la izquierda vio las casullas utilizadas en la fatídica misa, se acercó y las examinó con más detenimiento. Le llamó la atención la mancha de una de ellas. Oyó unas pisadas en el pasillo del exterior y, respirando afanosamente, cerró rápidamente el armario. Plumpton y los demás canónigos irrumpieron en la estancia. Estaban molestos con aquel vulgar escribano que una vez más los apartaba de sus quehaceres para hacerles bailar al son que él tocaba. Corbett leyó sus pensamientos y comprendió el rencor que debían de sentir hacia él. Solo Blaskett y De Luce parecían tranquilos.

Corbett esperó un poco antes de hablar.

—*Sir Philip*, si me hacéis el favor.

Se apartó a un lado y Plumpton se dirigió a las gradas del presbiterio seguido de los demás. Todos se situaron delante del altar. Corbett, sosteniendo en la mano una sencilla copa de peltre que había tomado de una mesa de la sacristía, rogó a los canónigos que ocuparan las mismas posiciones que el día de la misa fatídica mientras él ocupaba el lugar de De Monfort. Una vez todos colocados, Corbett les hizo

escenificar el rito de la comunión. La copa pasó primero a los de la derecha, De Eveden y Ettrick, este la pasó a continuación a Blaskett, situado al otro lado, y Blaskett se la dio a De Luce, el cual se la entregó a su vez a Plumpton, que finalmente se la devolvió a Corbett. Este comprendió que Ranulfo tenía razón: protegidos por los demás concelebrantes, tanto De Eveden como Plumpton hubieran podido echar el veneno sin que los otros se dieran cuenta, aunque habrían corrido el riesgo de que los viera De Monfort. Sin embargo, si Plumpton o De Eveden hubiera sido el envenenador, cualquiera de ellos habría sido visto por el otro. ¿Acaso ambos habían conspirado juntos? Corbett rechazó aquella posibilidad, teniendo en cuenta la mutua antipatía que ambos hombres se profesaban. La conspiración entre ambos se tenía que descartar. Corbett estaba a punto de dar las gracias y despedir a los canónigos cuando, de repente, una voz lo llamó a su espalda.

—¡Y el Ángel del Señor bajó al santuario y lo limpió con su espada!

Corbett se volvió y miró hacia la ermita. En la grieta de la pared vio los fulgurantes ojos del ermitaño, mirándole enfurecidos. Corbett bajó las gradas.

—¿Qué es lo que queréis, varón de Dios? ¿Quién es el ángel de Dios?

—¿Quién va a ser? —contestó la clara voz del anacoreta—. Sois vos, el emisario que ha enviado Dios para hacer justicia, y, si no Dios, por lo menos el rey.

—Pues entonces, si todo lo veis tan claro —dijo Corbett con ironía, a punto de dar media vuelta y reunirse de nuevo con los demás—, ¿no pudisteis ver quién mató a De Monfort?

—He visto lo que habéis hecho —contestó la voz— y he estado trabajando en el acertijo que tanto os intriga.

—¿Y cuál es la solución?

—Muy sencilla. Os preguntáis cómo es posible que los demás bebieran del cáliz después de que lo hiciera De Monfort y ellos estén vivos y el otro muriera, ¿verdad?

Corbett asintió con la cabeza, sin apartar los ojos de los del anacoreta.

—Pero ellos no os lo han dicho. Preguntádselo.

—¿Qué les tengo que preguntar?

—Preguntadles cuántas veces bebió De Monfort del cáliz. Recordadles el Derecho Canónico. Antes de ofrecer el cáliz como símbolo de paz, el celebrante siempre bebe por segunda vez. La primera vez bebe durante la comunión y la segunda como símbolo del ósculo de la paz. ¿Por qué no se lo preguntáis a ellos?

Corbett se volvió y miró a los canónigos. No fue necesario que contestaran, pues llevaban la respuesta escrita en la cara.

—Señores sacerdotes —les dijo—, os ruego que me esperéis. Mejor en la sacristía.

Esta vez se retiraron humildemente como mansos corderos.

Corbett se acercó un poco más a la grieta del ermitaño.

—Decidme, varón de Dios, ¿qué fue lo que visteis? ¿Hay algo que yo deba saber? ¿Qué ocurrió cuando De Monfort se desplomó al suelo?

La respuesta fue una risita apagada.

—Decídmelo —insistió Corbett.

—No vi nada —contestó el anacoreta muy despacio—. Cuando De Monfort se desplomó al suelo, yo caí de hinojos aquí en mi celda para rogar a Dios que tuviera piedad de su alma pecadora. Es la única ayuda que os puedo prestar. Solo una cosa os diré. Tened mucho cuidado, mi señor escribano. Esos canónigos desean vuestra muerte.

## Capítulo XI

Corbett, indignado y preocupado, dio las gracias al anacoreta y regresó a la sacristía. Los canónigos le esperaban como unos niños que hubieran cometido una travesura. Ninguno de ellos se atrevía a mirarle a la cara.

—Bueno pues —empezó diciendo Corbett—, aquí tenemos un pequeño misterio. —Introdujo la mano bajo la capa, extrajo la espada y la sostuvo por la empuñadura—. Juro que, a no ser que ahora mismo me digáis la verdad acerca de lo que visteis, sentisteis u oísteis en aquel altar cuando murió De Monfort, ¡juro por la cruz de Cristo que os enviaré a todos a la Torre a la puesta del sol!

Los miró enfurecido mientras volvía a envainar la espada y después se apoyó contra la esquina de la mesa con los brazos cruzados. Plumpton se adelantó, humedeciéndose nerviosamente los labios con la lengua.

—El anacoreta ha dicho la verdad —confesó—. Él lo debió de ver. Una de las cosas que siempre pide un ermitaño es ver claramente el altar para poder adorar a Dios durante la elevación de la Sagrada Forma y el cáliz. De Monfort bebió dos veces del cáliz. Podréis comprobar en el Derecho Canónico que está obligado a hacerlo. —Plumpton miró a Ettrick—. Pero De Monfort lo olvidó y *sir* David aquí presente se lo recordó.

—¿Es eso cierto, Ettrick? —preguntó Corbett.

El escocés asintió con la cabeza.

—Vi que devolvían el cáliz. De Monfort estaba a punto de girarse para bajar con él las gradas del presbiterio. Yo me acerqué y le susurré unas palabras al oído. Puede que a cualquier persona que nos estuviera mirando en aquel momento le pareciera que yo lo estaba ayudando en el rito. Entonces él levantó el cáliz y bebió. El resto ya lo sabéis.

—¿Estáis seguro? —replicó secamente Corbett—. ¿Hay algo más que yo deba saber?

Nadie contestó.

—¿Hay algo más que yo deba saber? —repitió.

Otra vez silencio.

Corbett miró a Plumpton.

—Bueno pues, *sir* Philip, yo tengo unas cuantas preguntas más que haceros; pero, antes, permitidme que os recuerde, *sir* John —añadió, dirigiéndose al bibliotecario—, que vos fuisteis la última persona que sostuvo el cáliz en sus manos antes de que De Monfort bebiera de él.

El rostro de *sir* John era la viva imagen de la tragedia.

—Eso no es justo —balbució el clérigo—, no es justo. Vuestras palabras son unos auténticos dardos.

—En cuanto resuelva el misterio —replicó Corbett—, cesarán las preguntas. Pero vos habéis dicho, *sir* Philip, que De Monfort, como todos vosotros, guardaba las

valiosas vasijas con que solía celebrar la Eucaristía en esta sacristía.

Plumpton asintió con la cabeza.

—Me gustaría verlo.

Sir Philip sacó el llavero que llevaba colgado del cinto y se acercó al arcón del fondo de la estancia. Estaba hecho de cuero y madera y tenía unos refuerzos de hierro y cuatro cerraduras, cada una de las cuales con una llave distinta. Plumpton abrió las cuatro cerraduras, levantó la tapa y Corbett tuvo que reprimir una exclamación de asombro al ver los valiosos objetos que allí se guardaban. Eran un tesoro que hasta el mismísimo rey hubiera envidiado. Ostensorios cuajados de piedras preciosas, patenas de oro, platos de plata y por lo menos una docena de bellísimos cálices. Algunos estaban protegidos con unas bolsas de rojo cuero español y otros con estuches, pero casi todos los demás estaban colocados sin orden ni concierto. El interior del arcón estaba forrado de jamete.

Sir Philip revolvió cuidadosamente los cálices antes de sacar uno. Corbett reconoció el cáliz que él había sostenido en sus manos la mañana en que había muerto De Monfort. Plumpton se lo mostró. Una valiosa pieza de orfebrería de por lo menos cien años de antigüedad, pensó Corbett. Era de oro macizo, con la base y el pie de plata con incrustaciones de oro y piedras preciosas. Le dio la vuelta y vio la marca del orfebre en la base. El interior era de oro batido y su brillo, tan grande que reflejaba la luz de las velas. Corbett se lo acercó a la nariz y olfateó; se percibía un ligero olor de vino dulce, pero nada más. Se lo pasó de una mano a otra, sopesando su valor.

—¿No hay ningún otro cáliz como este? —preguntó, devolviéndoselo a Plumpton.

Un coro de negativas contestó a su pregunta.

—El cáliz —se apresuró a explicar De Eveden— es una pieza única. Solo un maestro artesano pudo haberlo hecho. En todas partes lo identificarían como el cáliz de De Monfort.

Corbett asintió con la cabeza.

—Hay otra cuestión. De Monfort debió de dejar algunos papeles al morir, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Plumpton—. Los tenemos guardados en la sala de la tesorería. Debemos hacer un inventario para el alguacil de la ciudad y otros funcionarios.

—¿Por qué no me los habéis mostrado? —preguntó Corbett—. No tuvisteis ningún inconveniente en mostrarme sus aposentos. —Miró a su alrededor—. Este lugar es tan válido como cualquier otro. ¡Quiero que ahora mismo me traigáis esos papeles aquí!

Plumpton estaba a punto de protestar, pero, al ver la enfurecida expresión del rostro de Corbett, cambió de idea. Le indicó a este una silla y una mesa y se retiró de inmediato. Corbett despidió a los demás canónigos, alegrándose de ver que estos abandonaban la sacristía con un poco menos de orgullo que al entrar. Al final,

Plumpton regresó con tres criados que apenas podían sostener el peso de un enorme cofre de cuero. Corbett señaló la mesa y los criados depositaron el cofre en ella y se retiraron. Corbett levantó la tapa.

—¿Esos son todos los documentos de De Monfort?

—Todos sus bienes muebles —contestó Plumpton, utilizando el término jurídico—. Eso es todo lo que tenía De Monfort, aparte la ropa que ya habéis visto. Aquí hay varios libros, todos sus documentos y algunos objetos de valor.

—Muy bien. Si fuerais tan amable, *sir Philip*, os agradecería que encendierais unas cuantas velas más, me acercarais un brasero y me ofrecierais un poco de vino. Revisaré el contenido de este cofre y después ya os lo podréis llevar.

Sin esperar la respuesta del clérigo, Corbett empezó a examinar el contenido del cofre.

Al cabo de tres horas, Corbett llegó a la conclusión de que allí dentro no había nada de especial interés. Aparte un gran libro de cuentas, lo demás no tenía la menor importancia: trozos de pergaminos llenos de anotaciones, varios rosarios y un crucifijo roto. Los demás documentos eran facturas y memorandos sin la menor trascendencia. Corbett mandó llamar a Plumpton y le dijo que ya había terminado, pero que se llevaría a casa el libro de cuentas para estudiarlo con más detenimiento. *Sir Philip* protestó enérgicamente, pero Corbett le recordó que actuaba por encargo del rey y que, si tenía algo que objetar, en lugar de decírselo al enviado del rey, lo que debería hacer era acudir directamente a Su Majestad en Westminster. Plumpton, con semblante profundamente abatido, ordenó a gritos a los criados que volvieran a guardar los objetos en el cofre y abandonó la estancia. Corbett también estaba a punto de retirarse cuando, de repente, oyó una débil llamada a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y entró *sir John de Eveden*, el bibliotecario, como un niño arrepentido que hubiera acudido allí para pedir perdón. Se sentó en una banqueta al lado de la puerta con las manos cruzadas sobre las rodillas. Corbett se levantó, se envolvió en su capa y jugueteó con el cierre.

—*Sir John*, veo que deseáis hablar conmigo.

El canónigo asintió con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Corbett—. Cualquiera diría que sois una recatada doncella que viene a confesarse.

—No soy una doncella —contestó De Eveden con ironía—, pero sí tengo una confesión que hacer.

—Os escucho.

—Yo no bebí el vino.

—¿Qué queréis decir?

—Cuando pasaron el cáliz, yo no bebí el vino.

Corbett se acercó a De Eveden, mirándole con curiosidad.

—¿Por qué no?

El clérigo se encogió de hombros.

—Vosotros los seglares no sabéis lo que significa realmente ser sacerdote —dijo—. Y nos juzgáis con dureza. Nos consideráis unos ejemplares perfectos y nos atacáis cuando no lo somos. Yo soy como todos. Mi debilidad, maese Corbett, era el fruto de la vida. Me pasaba el día y las largas noches bebiendo copas y más copas... era mi único vicio. Una noche en que había bebido demasiado y me encontraba en unas condiciones imposibles de describir, me hice un solemne juramento. Entré arrastrándome en el presbiterio e hice un juramento. Jamás volvería a beber vino tanto consagrado como sin consagrar. Es lo único que debéis saber —dijo, encogiéndose de hombros—. No bebí el vino que bebió De Monfort.

Corbett le miró pensando en lo más hondo de su ser que, a lo mejor, aquel hombre le estaba diciendo la verdad, pero se preguntó por qué razón y por qué precisamente en aquellos momentos.

—Decidme, *sir* John —empezó—, cuando De Monfort se desplomó al suelo y murió, ¿qué sucedió?

—Todos permanecemos de pie a su alrededor. Yo no sabía lo que había ocurrido y mis hermanos tampoco. —De Eveden se frotó los ojos—. Se desataron el caos y la confusión y no recuerdo nada. Todo el mundo corría de acá para allá.

—¿Visteis a alguien subir al altar?

—No.

—¿Alguna cosa extraña tal vez?

—No, no vi nada —contestó con firmeza De Eveden.

—Habladme de los comentarios de vuestros hermanos. ¿Vieron algo que les llamara la atención?

De Eveden miró a Corbett con la cara muy seria.

—No, no vieron nada. Juro que no he oído comentar nada extraño ni fuera de lo corriente.

—Decidme —añadió Corbett—, ¿cómo ibais vestidos para la misa? ¿Qué vestían los concelebrantes?

De Eveden extendió las manos.

—Las vestiduras habituales. Llevábamos nuestra ropa y, encima de ella, la blanca alba ajustada con un cordón de oro, el amito, una franja de seda alrededor de las muñecas, y la estola alrededor del cuello. Y, por último, la casulla. ¿Por qué?

—Por nada —contestó Corbett—. ¿Las casullas decís? ¿Se guardan aquí?

—Sí.

—¿Y las albas, las túnicas blancas que se llevan debajo de ellas, también?

El bibliotecario se encogió de hombros.

—Como de costumbre, se envían a la lavandera. Ella las lava y las plancha y nada más. ¿Por qué?

—Por nada —contestó Corbett—. Ya me lo habéis dicho todo.

Corbett dejó al bibliotecario y cruzó el presbiterio y el coro para bajar a la nave

del templo. Las transacciones de la jornada ya estaban terminando: los abogados y los vendedores de pergaminos estaban a punto de marcharse y los doce escribientes, que alquilaban sus servicios a quienquiera que deseara escribir una carta, ya habían empezado a guardar las bandejas de escritura en sus pequeños estuches de cuero.

Cuando Corbett estaba a punto de cruzar la principal puerta occidental, una mano se apoyó sobre su hombro. Dio media vuelta acercando su mano a la daga bajo la capa, pero, en medio de las sombras del anochecer, distinguió el sensual y bello rostro de la cortesana.

—¿Qué deseáis, mujer? —le preguntó.

—No tendríais que ser tan agresivo, mi señor escribano. Sé que probablemente habréis hecho alguna pregunta sobre mí. Por eso me ha parecido mejor venir yo misma a presentarme.

—¿Cómo os llamáis?

—Abigail. ¿Y vos qué queréis de mí?

—¿Qué negocios os llevabais entre manos vos y el deán de San Pablo, *sir* Walter de Monfort?

La mujer le miró sonriendo.

—Los mismos que cualquier hombre.

—¿Y cuáles son?

—Seguís siendo demasiado agresivo, mi señor escribano. ¿Cómo os llamáis?

—Hugo Corbett y soy el escribano mayor de la Cancillería.

La mujer imitó sus palabras y lo hizo con tal gracia que Corbett no tuvo más remedio que sonreír muy a su pesar.

—Lo siento, tengo frío. No me gusta la tarea que me han encomendado y estoy muy cansado. Si deseáis jugar, tal vez en otro momento, pero hoy no.

—¡Bah! —La mujer apoyó una mano enguantada con piel de armiño en la muñeca de Corbett—. Pensé que solo sería cuestión de tiempo que fuerais a visitarme y he decidido haceros la cortesía de venir a veros.

—Me parece muy bien —dijo Corbett—. Pero la pregunta sigue en pie. ¿Cuál era vuestra relación con Walter de Monfort?

—Muy sencilla —contestó la mujer—. Tengo su casa de la calle del Pabulo.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Me la tiene alquilada.

—¿Y eso qué tiene de extraño?

—Ya se ve que nunca habéis estado en mi casa, mi señor escribano, pues, si lo hubierais hecho, os habríais dado cuenta de que hay muchos dormitorios, todos ellos lujosamente amueblados.

—Queréis decir que se trata de un burdel —exclamó Corbett, lamentando inmediatamente la dureza de sus palabras al ver la expresión de dolor de los ojos de la mujer.

Corbett la miró fijamente. Debía de haber sido muy bella en otros tiempos; tenía

un rostro en forma de corazón, unos ojos grises muy separados, una nariz perfectamente dibujada y una boca creada sin duda para besar. Su agudeza e inteligencia le recordaban en cierto modo las de Maeve, con sus ácidas respuestas y su capacidad para imponer sus propios criterios en cualquier discusión.

—¿Y De Monfort sabía que vos regentabais un burdel en su casa? —preguntó Corbett muy despacio.

—Por supuesto que sí. Él se quedaba con la mitad de los beneficios.

Corbett echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. La gente que estaba saliendo de la catedral se sorprendió de que alguien tan severamente vestido de oscuro se riera de aquella manera. Parecía una campana tocando al anochecer. La mujer también sonrió.

—¿De qué os reís? —le preguntó.

Corbett se secó la boca con la mano.

—En este mundo —contestó—, nada es lo que parece. Bueno —añadió—, habladme de De Monfort.

La mujer se encogió de hombros.

—Como cualquier hombre, se exhibía como un gallo de corral entre el estiércol. Interpretaba sus papeles. Es algo que se ve constantemente, maese Corbett. A De Monfort con sus vestiduras sacerdotales en el altar mayor... yo le he visto, ¿cómo diríamos?, en posiciones mucho menos dignas. Y, sin embargo, no era peor que los demás. No era peor que el rey, que pretende hacer justicia, pero, al mismo tiempo, exprime a sus súbditos; o que un caballero que ostenta la roja cruz de los cruzados y toma la espada para despedazar a la gente en nombre de Nuestro Señor Jesucristo; o que un cura que pretende ser superior a los demás, pero que, en realidad, es inferior porque no cumple lo que predica. —La mujer se acercó un poco más y Corbett contempló la lechosa blancura de su piel y aspiró la fragancia de su perfume—. ¿Y vos qué sois, mi señor escribano? —preguntó, mirándole fijamente a los ojos—. No, no sois un gallo de corral —dijo—. Sois un halcón. Permanecéis posado en la rama de un árbol, observándolo todo con fría indiferencia; sois práctico y os limitáis a cumplir con vuestra obligación.

Corbett hubiera replicado con dureza a cualquiera que le hubiese hablado en semejante tono, pero el ingenio y la fortaleza de carácter de aquella mujer lo dejaron prácticamente sin habla.

—Bien, maese Corbett. Ahora ya sabéis quién soy y cuáles eran mis relaciones con De Monfort.

—Una pregunta —dijo Corbett—. ¿Os alegráis de su muerte?

Inmediatamente vio un destello de odio en los ojos de la mujer.

—Pues sí —contestó la cortesana sin dudar—. Era un villano muy cruel. Me engañaba y me perseguía y, si no cumplía sus instrucciones al pie de la letra, me amenazaba con denunciarme a los guardias y los funcionarios para que me azotaran públicamente por las calles. Siempre alargaba la mano, exigiéndome la mitad de mis

ganancias. Sí, me alegro de que haya muerto. Quienquiera que lo haya matado me ha hecho un favor. Si no lo hubieran hecho, os aseguro, mi señor escribano, que a su debido tiempo lo habría hecho yo.

Dicho lo cual, la mujer dio media vuelta con las faldas volando a su alrededor y bajó graciosamente los peldaños. Corbett la llamó.

—Abigail.

La mujer se detuvo y se volvió con una leve sonrisa en los labios.

—¿Sí, mi señor escribano?

—Probablemente solo hay cinco personas honradas en esta ciudad y vos debéis de ser una de ellas.

La mujer sonrió, dejando al descubierto la perfecta blancura de sus dientes.

—Puede que nos volvamos a ver en un ambiente más agradable, escribano.

Corbett esbozó una sonrisa, pero la mujer se perdió en la oscuridad sin esperar su respuesta.

El rezo de completas ya había terminado y los canónigos habían abandonado la iglesia, algunos para dirigirse al refectorio y otros a sus aposentos; todas las puertas se habían cerrado bajo llave. Fuera, la tierra cubierta de nieve brillaba bajo la luz de la luna llena mientras el siniestro silbido del viento envolvía el edificio, haciéndolo crujir y gemir. Hasta los endurecidos hombres que vivían refugiados entre los sepulcros en las míseras chozas pegadas a la muralla temblaban de frío apenas protegidos por sus harapos, y por nada del mundo se hubieran atrevido a salir en semejante noche. Durante el día, San Pablo era un hervidero de actividad que, en realidad, solo servía para enmascarar la sensación de amenaza y de siniestro silencio que se cernía sobre aquel lugar cuando se cerraban las puertas de la catedral.

Los indigentes que se habían refugiado en su recinto a buen seguro se habrían muerto de miedo si hubieran entrado en la iglesia y hubieran visto la encapuchada figura que, agachada junto a la base de una columna, estaba entonando un himno en voz baja mientras sus ardientes ojos traspasaban la oscuridad. El hombre interrumpió su cántico y se mordió el labio con aire pensativo. No hubiera tenido que estar allí, pero era el mejor lugar para pensar. Las conspiraciones y los planes, como los murciélagos, se movían con más tranquilidad por la noche. No tenía intención de matar a De Monfort, aunque se alegraba de que aquel necio e hipócrita charlatán hubiera muerto. La figura maldijo sus propios errores: Eduardo de Inglaterra hubiera tenido que desplomarse al suelo en presencia de sus súbditos tanto seculares como eclesiásticos. Todos lo hubieran considerado un castigo de Dios, y él habría vengado la muerte de su hermano, su mujer y sus hijos.

El hombre levantó la cabeza y escudriñó en la oscuridad. Había oído decir que la catedral se había construido sobre las ruinas de un templo dedicado a Diana y se preguntaba si los antiguos demonios todavía moraban allí. Si él pudiera, conjuraría a

aquellos demonios y les ofrecería su alma a cambio de la caída de Eduardo. Pero ya tendría otras oportunidades para eliminarlo. Primero tenía que quitar de en medio a aquel entrometido escribano de Corbett. Se mordió fuertemente el pulgar, pero no experimentó dolor. ¡Santo Dios, cuánto odiaba a aquel impertinente escribano! Con su aire frío y distante, su alargado y moreno rostro, su enmarañado cabello negro y aquellos oblicuos ojos verdes que constantemente lo vigilaban todo como los de un gato. El hombre se frotó las manos sonriendo. Sí, tenía que hacer algo para pararle los pies a Corbett y lo tendría que hacer muy pronto.

## Capítulo XII

Corbett se pasó los tres días siguientes examinando las cuentas de De Monfort. Eran muy áridas y estaban escritas sobre trozos de pergamino cosidos con hilo grueso. No se referían a la catedral sino que enumeraban toda una serie de gastos, a pesar de que cuantiosas sumas de dinero habían sido depositadas en distintos banqueros. Corbett se preguntó con indiferencia cuántos de ellos estarían dispuestos a confesar que guardaban dinero del cura. Los ingresos eran muy curiosos, pues procedían de distintas fuentes. Una anotación se refería a estipendios, beneficios, donaciones de personas y parientes cercanos. Era poca cosa, pero contrastaba con todo lo demás. Cada trimestre había anotaciones de enormes sumas de dinero, cientos de libras esterlinas en bolsas procedentes de dos lugares: la mansión de Cathall en Essex y sus propiedades de Londres.

Corbett conocía el secreto de las casas que De Monfort tenía en Londres, pero le llamaba la atención lo de Cathall. Consideró la posibilidad de desplazarse hasta allí, pero tras haber bajado varias veces para echar un vistazo al tiempo, temió que este volviera a empeorar y él no tenía la menor intención de quedarse aislado en una aldea de Essex. Además, en caso de que siguiera el deshielo, sus cartas no tardarían en llegar al alguacil y las restantes autoridades de Essex y estos se encargarían de reunir toda la información necesaria en su nombre. Pensó con extrañeza en las recientes e irregulares apariciones de Ranulfo; una vez, para cambiarse de ropa; otra, para pedirle un poco de dinero que él le entregó con aire ausente. Nunca preguntaba demasiado acerca de las andanzas de su criado; se había limitado a decirle que no quebrantara la ley, pero, por lo demás, lo dejaba todo a su conciencia y a su confesor. Sin embargo, Corbett estaba convencido de que Ranulfo era un hombre totalmente entregado a los placeres de la carne, pues le había visto muchas veces cortejando peligrosamente a las mujeres y las hijas de otros hombres.

En eso no se equivocaba, pues Ranulfo estaba persiguiendo en aquellos momentos a la arrogante y joven esposa de un mercero de Londres, de cuyas generosas caderas se había prendado. Llevaba varios días cortejándola y estaba seguro de que su presa acabaría cayendo. Aquel domingo por la noche, sin embargo, Ranulfo regresó a su cuarto de la calle del Pan con solo una bota. Corbett estaba demasiado enfrascado en sus propios pensamientos para darse cuenta y Ranulfo no tuvo la humildad necesaria para reconocer que había estado en la habitación de la dama disponiéndose a pasar con ella una noche de placer cuando el marido, que estaba de viaje, regresó inesperadamente a casa a causa del mal tiempo. Ranulfo huyó como alma que lleva el diablo mientras los angustiados gritos de la mujer y los rugidos de furia del marido resonaban en sus oídos.

El criado subió sigilosamente a su cuarto, temiendo que su amo le hiciera alguna pregunta, pero Corbett aún estaba tratando de reconstruir lo que había ocurrido en el altar mayor de San Pablo.

Primero, enumeró las prendas que llevaba cada uno de los sacerdotes: una blanca alba ceñida con un cordón y, encima de ella, la casulla; la pesada capa consistorial de oro e incrustaciones de piedras preciosas, con el color correspondiente a la festividad del día; una estola del mismo color alrededor del cuello y el amito. Corbett recordó las capas consistoriales y las casullas que había visto en el armario de la sacristía de San Pablo; todas eran muy gruesas y pesadas y estaban recamadas con incrustaciones de piedras preciosas.

En segundo lugar, repasó la posición de los concelebrantes aquel día. En el extremo derecho de De Monfort estaba el escocés Ettrick y después Plumpton. En el extremo izquierdo, el joven Blaskett, De Luce y De Eveden. El escribano siguió una vez más el camino del cáliz. Primero hasta Ettrick que después lo debió de pasar a Blaskett antes de devolverlo, a través de De Luce y De Eveden, a De Monfort, que ya había tomado el sorbo fatídico. Según De Eveden, él no había bebido del cáliz. Corbett no sabía si creerle o no. Estaba seguro de que, durante la comida que había tenido lugar después de la misa en la que había muerto De Monfort, él le había visto beber vino. Por consiguiente, ¿qué motivo tenía el bibliotecario para mentir? En caso de que dijera la verdad, la explicación más lógica hubiera sido la de que el cáliz había sido envenenado por Blaskett o por De Luce. Pero el anónimo asesino también hubiera podido ser Plumpton, situado a la derecha de De Monfort. Por otra parte, el hecho de que De Eveden no hubiera bebido del cáliz no significaba que no lo hubiera podido envenenar.

Corbett estudió una vez más el diagrama y trató de reconstruir el altar tal como lo había visto cuando el rey le había ordenado que fuera a examinarlo. Recordaba las manchas en el frontal del altar y el vino en la alfombra. Su mente buscaba el problema. Parecía un perro persiguiendo unas sombras en el bosque. No lograba encontrar nada en concreto, pero intuía la malsana atmósfera que envolvía San Pablo. A lo mejor, como fiel servidor del rey que era, hubiera tenido que insistir en que el obispo de Londres abriera una investigación sobre todo el colegio de canónigos de la ciudad para, de este modo, arrancar el mal de raíz, pues allí había algo mucho más profundo que rebasaba las habituales enemistades, celos y rivalidades propios de todas las pequeñas comunidades cerradas.

Se pasó casi toda la noche del domingo tratando de resolver el enigma, pero no consiguió llegar a una conclusión satisfactoria. Al final, posó la pluma, abrió las contraventanas de su dormitorio y contempló la ciudad. Una densa bruma procedente del Támesis había cubierto el cielo, por lo que solo se podía ver el parpadeo de alguna fogata o las luces de las linternas colocadas en las puertas de las casas para alumbrar las calles. Quería terminar de una vez con aquel asunto. Pensó en Ranulfo, durmiendo en el piso de arriba, y envidió la energía del joven a lo largo de toda la jornada. Levantó la vista y contempló el mismo cielo que Maeve debía de estar contemplando en Gales. De repente, sintió una terrible añoranza, un ansia tan grande que a punto estuvo de provocarle un mareo. Solo podía pensar en su dulce rostro, su

largo cabello rubio y aquellos grandes e inocentes ojos que igual podían iluminarse súbitamente a causa de la alegría que encenderse de furia sin solución de continuidad. Estaba harto de la ciudad, de la suciedad de sus calles, de los despojos de los animales sacrificados en el matadero, de los establos llenos de estiércol, del perezoso río, de los altivos cortesanos, de las peleas y discusiones entre los escribanos y, sobre todo, de la animosidad de los canónigos de San Pablo: unos hombres embusteros y lujuriosos que hubieran tenido que entregarse a la práctica del bien, pero, al parecer, habían extraviado el camino. Estaba molesto con el rey por haberle encomendado aquella tarea; el soberano buscaba exclusivamente el poder y apreciaba a Corbett solo porque este le prestaba un buen servicio. Pero él hubiera deseado estar en una solitaria cámara del castillo de Neath, contemplando el mar embravecido, sentado delante de la chimenea con Maeve entre sus brazos. En su buhardilla, felicitándose por su rápida y afortunada fuga del dormitorio de la mujer del mercero, Ranulfo oyó el distante y suave sonido de una flauta. La música se prolongó hasta mucho después del amanecer, y cuando finalmente cesó, Ranulfo comprendió que su amo había encontrado un poco de alivio en el sueño.

Corbett no despertó hasta muy tarde, cuando oyó aporrear la puerta de abajo. Se envolvió en su capa, bajó corriendo y abrió. La bruma de la calle se arremolinaba y hervía como el vapor de una caldera. Al principio, no pudo ver a nadie.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, pegando un brinco hacia atrás al ver entrar en la casa a una figura cubierta de barro y con un corte en la cara. Al principio, cruzó por su mente la posibilidad de un anónimo asesino, pero el hombre se quitó la capucha empapada de lluvia y dejó que la capa le resbalara de los hombros.

—¿Maese Corbett?

—El mismo.

—Soy Juan Enderby, mensajero del alguacil de Essex.

El hombre le entregó un pequeño rollo de pergamino. Corbett rompió inmediatamente el sello rojo y blanco. La carta constaba solo de cuatro líneas: el alguacil hacía votos por su salud y le enviaba saludos. La información que había solicitado se la comunicaría de palabra Juan Enderby, el portador de la carta. Corbett arrugó el pergamino con las manos.

—Tened la bondad de acompañarme.

Enderby siguió a Corbett al piso de arriba y, una vez sentado, le transmitió el mensaje.

—El alguacil —dijo— lamenta no haber podido enviar una información por escrito, pues eso hubiera llevado más tiempo. Baste decir que los hombres del alguacil fueron enviados a la mansión de Cathall, donde encontraron muerto por degollación a su mayordomo Tomás; su esposa Catalina había sido violada repetidas veces por los miembros de una conocida banda de forajidos cuyo jefe es Roberto Fitzwarren. Al parecer, estos habían acudido a la mansión para reunirse con Tomás y, a causa de alguna disputa, le cortaron la garganta y violaron a la pobre mujer, la cual

estaba casi al borde de la locura. Cuando los hombres del alguacil consiguieron calmar a Catalina, esta les reveló una historia asombrosa, señalando que aquel mismo forajido Fitzwarren solía asaltar a los viajeros, comerciantes y mercaderes en los caminos que conducían de Londres a Essex. Sin embargo, el botín de Fitzwarren se entregaba al deán de San Pablo, el cual lo vendía en el mercado de Londres y se repartía las ganancias con el jefe de la banda. El día en que murió De Monfort, su mayordomo estaba con la comunidad de San Pablo, pues se había trasladado a Londres para resolver unos asuntos en representación del jefe de la banda de forajidos. Sin embargo, debido a la muerte de su amo, el mayordomo no pudo resolver el asunto que lo había llevado a Londres y tuvo que regresar a la mansión de Cathall con las manos vacías. Allí, los bandidos, molestos y decepcionados por lo ocurrido, desahogaron su cólera en Tomás y su mujer.

»El alguacil añade —prosiguió diciendo el agotado Enderby— que, a pesar de que la mujer estaba medio trastornada por los horribles acontecimientos, un registro de la casa permitió descubrir ciertos bienes que le fueron robados meses atrás a un mercader.

El alguacil enviaba sus saludos y sus mejores deseos y esperaba que la información le pudiera ser útil.

Corbett hizo que Enderby le repitiera varias veces la historia, pidiendo aclaraciones sobre ciertos detalles. Después llamó a Ranulfo y le dijo que acompañara a Enderby a una cercana taberna y le buscara alojamiento para que pudiera descansar un poco antes de regresar a Essex. En cuanto el criado y el mensajero se fueron, Corbett se tendió en la cama cruzando las manos detrás de la cabeza y analizó una vez más la muerte de De Monfort. Hasta aquel momento, se había concentrado exclusivamente en los canónigos de San Pablo, pero había otros que también deseaban su muerte. La cortesana así lo había dicho y ella también estaba presente en el templo. ¿Y si el mayordomo Tomás hubiera tenido algo que ver con lo ocurrido? ¿Y si hubiera asesinado a su amo? ¿Y si el rey no fuera totalmente inocente? A fin de cuentas, aunque él hubiera pasado por alto en todo momento aquel detalle, el rey odiaba a la familia De Monfort. Pero había otros que, de haber sabido que De Monfort había sido sobornado, gustosamente hubieran acabado con él. ¿Estaría Su Eminencia Roberto Winchelsea, arzobispo de Canterbury, por encima de cualquier sospecha de asesinato? Corbett hubiera deseado creerlo así, pero, tras haberse pasado algún tiempo con los canónigos de San Pablo, creía que los curas y los obispos eran tan capaces de cometer asesinatos como cualquier seglar. Finalmente, estaban los barones. Corbett había oído rumores acerca de unas conspiraciones y reuniones secretas de los barones, firmemente decididos a oponer resistencia a las exigencias de Eduardo de que lo acompañaran al extranjero.

Corbett dejó que las preguntas se arremolinaran en su mente y volvió una vez más al vago recuerdo de algo que había visto en el altar. Tenía que concentrarse en aquella cuestión, pues estaba seguro de que, si tratara de hacer memoria, al final lograría

recordar lo que era. Por consiguiente, cuando Ranulfo regresó, Corbett le dijo que fuera a San Pablo y le pidiera al canónigo *sir* Philip Plumpton que, por orden del rey, se reuniera con su amo en el altar mayor de la catedral una vez terminado el rezo de nona. Después, Corbett redactó una breve carta al rey, describiéndole todo lo que había hecho y confesando que, hasta el momento, no había conseguido avanzar demasiado en sus investigaciones. Confiaba en que el rey no se encontrara en Westminster cuando llegara el mensaje. De este modo, dispondría de un poco más de tiempo, pues, en caso de que no estuviera satisfecho, el rey se limitaría a enviarle una lacónica orden, instándole a presentarle los resultados de su duro esfuerzo.

El escribano se pasó el resto de la tarde en su habitación, repasando todos los detalles y los datos que había reunido acerca de la muerte de De Monfort. Estaba nervioso y de buena gana hubiera salido a la calle de no haber sido por la fría bruma que se filtraba a través de las rendijas y los resquicios de los postigos. Por consiguiente, se quedó en casa calentándose junto al brasero y aprovechó para escribirle un breve mensaje a Maeve en el que le decía que la echaba mucho de menos y esperaba poder reunirse con ella en primavera. Y añadía en tono jocoso que hubiera deseado calentar su corazón y su alma con el fuego del amor de Maeve, confiando en que la frase no sonara tan rebuscada como parecía.

Ranulfo regresó, anunciando que tenía que volver a salir. Corbett asintió con aire ausente y lo dejó ir. En cuanto su criado bajó a la calle, Corbett sacó su flauta, pero solo tocó unas cuantas notas antes de arrojarla sobre la cama. Abrió el arcón que había a los pies de la cama y sacó una bolsita de cuero. Dentro guardaba la carta que Maeve le había escrito unos cuatro meses atrás. La vitela blanco marfil estaba empezando a amarillear, pero la caligrafía seguía siendo tan firme, redondeada y bien dibujada como la de un amanuense. Las vacilantes frases parecían un reflejo de la pasión que ambos sentían el uno por el otro.

Mi queridísimo Hugo:

Los asuntos en Gales y en los alrededores del castillo de Neath todavía no se han resuelto. Mi tío ha caído enfermo y está en cama. Sigue siendo tan buen actor como él mejor cómico de la legua. La campiña está adquiriendo un color amarillo dorado, pues el verano ya termina y empieza el otoño. Qué extraño que en esas épocas del año las separaciones de los enamorados sean más amargas que nunca. Cada día y a cada hora pienso en tu rostro y desearía besar tu boca y tus ojos. Tendrías que sonreír un poco más, mi severo escribano, pues el sol sale y se pone sin tu permiso. Las sombras de tu mente son como el polvo que cubre las hojas o como el viento a través de los árboles. Y, sin embargo, yo sé que vives constantemente al borde de las tinieblas. Pronto terminará la noche, yo estaré contigo y el sol brillará eternamente. Ansío tus caricias. Dios te guarde.

Tu enamorada, Maeve

Corbett lanzó un suspiro, volvió a enrollar la carta y la guardó en la bolsita. Sonrió pensando que debía de haber leído aquella carta por lo menos dos veces al día. Oyó el aullido del viento en el exterior y pensó que ojalá terminara el duro invierno y Maeve pudiera reunirse con él. Una llamada a la puerta lo sobresaltó. Deslizó la mano bajo el travesero de la cama y sus dedos rozaron el frío puño de la daga que allí guardaba.

—Adelante —dijo en tono cortante.

La puerta se abrió y apareció Ranulfo con el cabello mojado y una magulladura bajo el ojo izquierdo. Sostenía en sus brazos un bulto que acunaba torpemente cual si fuera un pesado fardo.

—¡Adelante! —repitió Corbett en tono irritado.

Ranulfo, con el rostro muy pálido y los ojos empañados como si acabara de contemplar una horrible visión, entró lentamente en la estancia cual si fuera un sonámbulo. Sin pronunciar ni una sola palabra, extendió las manos, ofreciéndole el fardo.

—Es un niño —musitó—. Un niño.

Corbett apartó el borde del sucio chal y se quedó tan asombrado de lo que vio que no tuvo más remedio que estallar en una sonora carcajada y dejarse caer en la cama. El niño, molesto por haber sido despertado de una manera tan desconsiderada, parpadeó, abrió los ojos y soltó un fuerte berrido. La sonrosada carita se arrugó en una máscara intensamente colorada y los diminutos puños se acercaron al pecho mientras la criatura daba rienda suelta a toda su furia. Su llanto despertó a Ranulfo de su estupor. Este, con los brazos colgando a los lados, apoyaba alternativamente el peso del cuerpo en uno y otro pie, con el rostro contraído en una mueca de horror. Corbett reprimió la risa mientras acunaba suavemente al niño en sus brazos. La criatura frunció los labios, dejó de berrear y miró inquisitivamente al escribano como si esperara una recompensa a cambio de su silencio. Corbett le dio unas rápidas instrucciones a Ranulfo, el cual bajó a la despensa del piso de abajo, de donde volvió a subir con un cuenco de leche caliente y un limpio lienzo de lino. Corbett tomó el lienzo, lo empapó en la leche y la ofreció a la saludable criatura, la cual la empezó a sorber ruidosamente.

—No irás a decirme ahora que no es tuyo, Ranulfo —dijo, estudiando la pelusa de cabello rubio arena, la pequeña hendidura de la barbilla y el hoyuelo de la mejilla izquierda.

Si Corbett se hubiera cruzado con el niño en la calle, habría comprendido inmediatamente que era hijo de Ranulfo. Le pidió a su criado que llenara dos copas de vino mientras la criatura seguía chupando el trapo empapado de leche. En cuanto hubo tomado unos cuantos sorbos de vino, el estupefacto progenitor se calmó un poco y estuvo en condiciones de explicar lo ocurrido. Había salido a divertirse un poco por la noche, pero, por desgracia, el padre y el hermano mayor de una de sus primeras conquistas lo estaban esperando. Enseguida se produjo un violento altercado, en cuyo transcurso Ranulfo recibió un fuerte golpe en el rostro. Después, el

padre y el hermano arrojaron a su retoño en sus brazos sin el menor miramiento. El criado miró con expresión temerosa a su amo.

—¿Qué vamos a hacer ahora, amo mío?

Corbett reparó en el plural y miró enfurecido a su criado. Algún día, cuanto antes mejor, tendría que hablar muy en serio con aquel joven que amenazaba con convertir su casa en un orfanato. El «pequeño Ranulfo», contrariado porque ya había chupado toda la leche del lienzo, empezó a mirar a su alrededor como si buscara el origen de su malestar. Corbett se apresuró a volver a empapar el trapo de leche y lo introdujo en la boca abierta de la criatura. El «pequeño Ranulfo» lo agarró con fuerza y empezó a chupar con tanto entusiasmo como un cachorrillo.

El progenitor, que ahora ya contemplaba con visible orgullo a su vástago, se acercó un poco más a él.

—¿Qué vamos a hacer, maese Corbett?

Corbett depositó suavemente a la criatura en brazos de Ranulfo y, levantándose, se dirigió a un arcón. Lo abrió, sacó una bolsa de monedas y la depositó en la mano de su criado. Después tomó una bandeja de escritura y garabateó una apresurada nota, la selló y se la entregó a Ranulfo.

—Mira —le dijo—, ni tú ni yo podemos atender a este niño. ¿Ya está bautizado?

Ranulfo asintió con la cabeza esbozando una radiante sonrisa de satisfacción.

—Tú que no sabes cuidar de ti mismo mal podrías cuidar a una criatura. Bien sabe Dios que seguramente perderías al niño la primera vez que lo sacaras a la calle. Llévale esta nota a Adam Fenner, un mercader de tejidos de la calle del Pabilo. Él y su mujer llevan mucho tiempo deseando tener un hijo. Lo cuidarán, le facilitarán todo lo necesario y lo mimarán con su cariño y afecto. Y dejarán que lo veas siempre que lo desees. ¿No te parece que tengo razón? —preguntó, mirando tristemente a Ranulfo.

Este asintió con la cabeza y parpadeó repetidamente para evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos. Después tomó en sus brazos la suave carga.

—Lo voy a rebautizar con el nombre de Hugo —anunció, abandonando silenciosamente la estancia. Corbett oyó sus fuertes pisadas en la escalera y desesperó en su fuero interno de que algún día Ranulfo pudiera enmendarse, pues el mozo tenía una innata inclinación a cometer diabluras de todo tipo. Se estremeció al pensar que ahora padre e hijo se encontraban bajo su responsabilidad. De repente, sonrió imaginándose lo mucho que se iba a reír Maeve en cuanto se enterara de la noticia y lo que se divertiría tomándole el pelo sin piedad a Ranulfo.

Pensó que ojalá pudiera cuidar de la criatura o regresar a su puesto en la Cancillería hasta que llegara Maeve, haciendo su trabajo de todos los días en lugar de tener que recorrer la cloaca de las ambiciones humanas, la codicia, la lujuria y el asesinato que rodeaban la muerte de De Monfort. Al final, exánime de cansancio, se quitó las botas y se tendió en su cama, donde contempló la oscuridad y esperó el regreso de su criado, fingiendo estar dormido cuando Ranulfo levantó la aldaba de la

puerta de su dormitorio y entró sigilosamente. Tomando una capa que había encima de un banco, el criado la extendió cuidadosamente sobre su amo y, apagando la vela, abandonó de puntillas la habitación. Corbett esbozó una triste sonrisa. Conocía a Ranulfo y Ranulfo le conocía a él. Su criado sabía muy bien que él nunca se quedaba dormido con la vela encendida, pero ambos fingían. Corbett se preguntó qué otras facetas de su vida debían de ser también una ficción. ¿Siempre tendría que hacer lo mismo? Al final, su mente se cansó de dar vueltas, perseguir sombras y buscar recuerdos y se sumió en un agitado sueño.

A la mañana siguiente, arrepintiéndose de su pereza de la víspera, se levantó y empezó a hacer cosas. Despertó a Ranulfo y lo envió a Westminster con dos cartas: la primera para el rey y la segunda para que un mensajero real se la entregara a Maeve en el transcurso de las semanas siguientes. Después ordenó a Ranulfo que se reuniera con él en el Estandarte de Cheapside y, mientras su criado bajaba a toda prisa la escalera, decidió dedicar su atención a otras tareas. Tenía que comprar provisiones y resolver otros asuntos. Al final, tras haberse vestido y haber tomado sus armas, se arrebujó en una gruesa capa militar, bajó y salió a la calle del Pan.

La ciudad seguía cubierta por una densa bruma que convertía a las figuras de los viandantes en una especie de fantasmas de un sueño. El suelo aún estaba helado y era tremendamente resbaladizo. Decidió caminar por el centro de la calle para que no le cayera encima ninguno de los grandes trozos de nieve que aún se estaban desprendiendo de los tejados de las casas, procurando al mismo tiempo no resbalar y caer al interior del albañal que discurría por la calzada. Muy pronto descubrió que el simple hecho de caminar era una empresa altamente arriesgada. Se detuvo para ayudar a levantarse a la rolliza esposa de un mercero que había resbalado y caído de espaldas, con una expresión de absoluta perplejidad en el rostro. Si Corbett no la hubiera ayudado, la pobre se habría pasado todo el santo día sentada allí entre las burlas de los pilluelos. Salió a Cheapside y, girando a la derecha, entró en la iglesia de Santa María Le Bow.

Recordó el período en que la iglesia tenía las puertas y las ventanas cubiertas de zarzas y el pórtico principal estaba atrancado. El arzobispo de Canterbury había excomulgado el templo por haber sido el centro de reuniones de una secta satánica que conspiraba contra el rey. Corbett lo recordó mientras entraba en la iglesia y recordó también a Alicia, que era la cabecilla de la secta y de quien él se había enamorado perdidamente. Evocó su moreno rostro y su misteriosa mirada y experimentó una punzada de dolor al comprender que el paso de los años no había conseguido sanar aquella herida. Ahora Santa María era otra cosa: limpia, recién pintada, con un nuevo párroco y una escuela oficialmente reconocida. La iglesia era su parroquia y, de hecho, él pertenecía a su hermandad del Corpus Christi, una asociación de regidores, merceros, mercaderes y comerciantes que se dedicaba a actividades sociales y religiosas. Corbett pagaba una cuota cada año para que un cura de la capellanía cantara misas por el eterno descanso de las almas de su mujer y su

hija y, aunque nadie lo supiera, también por el alma de Alicia de Bow, la organizadora de la secta satánica.

Corbett intercambió unas palabras con el sacerdote, comprobó que todo iba bien e intervino en una breve discusión con uno de los regidores del barrio. Londres estaba dividido en barrios, doce en total, cada uno de ellos con un regidor que supervisaba casi todas las actividades profanas y religiosas de su correspondiente distrito. Todos los habitantes del barrio tenían que pagar un tributo. Corbett, a pesar de que hubiera podido permitirse el lujo de pagarlo, siempre se resistía a hacerlo, pues, en virtud de una ordenanza real, los escribanos, al igual que los caballeros y los escuderos, estaban exentos de aquel pago. Pero el regidor insistía en que Corbett pagara por Ranulfo y el escribano se negaba, alegando que Ranulfo era un estudiante de Derecho y como tal también estaba exento del pago. Al final, el regidor tuvo que darse por vencido muy a su pesar. Sin embargo, Corbett no había añadido que los conocimientos jurídicos de Ranulfo se referían más bien al quebrantamiento de las leyes que a su observancia. También olvidó mencionar la nueva aportación que Ranulfo acababa de hacer al barrio.

## Capítulo XIII

Cuando salió de Santa María Le Bow y bajó por Cheapside para dirigirse al Gallinero, Corbett observó que la ciudad trataba de recuperarse de los efectos del mal tiempo. Al parecer, los tribunales habían estado muy ocupados. Una fila de delincuentes y de prostitutas, todas ellas con sus capirotos a rayas y sus varitas blancas, estaba siendo conducida a la prisión del Tonel en Cornhill. Los cepos también estaban llenos de panaderos y pescaderos, bajo cuyas narices se estaban cocinando sus pestilentes productos. Un hombre acusado de difamación llevaba colgada alrededor del cuello una piedra de afilar y un letrero en el que se le calificaba de falso y embustero para que todo el mundo pudiera burlarse de él.

Al ver a las rameras, Corbett recordó a Abigail, la mujer que vivía en la casa de De Monfort en la calle del Pabulo. Se preguntó una vez más si ella habría tenido alguna parte en el asesinato. La mujer estaba presente en la misa y De Monfort, que no era precisamente la personificación de la bondad, la había amenazado con el insulto público; cualquier prostituta que hubiera sido declarada culpable en tres ocasiones podía ser azotada en público desde la prisión hasta las murallas de la ciudad y ser obligada a abandonarla para siempre. Corbett rechazó aquella posibilidad, pues, si se hubiera conocido la relación de De Monfort con una cortesana, este también habría sido conducido a la prisión del Tonel en Cornhill, donde hubiera tenido que permanecer todo el día, expuesto a las burlas de los viandantes. Se detuvo para contemplar el caos que se había producido alrededor de un enorme carromato que acababa de volcar, derramando todos sus productos sobre el resbaladizo y cenagoso suelo. La confusión que tenía ante sus ojos parecía un fiel reflejo de lo que estaba ocurriendo en su mente. ¿Qué razón hubiera podido inducir a un hombre como De Monfort a poner en peligro todas sus posesiones, regentando un burdel? Si semejantes hechos hubieran llegado a conocimiento público, De Monfort habría caído en desgracia. A lo mejor, la explicación se tenía que buscar en la frustración de la arrogancia; a lo mejor, tras haber alcanzado la cima de su carrera, De Monfort creía poder hacer cosas que les estaban vedadas a otras personas y muy especialmente a los sacerdotes.

Corbett encontró a Ranulfo esperándole y le dio dinero para que fuera a comprar la comida que necesitaban mientras él se dirigía al establecimiento de su banquero, el orfebre Gisors, un lugar cuya sencillez contrastaba con las inmensas riquezas de su propietario. Una vez dentro, Corbett contempló los cofres de cuero cuidadosamente ordenados y los rollos de pergamino debidamente etiquetados en los que estaban anotados los nombres de los clientes de Gisors y los de las personas a quienes el orfebre había prestado oro y los intereses de los distintos préstamos. A pesar de la condena de la Iglesia contra la usura, la actividad bancaria y los depósitos de dinero eran el negocio más próspero de la capital. El orfebre saludó a Corbett con su habitual servilismo. El escribano era un cliente muy apreciado, de los que

depositaban dinero y oro y raras veces los retiraban. Aquella mañana, sin embargo, Corbett lo decepcionó. Por regla general, el escribano solía pasarse un buen rato conversando con él y contándole los chismorreos de los tribunales y de la corte, una información que, a pesar de su insignificancia, era siempre provechosa para Gisors. Aquella mañana el escribano se mostró muy lacónico y distante; explicó lo que quería y, en cuanto Gisors hubo contado el dinero y lo hubo introducido en una bolsita de cuero, tomó la bolsa, dio las gracias en voz baja y abandonó la tienda.

Después desayunó en la taberna, donde Ranulfo se reunió con él tras haberse pasado una hora comprando todas las provisiones que necesitaban. El criado le devolvió a Corbett las pocas monedas de plata que le habían sobrado.

—¿Eso es todo? —preguntó Corbett.

—Sí, amo mío.

Corbett soltó un gruñido. Estaba tan ocupado con el asunto que se llevaba entre manos y con otras cuestiones de los tribunales que había olvidado vigilar su propio dinero. Había olvidado que los rigores del invierno habían provocado una tremenda subida del precio de los productos. Dos hogazas de pan costaban un penique, pero ahora su precio se había duplicado; lo mismo se podía decir de las verduras, la carne, el vino y cualquier otra cosa que se transportara desde el campo a la ciudad. Cuando Ranulfo terminó de comer, abandonaron la taberna y subieron por Cheapside hacia San Pablo. La niebla empezaba a disiparse y ya había bastante gente en el mercado. Tan enfrascado estaba Corbett, pensando en su inminente reunión con Plumpton mientras escuchaba a medias las protestas de Ranulfo por la subida del precio de las cosas, que ni él ni su criado repararon en un joven de ojos oblicuos, rostro picado de viruela y grasiento cabello largo que, vestido completamente de negro, les había estado siguiendo como un pájaro de mal agüero desde que salieran de la taberna. El desconocido los estuvo vigilando hasta que entraron en el recinto de San Pablo. Entonces sonrió y, asintiendo con la cabeza con semblante satisfecho, se retiró.

En el patio, Corbett se detuvo para que Ranulfo pudiera ver el final de un misterio religioso. El escenario estaba montado sobre una especie de armazón de dos pisos, el inferior de los cuales era el vestuario de los actores mientras que el superior se destinaba a la representación propiamente dicha. El escenario y su brillante telón de fondo, que representaba la entrada del infierno con sus grotescos demonios, estaban rematados por una tosca techumbre y un grifo plateado, el fabuloso animal medio águila y medio león. Estaban escenificando la Pasión. El actor que interpretaba a Jesucristo, con una túnica blanca y la cabeza cubierta por una trenzada peluca plateada, suscitaba murmullos de simpatía entre el público mientras que Poncio Pilato, con su túnica de color púrpura y su peluca pelirroja, era objeto de toda suerte de burlas, silbidos e incluso alguna que otra pedrada. Ranulfo hubiera querido quedarse un poco más, pero Corbett, cansado de la representación y temiendo la acción de los ladrones a los que había reconocido entre la multitud (a uno de ellos lo recordaba de un juicio que se había celebrado meses atrás), tiró de Ranulfo y lo

empujó hacia la puerta de la catedral. La nave del templo estaba llena de gente: vendedores de pergaminos, escribientes profesionales, abogados que conversaban a voz en grito y criados a la espera de que alguien los contratara. Corbett y Ranulfo se abrieron paso entre ellos para dirigirse al coro; el olor del sebo de las velas y del incienso le dijo a Corbett que el rezo de nona acababa de terminar.

Encontraron a Plumpton en la sacristía. El cura no parecía de muy buen humor y contestó con muy malos modos a la petición de Corbett.

—Pero ¿qué es lo que queréis ahora, hombre? ¿Que vuelva a poner el altar tal como estaba? —replicó casi a punto de negarse a hacerlo.

—Os recuerdo una vez más —le advirtió Corbett— que no lo hago por gusto ni por afán de imponeros mi autoridad. Cumplo simplemente los deseos de Su Majestad. Os agradecería, *sir Philip*, que tuvierais la bondad de hacerlo ahora mismo.

Corbett salió de la sacristía y se sentó en el presbiterio mientras Plumpton, con la ayuda de varios criados, retiraba el verde lienzo bordado en oro y colocaba en el altar todos los objetos que solía haber al término de la misa.

—*Sir Philip* —dijo Corbett, levantando la voz—, no quiero que lo dispongáis como si la misa estuviera a punto de empezar sino tal como vos lo recordáis cuando retirasteis los objetos al terminar la misa.

*Sir Philip* le miró enfurecido y asintió con la cabeza. El clérigo tardó un ratito, pero, poco a poco, fue entrando en situación y sacó las vinajeras con el agua y el vino, dos vasijas de cristal con unos racimos de oro en los tapones, cada una de ellas sobre un platito de plata maciza. Después colocó los lienzos de lino que utilizaban los sacerdotes para limpiar el cáliz y secarse los dedos e incluso esparció unas cuantas obleas sin consagrar.

Corbett se dio por satisfecho y subió al altar para examinarlo todo. Pidió que se encendieran las velas para que quedara debidamente iluminado y se situó en el lugar que ocupaba De Monfort y que él también había ocupado al examinar los objetos del altar en nombre del rey. Allí estaban el cáliz de De Monfort con el vino brillando bajo la luz de las velas y las vinajeras en un extremo, una de ellas, la del agua, con tres cuartas partes de agua y la del vino completamente vacía.

—¿Habéis olvidado poner el vino? —preguntó Corbett.

Plumpton sacudió la cabeza.

—No, la vinajera estaba vacía al finalizar la misa. Lo recuerdo porque no fue necesario tirar el vino.

Corbett asintió con la cabeza. Algo fallaba, algo que él no conseguía identificar. El estómago se le encogía a causa de la emoción. Volvió a mirar, tratando de fijar en su mente la escena del altar como si estuviera contemplando un cuadro o una vidriera de colores que deseara grabar en la memoria por sus especiales características o su belleza sin igual.

—*Sir Philip* —dijo al final—, os doy las gracias. No consigo encontrar la solución. Puede que vos la encontréis —añadió, dando media vuelta para salir de San

Pablo.

Eran las primeras horas de la tarde, la niebla no se había disipado por completo durante el día y ahora volvía a condensarse. La representación del patio de la catedral ya había terminado y el mercado de Cheapside estaba a punto de cerrar. Por su parte, los mercaderes estaban colgando en el exterior de sus casas las obligatorias linternas de cuerno. Ya solo quedaban los mendigos y los que se dedicaban a recoger las sobras de las actividades comerciales de la jornada. Pasaron unos jinetes, los cascos de cuyos caballos estaban rompiendo y desintegrando el hielo del suelo que pisaban. Corbett estuvo a punto de resbalar y, de repente, se dio cuenta de que Ranulfo no estaba a su lado. Había entrado con él en la catedral, pero, como de costumbre, había decidido ir a divertirse un poco. Corbett se encogió de hombros. Estaba hambriento y se compró una empanada en una tahona, pero, tras tomar un par de bocados, la arrojó al suelo, pues la carne estaba un poco pasada y ni siquiera las especias lo podían disimular. Entró en la taberna de la esquina de la calle del Pan y se sentó junto a la chimenea para entrar en calor mientras se tomaba un cuenco de sopa. Procuró no prestar atención a los grumos de grasa que nadaban entre la verdura y la carne y se tomó tres jarras de caliente cerveza de Londres con especias. Salió de nuevo a la calle, hizo aguas menores en el arroyo y, doblando la esquina, bajó hacia su casa.

Estaba acostumbrado a la violencia; había combatido en Escocia y Gales y había sido víctima de emboscadas, pero el ataque de aquella noche fue el más repentino y salvaje que jamás hubiera sufrido en su vida. Estaba procurando no resbalar sobre el hielo y no acercarse demasiado al albañal que discurría por el centro de la calle cuando una figura vestida de negro salió inesperadamente de un portal. Si no hubiera visto el brillo del acero, la espada le habría cercenado la cabeza de un curvado tajo. Pero consiguió esquivarla y apartarse de un salto. Resbaló sobre el hielo y cayó, revolviéndose mientras su asaltante, con los ojos ardiendo de furia a través de los orificios de su negro capuchón, levantaba la espada para asestarle un segundo golpe. Con las piernas enredadas en la capa y sin posibilidad de extraer la espada por encontrarse esta girada hacia abajo, Corbett se deslizó rápidamente hacia atrás como un niño que quisiera escapar de su enfurecido progenitor. Notó que su mano resbalaba hacia el albañal mientras su verdugo-asesino seguía avanzando con la espada en alto, tratando de buscar un punto donde asestarle el golpe mortal. Corbett no sabía qué hacer, pues no estaba ni siquiera en condiciones de pensar. Se había quedado paralizado, contemplando aquellos siniestros ojos y la curva de la espada detrás de la cabeza de su agresor. Sabía que este no era un vulgar matón callejero ni un delincuente de poca monta sino un auténtico asesino; los gestos del hombre eran tan rítmicos y pausados como los de un bailarín que hubiera decidido tomarse las cosas con calma. ¿Por qué no? Las calles estaban desiertas, todo estaba envuelto en las sombras, ¿y a quién le hubiera importado que un hombre lo bastante estúpido para salir solo a aquellas horas del anochecer sufriera un ataque? Corbett trató de pedir socorro, pero tenía la boca seca y la voz se le quedó atascada como un trozo de

comida sin masticar en la garganta. Buscó la daga en su cinto y la extrajo de la vaina, pero solo consiguió seguir resbalando sobre el helado suelo. Levantó los ojos desesperado mientras el desconocido, con las piernas separadas, se disponía a descargar la espada sobre él para asestarle el golpe definitivo. El asesino se adelantó. De repente, echó la cabeza hacia atrás y, arrugándose como un trozo de tela suelta, cayó de rodillas mientras la espada se le escapaba de la mano y su cabeza se inclinaba hacia adelante sobre su pecho. El asesino tosió y, doblándose hacia un lado, se acurrucó en el suelo como un niño a punto de quedarse dormido. Corbett levantó la mirada y vio a Ranulfo con los pies separados y una radiante sonrisa en los labios, sosteniendo en la mano una larga daga ensangrentada hasta el puño.

—¡Pero hombre de Dios —exclamó Corbett en tono irritado—, ni siquiera te he oído llegar!

Ranulfo se encogió de hombros y se agachó para limpiar la daga con la capa del asesino muerto.

—Nunca lo entenderé, maese Corbett —dijo el criado—, cuando estoy con vos, apenas me dirigís la palabra. Siempre tenéis motivos para regañarme. ¿Acaso hubierais preferido que llegara más tarde?

—¿Dónde te habías metido? Es un milagro que hayas vuelto —contestó Corbett en tono mordaz, tratando de disimular el miedo.

—Delante de la catedral —contestó Ranulfo, levantando la voz—. Fui a ver el misterio, os vi desaparecer doblando la esquina y os seguí. Estaba a punto de daros alcance cuando vi a este hombre. —Ranulfo rozó el cadáver con el pie—. Le vi aparecer como por arte de ensalmo. Observé que os seguía y decidí quedarme un poco rezagado para ver qué ocurría. Lo demás ya lo sabéis.

Corbett miró con una sonrisa a su criado.

—Te lo agradezco en el alma, Ranulfo. Te pido perdón por haberme enfadado contigo.

Pero Ranulfo seguía sin querer ablandarse.

—Esperé. En cuanto se volvió de espaldas, todo fue muy fácil. No me oyó acercarme —añadió con orgullo—. Y vos tampoco, ¿verdad?

—No, yo tampoco, Ranulfo —contestó Corbett sonriendo—. Jamás me había alegrado tanto de verte. Vamos, ayúdame a levantarme.

Ranulfo ayudó a su amo, sacudiéndole enérgicamente el polvo de la parte posterior de la capa con la mano, como si disfrutara soltándole manotazos.

—Gracias, Ranulfo. Es suficiente.

Corbett se agachó al lado del asesino, le dio la vuelta para colocarlo boca arriba y le quitó el capuchón. Jamás había visto a aquel hombre de ojos desorbitados, rostro cetrino, cabello grasiento y cara picada de viruelas. Un sicario. En Londres los había a montones, antiguos soldados, veteranos de las guerras, hombres dispuestos a cometer un asesinato a cambio de una bolsa de monedas de plata.

Corbett se levantó.

—Ahora ya estoy bien, Ranulfo. Será mejor que vayas a ver al regidor. Dile lo que ha ocurrido. Dile que, si tiene alguna pregunta que hacer, que se la haga al rey, pero pídele que envíe a unos hombres a recoger el cadáver.

Ranulfo no necesitó que su amo le repitiera dos veces la orden. No podía perder una oportunidad de echarle un sermón a aquel orondo y presumido regidor cuya joven esposa tanto le gustaba. A pesar del resbaladizo hielo, el criado bajó corriendo por la calle del Pan para salir a Cheapside. Cuanto antes terminara la tarea, tanto antes podría ir a visitar a su hijo.

Corbett subió a su habitación y se llenó una copa de vino. Después se sentó en el borde de la cama y, sosteniendo la copa con ambas manos, empezó a tomar unos buenos tragos para dominar el temblor de su cuerpo y calmar la agitación de su estómago. Temía marearse y tener que vomitar a causa de la mezcla de alivio y temor que le había producido aquella inesperada liberación de la muerte. Cayó la noche y el escribano, ahora temeroso de la oscuridad, encendió unas velas, volvió a llenarse la copa y trató de ordenar sus pensamientos. Estaba claro que alguien había enviado al asesino, sin duda uno de los clérigos de San Pablo. Corbett comprendió que debía de estar muy cerca de la solución del misterio, pues, de otro modo, no le hubieran enviado al sicario. Se preguntó una vez más qué era lo que había averiguado y qué interpretaba erróneamente. Contempló la copa e hizo girar el vino de su interior con aire ausente. De repente, como una flecha disparada en la oscuridad, Corbett comprendió qué detalle se le había pasado por alto. Estaba tan emocionado que se volvió a llenar la copa, tomó cinco o seis tragos e hizo girar las heces del fondo por el interior de la copa antes de volverla a llenar. Ahora recordaba lo que había visto en el altar mayor el día en que murió De Monfort y también la mancha de la capa consistorial del armario de la sacristía. Le hubiera gustado regresar a San Pablo, pero comprendió que las personas a las que quería interrogar probablemente ya se habrían marchado. Además, los rápidos tragos de vino que se había tomado le estaban empezando a surtir efecto. Se sentía cansado y soñoliento, por lo que apagó la vela, cerró la puerta y permaneció sentado en la oscuridad, tratando de calmar los violentos latidos de su corazón.

En San Pablo, *sir* Philip Plumpton también estaba nervioso. La cosa había empezado mientras participaba en el rezo de vísperas en el coro. Estaba entonando los versículos responsoriales con los demás canónigos, dejando que su mente regresara a los acontecimientos de aquel día. Miró hacia el presbiterio, recordando cómo había colocado el cáliz, las patenas, los ostensorios, las vinajeras y las velas, tal como le había ordenado Corbett. Recordaba todos los detalles y la disposición de los distintos objetos del altar después de la muerte de De Monfort. Esa era su tarea y él estaba orgulloso del cuidado con que lo había colocado todo para satisfacer las exigencias de aquel mojigato escribano. Incluso los detalles más insignificantes como las vinajeras. *Sir* Philip interrumpió bruscamente su distraído canto. No, había olvidado algo. Emitió un jadeo de asombro.

—No —musitó—. Estaba exactamente igual que la mañana en que murió De Monfort, pero no hubiera tenido que estar de aquella manera. ¡Ni hablar!

La emoción de *sir Philip* fue tan grande que el libro donde estaba leyendo las respuestas se le cayó al suelo y, mirando con expresión de disculpa a su alrededor, se agachó a recogerlo. Siguió participando en el oficio divino, pero con los pensamientos puestos en el fallido plan del asesino. ¿Se habría dado cuenta Corbett? Y si se lo dijera al escribano, ¿qué ocurriría?

Durante la comida en el refectorio de la sala capitular, su emoción fue tan grande que apenas pudo probar bocado. Estaba tan nervioso y alterado que no quiso comer, pero bebió con avidez, lo cual despertó la curiosidad de sus compañeros. Sin embargo, él se negó a satisfacerla. Participó en el rezo de completas deseando terminar cuanto antes, y no se quedó un rato en el templo, tal como tenía por costumbre hacer, para rezar y reflexionar acerca de los acontecimientos de la jornada. *Sir Philip* no era un mal hombre, pero siempre tenía prisa y aquella noche más que de costumbre. Solo en su cámara, todavía obsesionado con su descubrimiento, oyó una llamada a la puerta.

—Adelante —contestó, volviéndose de nuevo de cara al escritorio donde se disponía a anotar por escrito sus pensamientos en un trozo de pergamino.

Si *sir Philip* hubiera vuelto la cabeza, puede que hubiera vivido. Pero estaba tan enfrascado en sus propios pensamientos que permitió la entrada del intruso en su cámara, dejando que la muerte colocara un cordel alrededor de su cuello y tirara con fuerza. Tras unos pocos segundos de jadeos y estertores, la vida de *sir Philip* se extinguió con la misma rapidez y facilidad con que el asesino se humedeció los dedos con saliva y apagó las velas de la cámara.

## Capítulo XIV

A la mañana siguiente, Corbett se levantó muy temprano. Los temores, inquietudes y temblores de la víspera ya estaban olvidados. El vino le había calmado los nervios y él estaba más decidido que nunca a resolver de una vez por todas el misterio de la muerte de De Monfort. Era algo que colgaba de su cuello como una piedra de amolar y estaba furioso por el hecho de que su ceguera lo hubiera mantenido atrapado como un delincuente en los cepos. Despertó al adormilado Ranulfo, le preguntó qué había hecho la víspera y se cercioró de que la guardia del barrio hubiera sido informada de la muerte del asesino y de que el cadáver ya hubiera sido retirado. Corbett ordenó a su criado que lo acompañara a San Pablo y, sin prestar atención a sus murmullos y protestas acerca de la negra ingratitud de ciertos amos, sobre todo si estos eran escribanos de alto rango de la Cancillería, lo empujó hacia la puerta. Ranulfo se quejó por lo bajo, alegando que ni siquiera había desayunado, por lo que se detuvieron en el tenderete de una tahona y compraron una hogaza recién hecha que Corbett depositó en las manos de Ranulfo, diciéndole que se la comiera por el camino.

La niebla de la mañana se estaba empezando a disipar y unos débiles rayos de sol dejaban sentir su presencia cuando ambos entraron en el desierto patio de San Pablo. La catedral estaba cerrada, pero en la sala capitular reinaba un gran alboroto.

El escocés Ettrick les informó solemnemente de lo ocurrido. Los canónigos se habían levantado al amanecer para cantar el oficio divino y se habían enterado de la terrible noticia del brutal asesinato de *sir Philip Plumpton*, todavía con la cuerda de su estrangulamiento alrededor de la garganta. Corbett cerró los ojos y murmuró una oración por el alma del orondo y estúpido sacerdote que ahora ya se habría reunido con su Creador y dejó que el escocés lo acompañara a la cámara del difunto clérigo situada en el piso superior de la sala capitular. El escribano examinó por encima el cadáver del pobre Plumpton: el cura tenía los ojos enormemente abiertos, pues nadie se había tomado la molestia de borrar el horror y el espanto de la muerte. Corbett se santiguó y, volviendo la cabeza, le preguntó a Ettrick si podía interrogar a ciertas personas del servicio. Desechó las protestas del escocés, insistiendo en que el interrogatorio era esencial y se tenía que llevar a cabo de inmediato. Esperaba en su fuero interno no estar hablando con el asesino, aunque, en caso de que así fuera, ello solo serviría para precipitar los acontecimientos y tal vez obligarlo a salir de su escondrijo.

Las personas en cuestión fueron conducidas a su presencia e interrogadas sin compasión. Corbett se remontó a los días posteriores a la muerte de De Monfort. ¿Quién se había puesto en contacto con ellas? ¿Quién les había encomendado las tareas? Finalizado el interrogatorio, Corbett les dijo que abandonaran la catedral y no regresaran hasta pasados cuatro días por lo menos. Después les entregó tres monedas de plata para comprar su silencio y conseguir que abandonaran de inmediato el

recinto de la catedral. Tras lo cual, salió discretamente de San Pablo en compañía de Ranulfo y se dirigió con él a una cercana taberna. Armado con su espada, su daga y una fina cota de malla oculta bajo la túnica, el escribano confiaba en que el asesino de De Monfort no hiciera tan pronto un segundo intento de asesinarlo tras haber fallado la primera vez. Si no se apartaba de la gente y evitaba los lugares solitarios, estaría a salvo. Una vez en la taberna, sorprendió a Ranulfo con su generosidad, pidiendo la mejor comida y la mejor cerveza que pudieran servirles. En cuanto el criado hubo comido, Corbett le dijo que fuera en busca de algún joven amigo suyo y se lo llevara a la taberna cuanto antes. Ranulfo miró extrañado a su amo. Estaba a punto de protestar, pero un solo vistazo al severo rostro y la dura mirada de Corbett le hizo comprender que todo sería inútil.

El escribano tuvo que esperar por lo menos dos horas el regreso de Ranulfo. Este se presentó con un joven de aspecto aceptable para los fines que Corbett se proponía. El muchacho dijo llamarse Ricardo Tallis, pero Corbett recibió con indiferencia sus amistosos saludos e inmediatamente le encomendó un recado: debería dirigirse a la catedral de San Pablo, buscar a cierto clérigo que él le nombró y preguntarle si, antes de vísperas, sería tan amable de escuchar en confesión a una persona que creía haber cometido un terrible pecado y solo se lo quería confesar a él. Tallis le miró sorprendido y Corbett temió que se negara a cumplir el encargo, pero, al ver que este le entregaba un par de monedas de oro, Ricardo prometió hacer todo lo posible. Si no le comunicara otra cosa, todo se desarrollaría según lo previsto.

Corbett se pasó el resto de la tarde en la taberna, volviéndose a llenar la copa de vez en cuando mientras repasaba todo lo que había averiguado en los últimos días. Creía haber descubierto al asesino de De Monfort, el presunto regicida, el asesino de Plumpton y el hombre que la víspera había intentado matarle a él por mediación de otro. Estaba más satisfecho que nunca de haber descubierto la verdad, pero creía que sería inútil enfrentar al culpable con las pruebas. Mejor que el hombre confesara su culpa y tuviera su merecido.

Las horas se le hicieron muy largas, hasta que, al final, pensó que ya había llegado el momento de regresar a San Pablo. Y le pidió a Ranulfo, que se había pasado la tarde yendo y viniendo de la taberna para hacer toda una serie de pequeños recados, que lo acompañara. El criado se mostró encantado, pues intuía que su amo estaba muy cerca de la solución. Ranulfo sabía que Corbett, con su tortuosa astucia habitual, estaba a punto de llevar a un asesino ante la justicia y él, que aborrecía a los orondos e hipócritas curas que siempre actuaban movidos por la codicia, se moría de ganas de presenciar el desenlace de todo aquel misterio. Sin embargo, Corbett le dijo que debería acompañarlo a la catedral, pero mantenerse en segundo plano.

San Pablo estaba vacío cuando entraron. En invierno, las actividades que allí se llevaban a cabo terminaban a primera hora de la tarde y en el templo hacía tanto frío que muy pocas personas permanecían en él más tiempo del necesario. Corbett se dirigió al confesionario, en el que los curas absolvían los pecados de aquellos que se

arrepentían de haberlos cometido. En realidad, se trataba de un enrejado de madera fijado a una columna. El sacerdote se sentaba de espaldas a un lado del enrejado y el penitente se arrodillaba sobre una banqueta al otro lado. Corbett se arrodilló y esperó. Oyó desde el fondo del presbiterio el sonido de una puerta que se abría y cerraba y el suave rumor de las pisadas de un hombre que se estaba acercando al confesionario. El sacerdote se sentó musitando el «*In nomine Patris*»<sup>[13]</sup>, seguido del *benedicite*<sup>[14]</sup> e invitó en voz baja a Corbett a hacer su confesión. El escribano, hablando en murmullos para disimular su voz, siguió el ritual acostumbrado.

—Me acuso de haber pecado, padre.

Dijo cuándo se había confesado por última vez y enumeró toda una serie de faltas, las primeras que le vinieron a la mente. A pesar del peligro que corría en aquellos momentos, no pudo por menos que sonreír al percatarse de que casi todas sus ofensas a Dios eran pensamientos impuros o arrebatos de cólera contra Ranulfo. Oyó que el cura se removía en su asiento, molesto por el hecho de que lo hubieran mandado llamar para absolver unos pecados tan leves. Por consiguiente, armándose de valor y acercando la mano al puño de su daga, Corbett dio comienzo a la confesión más terrible que jamás en su vida hubiera hecho.

—Padre, conozco a un asesino, el nombre de alguien —añadió de carrerilla— que ha matado a dos hombres, conspirado para asesinar al rey, el Ungido del Señor, y ha estado a punto de asesinar a otro. —El sacerdote se removió en su asiento, pero Corbett siguió adelante sin compasión—. ¿Qué debo hacer, padre? ¿Creéis que debo guardarme la información? ¿O tengo que comunicarla a las autoridades?

El cura se volvió hacia el enrejado.

—No, maese Corbett —dijo *sir* Robert de Luce a través del enrejado—. Habéis venido al lugar más apropiado.

En medio de las sombras de la catedral, Corbett distinguió a través de los orificios del enrejado los duros y enfurecidos ojos de De Luce. Comprendió que aquel hombre estaba loco, pero no como algunos pobrecillos que andaban sueltos por las calles. Había enloquecido a causa del odio. La perversidad de los ojos de De Luce era casi tangible. De repente, Corbett tuvo miedo y se preguntó si no habría cometido una imprudencia al enfrentarse de una manera tan dramática con el asesino.

—He venido —añadió, abandonando cualquier disimulo— para deciros lo que sé. Y para pediros que confeséis la verdad. Vos, *sir* Robert de Luce, tesorero de la catedral de San Pablo y canónigo de mayor antigüedad de esta iglesia, asesinasteis a Walter de Monfort durante el sacrificio de la misa, intentasteis asesinarme a mí porque sabíais que estaba muy cerca de la verdad y debisteis de matar a *sir* Philip Plumpton porque él también la había descubierto. Creo también en lo más hondo de mi ser, aunque no puedo demostrarlo, que pretendíais matar a Su Majestad el rey: el cáliz envenenado estaba destinado a él.

—¿Y cómo habéis averiguado todo eso, mi ingenioso escribano? —graznó De Luce.

—Muy sencillo —contestó Corbett—. Fue una jugada muy hábil. Os situasteis entre los concelebrantes al lado de De Eveden, que se encontraba a la izquierda de De Monfort. Sabíais que De Eveden jamás bebía vino y que, aunque elevara el cáliz, no tomaba ningún sorbo. De Monfort pasó primero el cáliz a su derecha, ¿no es cierto? A Plumpton y después a Ettrick, que lo pasó a Blaskett antes de que vos lo recibierais. Bebisteis y echasteis subrepticamente el veneno, confiando en que De Eveden fingiera beber según su costumbre y le pasara el cáliz a De Monfort. Pero olvidasteis una cosa, el *Hostiam pacis*, el ósculo de la paz. De Monfort tenía que ofrecerle el cáliz al rey, pero, antes de hacerlo, tenía que volver a beber. Ahí es donde falló vuestro plan de asesinar al rey. De Monfort bebió el cáliz envenenado y murió instantáneamente. En medio de la confusión, vos tomasteis el cáliz de De Monfort y, bajo la casulla, derramasteis las heces del vino envenenado sobre vuestras vestiduras. Quedaba muy poco vino, pues ya habían bebido cinco hombres... y De Monfort dos veces. La capacidad del cáliz no era muy grande y la cantidad de vino debía de ser escasa. Y, sin embargo, cuando yo me acerqué al altar después de la muerte de De Monfort, observé que el cáliz estaba casi lleno. De ello deduzco, mi señor cura, que tras haber vertido el contenido del cáliz sobre las vestiduras, tomasteis la vinajera y volvisteis a echar vino en el cáliz. Hubiera bastado con que echarais unas cuantas gotas, pero vos llenasteis el cáliz hasta el borde. Ayer *sir Philip Plumpton* recordó que el cáliz estaba lleno cuando, en realidad, hubiera tenido que estar vacío y, por si fuera poco, que no quedaba vino en la vinajera. Naturalmente que no... ¡vos habíais echado el que quedaba en el cáliz de De Monfort!

De Luce soltó una risita despectiva.

—Muy ingenioso. Pero ¿no creéis que hubiera quedado algún rastro en el cáliz?

—Por supuesto que sí, pero vos os encargasteis de que desapareciera. Bajo la casulla, en medio de la confusión que se produjo a causa de la muerte de De Monfort, vos limpiasteis concienzudamente el cáliz. Solo quedó una mancha en la casulla y otra en el alba. Las vi cuando me reuní con vos y los demás canónigos en la sacristía. Después de la muerte de *sir Philip*, no quedaba sino interrogar a las dos lavanderas que trabajan aquí. Me dijeron que por la tarde del mismo día en que murió De Monfort, vos les entregasteis un alba para lavar, dándoles severas instrucciones de que eliminaran todas las manchas. La casulla la dejasteis: pesa demasiado para limpiarla, semejantes manchas son habituales y nadie podría demostrar que se habían producido durante la fatídica misa. Pero el alba ya era otra cosa. ¿No os parece curioso, mi señor cura, que, en vuestra arrogancia, ni siquiera se os ocurriera lavarla vos mismo? Y conste que había otras señales —añadió Corbett—. Unas manchas de vino envenenado en el frontal del altar. Aún estaban allí cuando vos derramasteis el vino bajo la casulla. Y, finalmente, la mancha de vino en la alfombra, a la izquierda del lugar que ocupaba De Monfort. En vuestra prisa por volver a llenar el cáliz después de la muerte de De Monfort, os cayó un poco de vino al suelo. Debió de derramarse entonces. Vos conocéis el Derecho Canónico y sabéis que De Monfort

cumplía a rajatabla las reglas. Cuando se derrama vino consagrado durante la misa, se tiene que seguir un complicado ritual para limpiarlo.

—¿Eso es todo, escribano? —preguntó De Luce con voz sibilante.

—De ninguna manera —contestó Corbett—. Vos esperabais que, a la muerte de De Monfort, la escandalosa vida privada de este sacerdote borrara la identidad del asesino. Intentasteis incluso echarles la culpa a otras personas. De Monfort, que era muy vanidoso, había presumido públicamente del cubilete de vino que el rey le había enviado. Tras haber vuelto a llenar el cáliz y mientras el cuerpo de De Monfort era trasladado a la sacristía para que Blaskett lo ungiera, vos subisteis sigilosamente a la cámara de De Monfort, envenenasteis el vino y, oculto bajo vuestra pesada capa, lo llevasteis al cuartito contiguo a la sacristía. ¿Estoy en lo cierto, mi señor cura?

—Por supuesto que lo estáis, escribano —contestó De Luce mientras sus ojos se encendían de furia al otro lado del enrejado.

—Solo queda un misterio por aclarar, De Luce —dijo Corbett—. ¿Por qué?

De Luce ladeó la cabeza como si se tratara de un auténtico problema.

—Pues muy fácil —contestó en un cadencioso susurro—. Veréis, yo no quería que muriera De Monfort, aunque no lamento su muerte, pero nuestro amado rey ya es otra cosa. Decidme, Corbett, ¿habéis perdido alguna vez a un ser querido? Yo, sí. Tenía un hermano. Le quería más que a nadie en el mundo. No sé si habéis estudiado mis antecedentes, Corbett. Puede que lo hagáis y descubráis que nací en Flandes. Vine aquí y pasé al servicio del rey inglés. El propio Eduardo me concedió este beneficio del que ahora disfruto y, gracias a ello, yo extendí el favor real a mi hermano. Era mercader, vino a Inglaterra para ampliar sus negocios y, debido a la participación de Eduardo en los asuntos de Escocia, se trasladó a Berwick. Estaba allí, en la Casa Roja, cuando Eduardo saqueó la ciudad cual un nuevo Atila o Gengis Kan. Mi hermano murió, también murió su dulce e inocente esposa... —la voz de De Luce se quebró a causa de la emoción—, sus encantadores hijitos. Mirad, Corbett, el rey tenía que pagar esos asesinatos. Nadie le ha otorgado el derecho de saquear ciudades. Nadie le ha dado el derecho de matar a un hombre inocente, a su amada esposa y a sus hijos por el simple hecho de que los ciudadanos de Berwick fueran lo bastante necios para resistir el asedio más de lo debido. Cuando me enteré de lo ocurrido, decidí que Eduardo tenía que morir. No de una forma discreta sino a la vista de todo el mundo. En presencia de la Iglesia y de su Parlamento y ante los ojos de Dios, si es que existe. Eduardo moriría y la muerte de mi hermano sería vengada. — De Luce golpeó distraídamente el enrejado con un dedo mientras sus labios esbozaban una leve sonrisa y la mirada de sus ojos se perdía en la distancia. Corbett tuvo miedo. Sabía que aquel hombre estaba completamente loco, pero ocultaba su locura bajo una máscara de fría racionalidad—. Veréis, Corbett, olvidé que De Monfort volvería a beber del cáliz. Si el muy estúpido de Etrick no se lo hubiera recordado, mi plan habría dado resultado y la culpa hubiera recaído sobre De Monfort. Todo el mundo hubiera visto en ello la prueba de que la familia De Monfort

no había olvidado la persecución de que había sido objeto a manos del rey Eduardo. Pero —añadió, encogiéndose de hombros como si la cosa no tuviera importancia— De Monfort volvió a beber y mi plan se vino abajo. Entonces se me ocurrieron otras posibilidades. Si yo quería que los demás creyeran que De Monfort había matado al rey, ¿por qué no hubiera podido el rey querer matar a De Monfort durante el sacrificio de la misa? El escándalo, el sacrilegio, el vilipendio debilitarían a Eduardo a los ojos no solo de Inglaterra sino también de toda la cristiandad de Occidente.

Corbett estudió atentamente a De Luce y vio en sus ojos unos inequívocos signos de locura.

—Tenéis razón —añadió el clérigo en un susurro—. Se produjo una gran confusión a la muerte de De Monfort. Me bastó con acercarme al altar como si quisiera ordenar algún objeto y tomar el cáliz. Me levanté la casulla y vertí el vino que quedaba sobre mi alba, limpiando bien el cáliz antes de volver a llenarlo. Nadie se daría cuenta y, si alguien lo hacía, ya tenía preparada una explicación satisfactoria. Creí que todo iría bien hasta que vos empezasteis a entrometeros y a hacer preguntas, pero aun así, pensé que estaba a salvo. Al fin y al cabo, nadie apreciaba a De Monfort. Su ramera estaba presente en la misa. Blaskett y De Eveden le tenían miedo, Plumpton lo envidiaba y Ettrick, nuestro querido escocés, era el que le había recordado que volviera a beber. —De Luce miró directamente a Corbett—. ¡Y vos, entrometiéndoos en todo! Y haciendo insinuaciones. Ahora mismo tendríais que estar muerto —añadió con toda frialdad—. Sabía que Plumpton había deducido algo. El nerviosismo que manifestó anoche el gordinflón me hizo comprender que la comedia que vos le obligasteis a representar ayer por la mañana había despertado su cerebro habitualmente adormilado y su vacilante memoria. Entonces decidí matarle. —De Luce sonrió—. Y ahora, Corbett, ¡vuestra penitencia!

Hugo siempre lamentaría no haber vigilado con más detenimiento a aquel insensato y perverso sacerdote. Solo cuando oyó la palabra «penitencia» trató de apartarse, pero ya fue demasiado tarde. De Luce, con una torcida sonrisa en los labios, consiguió introducir un largo y fino estilete a través de uno de los orificios del enrejado y clavarlo profundamente en su hombro. El escribano lanzó un grito de dolor y se acercó la mano al hombro de donde la sangre manaba a borbotones, antes de desplomarse al suelo mientras De Luce salía apresuradamente del otro lado del enrejado y subía corriendo por la nave del templo. Oyó unas voces, los gritos de Ranulfo, el rumor de unas espadas desenvainadas y el zumbido de un dardo de ballesta. Después, la oscuridad borró misericordiosamente su sufrimiento.

Corbett se despertó unos días más tarde en una estancia de paredes encaladas del hospital de San Bartolomé, sobre un mullido colchón colocado encima de una baja carriola. Miró a su alrededor y vio un negro crucifijo en la pared, un banco, dos banquetas y una mesita. Sabía que estaba en el San Bartolomé porque el padre Tomás se encontraba de espaldas a él, mezclando una pócima en la mesa. Corbett se movió y lo llamó.

El padre Tomás se volvió con el rostro iluminado por una radiante sonrisa de felicidad.

—Veo, Hugo, que habéis decidido reuniros con nosotros.

Corbett trató de levantarse, pero un intenso y lancinante dolor que empezó por el hombro y le bajó por todo el lado derecho del cuerpo lo obligó a volver a tenderse. Notó que el sudor le empapaba el rostro y el cuerpo.

—Tenéis que permanecer tendido, Hugo —dijo el padre Tomás, añadiendo una leve nota autoritaria a su voz habitualmente amable.

Lavó la cabeza del escribano con un lienzo empapado en agua de hierbas y, acercándole una pequeña copa, le levantó la cabeza y lo obligó a beber el amargo y oscuro brebaje.

—Eso os hará dormir —le dijo.

Hugo reclinó la cabeza y miró hacia el techo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó.

—Ocho días.

—¿Qué ocurrió?

El padre Tomás le dio a Hugo unas palmadas en la cabeza como si fuera un niño.

—No os mováis.

El sacerdote se dirigió a la puerta y asomó la cabeza para llamar a alguien que esperaba en el pasillo.

Ranulfo entró retorciéndose las manos con semblante afligido y preocupado. A su espalda estaba Maeve. Corbett la miró sin dar crédito a sus ojos y, de no haber sido por el impedimento del dolor, se hubiera levantado de un salto de la cama. La joven se acercó en silencio, tomó una banqueta y se sentó a su lado. Sosteniendo su mano entre las suyas, la besó y acarició dulcemente sin apartar los ojos de su rostro. Corbett contempló su bello semblante enmarcado por el rubio cabello que asomaba por debajo de la toca azul oscuro que le cubría la cabeza. Su tez estaba más pálida que de costumbre, casi de color alabastro, y sus ojos parecían más grandes y oscuros que nunca. Corbett observó las profundas ojeras que los rodeaban.

—Maeve, ¿cuándo habéis llegado? ¿Cómo habéis podido viajar por los caminos?

Maeve le miró sonriendo.

—No hemos venido por tierra sino por mar.

Corbett comprimió fuertemente su mano.

—Me alegro mucho de veros.

La expresión de inquietud de Ranulfo había sido sustituida por una mueca de desagrado ante el hecho de que nadie le hiciera caso.

—Ranulfo, ¿qué ocurrió en San Pablo?

El criado se encogió de hombros.

—Os oí gritar. Vi al cura salir corriendo del confesionario con la daga todavía en la mano. Yo llevaba una ballesta y, aunque había muy poca luz, el blanco se distinguía con toda claridad.

—¿Lo mataste?

—Pues claro. —Ranulfo volvió a encogerse de hombros mientras miraba a su amo con una sonrisa en los labios—. El dardo le entró directamente por la nuca. Murió enseguida a los pies del altar mayor, muy cerca de la casa del anacoreta. —Ranulfo se sentó en el banco de la pared del fondo—. Os maldijo antes de morir mientras el anacoreta gritaba desde el otro lado del muro que la justicia de Dios había visitado su templo y que el malvado se hundiría en el abismo infernal, etc., etc.

—¿Y el rey?

Ranulfo lanzó un suspiro.

—Os da las gracias. Le conté a Hervey lo ocurrido. Él lo anotó en parte en un pergamino y se lo entregó al rey.

Corbett lanzó un gruñido. Lo que más aborrecía era que alguien hablara de él y pusiera en su boca palabras que él quizá no había dicho.

—¿Y el rey estaba contento?

—Mucho. Tal como ya os he dicho, os da las gracias.

El criado pensó que no era el momento de hablar de la pesada bolsa que el rey le había arrojado.

—¿Quiere verme?

Ranulfo sacudió la cabeza.

—Eso no. Ha dicho que tenéis que descansar. Se ha ido a Flandes con su ejército. Pero dice que os verá a la vuelta.

Corbett asintió con la cabeza y recordó su versículo preferido de los Salmos: «No pongas tu confianza en los príncipes». El rey era tan voluble como el sol en invierno. Volvió a pensar en San Pablo, vio los ojos de De Luce mirándole con furia a través del enrejado y maldijo su estupidez y su imprudencia. Hubiera tenido que ser más cauto. Pero Maeve estaba a su lado. La única mujer —en realidad— a la que él había querido de verdad.

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar aquí?

—Varios meses —contestó Maeve—. El tiempo suficiente para que os recuperéis y podamos casarnos.

Corbett sintió deseos de gritar de alegría. Le pareció que el invierno ya había terminado y finalmente había llegado la primavera y él tenía algo por lo que vivir.

## Conclusión

Esta novela está basada en un hecho real. Eduardo I saqueó brutalmente la ciudad de Berwick y mandó prender fuego a la Casa Roja de los flamencos porque estos se negaron a rendirse. Eduardo celebró una gran asamblea del reino en San Pablo, en cuyo transcurso Walter de Monfort, cumpliendo el encargo recibido, hubiera tenido que oponerse enérgicamente a las pretensiones reales de imponer tributos a la Iglesia. Su muerte tuvo lugar tal como aquí se describe, de una forma violenta y repentina, dejando a todo el mundo en la duda de si Dios habría querido con ello castigar a Eduardo de Inglaterra o, por el contrario, defender los derechos reales. Al final, la Iglesia llegó a un compromiso con Eduardo y lo mismo hicieron los barones. El rey alcanzó el triunfo en su guerra de Flandes, pero en Escocia el saqueo de Berwick se convirtió en un punto sin retorno y los escoceses se negaron a someterse.

# Notas

[1] En latín: «La paz del Señor sea siempre contigo». (*N. de la T.*) <<

[2] En latín, «Y con tu espíritu». (*N. de la T.*) <<

[3] En latín, «Cordero de Dios». (*N. de la T.*) <<

[4] En latín, «Ten piedad de nosotros». (*N. de la T.*) <<

[5] En latín, «He aquí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo». (*N. de la T.*) <<

[6] En latín, «Doncellas de la corte». (*N. de la T.*) <<

[7] En latín, «Desde el abismo clamo a Ti». (*N. de la T.*) <<

[8] En latín, «He pecado». (*N. de la T.*) <<

[9] En francés, «Dulces». (*N. de la T.*) <<

[10] En latín, «Fuera de la ley». (*N. de la T.*) <<

[11] En latín, «Este es un lugar terrible. La casa de Dios y la puerta del cielo». (*N. de la T.*) <<

[12] En francés: «Tened piedad». (*N. de la T.*) <<

[13] En latín: «En el nombre del Padre». (*N. de la T.*) <<

[14] En latín: «Benedicid». (*N. de la T.*) <<